

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21.

NUM. 237.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

SEPTIEMBRE 1908

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONÉS

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS

Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL REINADO DE CARLOS IV

EN LAS CONFERENCIAS DEL ATENEO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO DE BARCELONA

¿A qué escuela se sujeta el criterio histórico de las Conferencias del Ateneo de Madrid sobre el reinado de Carlos IV y la guerra de la Independencia? ¿A la tradicional y fabulosa ó á la documentaria de nuestros archivos, aun inéditos?

La proximidad del primer centenario de aquella guerra santa de la Independencia, que aun se considera por muchos como el punto de arranque de toda la renovación histórica de España en sus instituciones políticas, en sus organismos jurídicos y hasta en sus ideas y en sus costumbres sociales, ha inspirado á una de las más beneméritas corporaciones de ilustración general que España posee, el Ateneo de Madrid, la idea de abrir, por medio de su Sección Histórica, un curso libre de conferencias, desempeñadas por escritores ilustres, acerca del reinado de Carlos IV y de las jornadas esclarecidas de aquella homérica contienda en que se peleó por la libertad de la patria y el rescate y el desagravio de sus instituciones, secuestradas y prisioneras de las garras del imperio francés. Estas iniciativas, en aquel Cuerpo, constituyen una tradición muy lisonjera para él, que desde su fundación en el siglo antecedente, habiendo tenido por bandera estar siempre, no á la vanguardia, sino á la descubierta de todos los adelantos de las ideas científicas y literarias que en el mundo se desenvuelven para entronizarlas en los adelantos intelectuales de España, en todas las ocasiones solemnes que los intereses nacionales lo han reclamado, se ha apresurado también en ésta á despejar los senderos de su propia ilustración, para contribuir de una

manera activa á un objeto tan laudable. Ha tenido siempre el Ateneo de Madrid la grata presunción de creer que en su seno se engendraron, tomaron cuerpo y prestigio en la opinión, se agigantaron por su cultura y se convirtieron en una fuerza irresistible para el imperio de los sucesos públicos las dos generaciones político-intelectuales que mayor influencia han ejercido en las evoluciones transformadoras de las revoluciones periódicas del próximo pasado siglo XIX. Fué la primera de aquellas dos generaciones, preñadas de hombres insignes en todas las esferas de la actividad intelectual, la que, después de 1837 y de 1843, impuso por largo espacio de tiempo en la alta dirección de los destinos políticos de la patria aquel partido ecléctico, formado á imitación y con la enjundia científica del partido ecléctico francés, que fué la palanca luminosa de todo el reinado del rey ciudadano Luis Felipe de Orleans, y que si allí se encumbró con los talentos y con la fama de sus Thiers, de sus Guizot y de sus Benjamín Constant, en España tuvo por esclarecidos representantes la docta falange batalladora de los Pacheco y Alcalá Galiano, de los Donoso Cortés y de los Pastor Díaz, de los Pidal y de los Ríos Rosas, de los Benavides y de los Bermúdez de Castro. Durante la decadencia del partido llamado moderado, y del que formaron parte integrante todos éstos y otros muchos hombres de su misma jerarquía, en el período en que la activa y emprendedora *Unión liberal* constituyó el lazo de transición entre este partido ecléctico y la democracia arrolladora de la acción y de la palabra, que tuvo por palancas de su invasión á los Rivero y los Pí y Margall, á los Albaidas y los Castelar, á los Martos y los Salmerón, el Ateneo fué también el que prestó su brillante estadio en sus cátedras, en sus conferencias públicas y en las discusiones privadas de sus numerosas secciones, para la formación de estos hombres y de la escuela que representaron, para su popularización é influjo sobre el torrente de las ideas generales y aun para el ímpetu de su acción, así en las sangrientas efemérides que forman los preliminares y el conjunto de nuestra

última revolución política, como para la inspiración imperiosa de todas las ideas reorgánicas que, durante las instituciones de la revolución y durante las transacciones conciliadoras de la restauración de las instituciones seculares, han sido y son actualmente la fuente y la norma de todo el derecho por que España se rige. Después de estos antecedentes, que con razón el Ateneo estima gloriosos para su historia, el Ateneo no ha hecho más que unirse á las grandes efemérides de la patria, para reanimar el espíritu público y despertar á nuevas esperanzas el sentimiento y la conciencia nacional. España, en la última década del siglo antecedente y en la primera en que nos hallamos del siglo nuevo, ha celebrado: entonces, el cuarto centenario del descubrimiento, conquista y civilización de América por los españoles; ahora, la conmemoración de aquella guerra homérica, que no sólo nos sirvió para conquistar de las garras napoleónicas el precioso tabernáculo de nuestra independencia y libertad nacional, sino para enseñar á la Europa sojuzgada por el mismo monstruo del poder y de la fortuna á emanciparse á sí misma, en medio de las aterradoras catástrofes en que la espada triunfadora de Bonaparte borró los límites de todos sus antiguos imperios.

Comprenden las conferencias con que en la actualidad llama la atención pública el Ateneo de Madrid, dos extremos esenciales, aunque ligados entre sí, por ser el primero como preliminar ó antecedente del segundo. Estos extremos son: la historia del reinado de Carlos IV y del Ministerio, principalmente de su gran ministro D. Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, y la explosión del sentimiento público á la invasión de los ejércitos franceses y la guerra de los cinco años, que fué su consecuencia: extremos no sólo de suma oportunidad, sino de importancia permanente, porque son dos puntos de nuestra historia moderna, sobre los que con tanto como se ha escrito, la verdad en su fondo y las apreciaciones que de ella emanan en su consecuencia, aun están harto veladas para el desapasionamiento y la buena fe.

Es cierto que los preliminares de la guerra de la Independencia están constituidos por todo el espacio de tiempo que el rey Don Carlos IV ocupó el trono de España, á la muerte de su inolvidable padre el rey Don Carlos III. La ineludible necesidad de marcar una dirección forzada á la política general del último de estos dos monarcas, impuesta se la encontró Carlos IV á su advenimiento al trono, por la inevitable influencia que sobre nosotros, á causa de nuestra proximidad y aislamiento, ha ejercido, ejerce y ejercerá siempre Francia, y mucho más en aquellos momentos iniciales de su revolución, cuyo carácter expansivo creó un verdadero peligro, una constante alarma y una provocadora amenaza para todos sus vecinos, desde los últimos años del reinado de Carlos III. La política depresiva ejercida por Francia sobre España, como sobre los demás países limítrofes de Europa, desde los primeros destellos de la revolución, formaba ya la seria preocupación de Carlos III y de su primer ministro el conde de Floridablanca, desde mucho antes de expirar el soberano.

La revolución, con sus caracteres violentamente audaces y agresivos, siguió siempre en terrible incremento. El equilibrio de toda la política interior y exterior de este monarca se resintió profundamente, desde el momento en que los ministros de Luis XVI declararon á España la completa incapacidad en que se hallaban de cumplir con nosotros las obligaciones recíprocas contraídas por aquel *pacto de familia* que, aunque tan oneroso y funesto para nosotros, era, sin embargo, la base de todo nuestro sistema general, y necesariamente desde el mismo instante, aun con el conde de Floridablanca en la plena confianza del gobierno del nuevo reinado, tuvieron que comenzar los actos de aquella conducta vacilante é incierta que tanto se ha notado y censurado en todos los actos del poder soberano y del poder ministerial de España en los ministerios posteriores, principalmente en el de D. Manuel Godoy, conducta vacilante é incierta que fué con relación á la Francia la conducta de todos los demás gobiernos en Europa, tan preocupados

como el nuestro del trágico desarrollo de aquella revolución.

No puede hacerse la historia de España en aquel tiempo, sin tomar por punto de partida estas comparaciones en que entran los Estados, ya desde entonces más poderosos, de todo el continente; y aunque es harto común entre nosotros declararnos irreflexivamente reos de delitos y desaciertos, de errores y de responsabilidades que no contraemos, y que si las contraemos, son enteramente análogas, si no idénticas, á las que los demás cometen y contraen, no puede excusarse en la situación de las cosas generales de Europa con relación á España que entren en el espíritu de las conferencias que se dan sobre el reinado de Carlos IV, como preliminares de los hechos posteriores á 1808, dejar de tener presente, quién procedió en su conducta con la Francia de la revolución primero, y después con la Francia del Imperio, con mejores y más acertadas inspiraciones que el rey de España y el ministerio de su gobierno, sin que se ocurra preguntar: ¿fué el Imperio para salvar la vida de Luis XVI y de la princesa de la sangre imperial, María Antonieta, que compartía el tálamo y el cetro con este desgraciado soberano? ¿Fueron las potencias aliadas del Norte, que á todo trance querían contener los vuelos de la revolución, y sobre todo evitar el ejemplo de la catástrofe real que llevó á cabo la guillotina? La misma Inglaterra, que al conocer el regicidio de Luis XVI, se apresuró á arrojar de Londres al embajador de la Convención, y que á pesar de que á España había negado, lo mismo bajo el ministerio del conde de Floridablanca que bajo el del conde de Aranda y, por último, al del duque de la Alcudia, la aquiescencia que de ella se había solicitado para que, entrando en el acuerdo general de las naciones, contribuyera por el lado del mar fronterero á sus términos á asediar á la Francia revolucionaria, como por las fronteras de tierra se dispusieron á realizarlo España con Portugal, Italia con Suiza, Alemania con Holanda, cuando la catástrofe se consumó, ¿no corrió á entenderse con España, con el Piamonte y con Nápoles para la empresa que abortó en Tolón? Pues mientras los ejércitos

improvisados de la revolución hacían frente á las hostilidades de España en el Rosellón, en los valles aragoneses y navarros del Pirineo y en las entradas del Bidasoa, otros ejércitos improvisados de la revolución contenían la guerra civil de la Vendée, ó penetrando victoriosos en Italia, en Flandes y en Holanda, batían en brecha á todos los generales del antiguo régimen, lanzados por los monarcas de las coaliciones continentales sobre ellos; y á poco no hubo quien contuviera el poder avasallador de los nuevos soldados de la revolución, reorganizados y mandados por la intrepidez y el genio, cuando de las sombrías tinieblas de aquella situación de fanatismo, de pasión y de sangre, salió inopinadamente el genial artillero de origen corso, que no sólo libertó á Tolón de las armas de los ingleses, de los españoles y de los napolitanos, sino que en París dominó el frenesí de la anarquía, y tomando el mando del ejército de Italia, electrizó al mundo con sus rápidas y sorprendentes victorias. Desde aquel momento, ¿qué soberano, qué ministerio, qué hombre grande de Estado, qué soldado de ciencia ó de fortuna libró con sus aciertos á sus patrias respectivas del sacudimiento universal que aquel hombre produjo en todo el continente? ¿Fué el Imperio, tantas veces derrotado y vencido cuantas salió á campaña? ¿Fué la Prusia militar del gran Federico, totalmente dislacerada y destruída bajo todos sus estadistas y bajo todos sus generales? ¿Fué la misma lejana Rusia, cuyo emperador Alejandro tuvo que rebajarse á estrechar la mano de igual á igual con aquel advenedizo de la corona? ¿Fué la misma Inglaterra, que, á pesar del inviolable baluarte de las murallas insuperables de que la rodean sus mares tempestuosos, vació sus tesoros para ayudar á todos los combatientes contra Napoleón, no por ellos, sino por el temor de sí misma, á pesar de su natural invulnerabilidad? ¿Por qué culparnos nosotros de la incapacidad fabulosa de nuestros monarcas y de sus ministros, cuando ningún Estado de Europa los tuvo mejores ni más capaces, contra aquella revolución incendiaria y contra aquel hombre, que no era más que la

misma revolución organizada que, bajo el prestigio del genio y el poder de la victoria, se impuso á todas las viejas y caducas sociedades del pasado, para renovar la fertilidad de la nueva vida civil y política, que por todas partes defendió la revolución?

Ya es tiempo de que al tratar estos asuntos históricos, que para el honor y la verdad de nuestra historia tienen tanta importancia, nos consideremos obligados á deshacer los juicios erróneos que hasta aquí la han nutrido y envuelto, y que, por desgracia, después de todo un siglo aun sostienen desfigurados los hechos en meras fábulas y leyendas, como los dejaron los que los escribieron no consultando los documentos tenidos en el secreto del gabinete ministerial y del archivo de Estado, sino recogiendo las versiones ó de oídas de los que entendieron de buena fe lo que á su noticia llegó vulgarmente, ó tomadas del lodazal interesadamente revuelto por las violencias de la pasión, quedando formados los juicios bajo estas mismas ominosas sugerencias y sobre tantos datos equivocados.

Los elementos constitutivos de lo que hasta ahora ha formado la enjundia de lo que conocemos por Historia, nos son bien notorios y conocidos. Las relaciones de *El filósofo en su quinta*, tras cuyo seudónimo se transparenta la figura y la travesura del inquieto conde del Montijo, coautor de la revolución de Aranjuez y revolvedor de la honra de cuantos el alto sentido del conde de Floridablanca eligió como colaboradores de su Junta Suprema de Gobierno, excluyéndolo á él, no son sino un tejido de falsedades, en que su autor trocó la parte de historia que quiso dibujar en una completa novela. El P. Salmón no tenía conocimiento perfecto ni de los actos del poder soberano, ni aun de los sucesos de la guerra, siendo la base documental de sus escritos las revelaciones de una prensa periódica escrita por la fiebre y las exageraciones del patriotismo.

En el extranjero escribió el P. Muriel su libelo titulado *Historia de Carlos IV*, y en el extranjero reunió el célebre *Nelerto* (D. Juan Antonio Llorente) su colección documentaria,

tomando todas sus piezas (¡causa grima decirlo!) de las columnas del *Moniteur Universel*. Quiso Muñoz Maldonado suplir la *Historia* mandada escribir por Fernando VII á la bien instruída comisión militar que presidió el coronel Prat, é interrumpida en su primer volumen por los sucesos de 1820 á 1823, y el auxilio del duque de Angulema, que salvó la vida, si no el decoro, al monarca; pero Muñoz Maldonado, ni tuvo á la vista toda la documentación reunida de real orden, ni tenía los vuelos de un gran historiador. Toreno es todo forma, y su obra no se habría escrito si en Francia no la hubiera antecedido la del general Foy. Traduciendo á Dunham, Alcalá Galiano halló ocasión de hacer adiciones al texto inglés, que constituyeron su obra en una obra original y nueva, con profusión de grandes revelaciones; pero las revelaciones personales de Alcalá Galiano, que había sido contemporáneo de los sucesos, eran las revelaciones de la intimidad en los círculos políticos, de color exaltado, á que concurrió desde su más tierna juventud, no la sincera y profunda revelación de los documentos de oficio, que no estuvieron á su alcance, á pesar de su posición. Después, Lafuente, en su *Historia general*, fundó todos estos elementos, sin añadirles ningún estudio serio documental, y hasta el mismo Gómez de Arteche, que en su *Historia de la guerra de la Independencia* consignó tantos detalles técnicos sobre cada una de las operaciones de los cinco años, y aun trató de ilustrarlas con mucha lectura de papeles del tiempo y aun de datos oficiales, si no completos, en su *Historia de Carlos IV* repitió desgraciadamente, por la premura de que él mismo se quejaba, con que se la hicieron escribir, todo lo que constituía el libelo de *El Filósofo en su quinta*, el libelo de Salmón y de todos los flageladores de Carlos IV y del príncipe de la Paz después de su caída, el libelo de Muriel y el libelo de Toreno, que, como inspirado en la literatura histórica de Francia, no sólo siguió el camino de los que, siendo detractores de los hombres de la víspera de 1808, presumían hacer la justificación de la misma política de su país con España, sino trans-

mitió estos conceptos á todos sus continuadores hasta el día.

De la varia versión que sobre los hechos ha mantenido la tradición que arranca de estas raíces, y de las versiones que arroja el testimonio de los documentos, han nacido naturalmente dos escuelas, de tendencias distintas también, que se caracterizan por la manera como producen á su vez la crítica y los juicios sobre esta parte de nuestra historia: la escuela tradicional, que todavía persiste asida á los errores que nos han transmitido durante todo un siglo los escritores que se acaban de mentar, y la escuela moderna rectificadora, que consagrándose á la profunda investigación documentaria, por medio de otros escritores no menos insignes, ha comenzado de algún tiempo á esta parte á difundir la labor patriótica y honrada de devolver á la historia y á la patria la verdad y el honor que las corresponden.

Esta labor de depuración de la verdad y de rectificación de los errores admitidos, la inauguró realmente, poco después de terminar el primer tercio del siglo antecedente, uno de los principales actores de todo el largo período que abarca la víspera de 1808: el príncipe de la Paz, en sus *Memorias apologéticas del reinado de Carlos IV*. Y si la publicación de este libro tuvo la suprema importancia que en realidad le acompaña, prueba elocuente fué á poco la rehabilitación de este mismo ministro y la devolución de los títulos, honores y grados militares de que le habían privado los decretos de Fernando VII y de las Cortes de Cádiz, bajo el reinado de Doña Isabel II y el Ministerio que presidió Pacheco con Pastor Díaz, Benavides y otras grandes inteligencias de aquel tiempo. De cualquier modo que sea, aquellas *Memorias* obligaron á un punto de parada y constituyeron un punto de partida para la evolución de las ideas, que desde entonces se corrigen con la autoridad de los estudios emprendidos por los escritores beneméritos, que al fin han logrado ponerse á la cabeza de esta escuela de investigación, depuración y apreciación desapasionada y justa, de lo que la pasión de los contemporáneos nos dejó

envuelto en tantas desfiguradas y calumniosas calificaciones.

Si los preliminares de la guerra de la Independencia empiezan en el momento en que, al descender Carlos III al sepulcro, fué proclamado Carlos IV su sucesor, y éste se encontró planteados todos los problemas que habían de ser el dédalo de su reinado, tendiendo la mirada por lo que dentro y fuera de la nación, y con influjo sobre ésta, pasaba, comencemos por confesar, como ya Alcalá Galiano lo hizo, que Carlos IV desde que se ciñó la corona se vió precipitado en una contienda que en su situación era de necesidad forzosa, y que cualesquiera que fuesen los grados de capacidad y las prendas de su carácter, su ingénita bondad le puso siempre en derechura de obtener por sus actos cuanto contribuyera al honor y á la autoridad de su trono y al bien y la felicidad de sus vasallos. De este espíritu participaron sus ministros, y más que todos don Manuel de Godoy, el duque de la Alcudia de 1792 y el príncipe de la Paz de 1795.

Uno de los primeros errores sustanciales que hay que rectificar en el papel que Carlos IV, así con Floridablanca como con Aranda y después con Alcudia, tomó en los asuntos de la Revolución francesa, ya para contener sus excesos dentro y fuera del país en que desarrollaba sus ímpetus, ya para salvar primero la corona y después la libertad y la vida de Luis XVI y su augusta familia, y últimamente para restablecer en el mayor de los hermanos de aquel desgraciado monarca el honor y la existencia de la monarquía, es el de creer que estas aptitudes nacían, ó de la solidaridad ó de un interés común para todos los monarcas, y del interés de la sangre, vertiendo sobre este punto un poco del romanticismo que se apoderó de todas las sociedades de Europa ante las escenas violentas de Versalles y las Tullerías, los calabozos del Temple y el oprobio de la guillotina. Ni Toreno, ni Alcalá Galiano, ni Lafuente, ni Gómez Arteche conocieron jamás la correspondencia particular y secreta entre los soberanos y los príncipes todos de Francia con Carlos IV y con María Luisa, correspondencia enteramente

inédita de nuestros archivos de Estado. Luis XVI, María Antonieta, los hermanos y las tías del rey, todos los poseedores de los derechos vivos y de los derechos eventuales de la corona de Francia, se echaron en sus brazos: el rey Luis XVI, para constituirle en depositario del secreto de sus intenciones; María Antonieta, para pedir á María Luisa su intercesión con el monarca español, de cuya actitud esperaba su salvación y la de su augusta familia; los condes de Provenza y de Artois, llamándole por una parte al sostenimiento de su causa, y por otra demandándole sus inagotables auxilios materiales hasta para vivir; las tías de Luis XVI, sustentándose de sus pensiones y liberalidades, como después la duquesa y los príncipes de la rama regicida de los Orleans. Todas estas apelaciones del secreto y de la intimidad creaban á Carlos IV, además de las circunstancias ineludibles de los vínculos conocidos de la sangre, de las relaciones de la vecindad y de la solidaridad de la representación, una situación especial, mucho más exigente que la del mismo emperador Leopoldo, hermano de la reina amenazada.

Cuando con estos antecedentes privados y secretos el conde de Floridablanca reclamaba ante las potencias de Europa el derecho de España á sustituir en el equilibrio y en las relaciones recíprocas de los demás gabinetes á la anulada Francia, Inglaterra, instada á entrar en la coalición de que España sería cabeza, sólo trató de saber por nuestro embajador, el marqués de Campo, si nuestra corte, para tomar el papel que refería, pensaba en aumentar sus armamentos marítimos, considerados por el gobierno de Londres como una alarma para él, y cuando se le explicaban más claramente nuestros pensamientos, entonces lord Grenville hacía decir al ministro de Carlos IV, por medio de su representante en Madrid, Fitz Herbert:—*Dejad á Francia que se aniquile á sí misma: esto es lo que nos conviene á todos.*—Verdad es que Inglaterra no tenía sus fronteras tan fáciles á la introducción de la propaganda revolucionaria, en lo que Francia es incansable, como España,

como Italia, como el Imperio por Flandes y como Holanda. Mas cuando llegó á enterarse por la hábil policía que siempre el gobierno británico ha tenido, aun dentro de lo más reservado del secreto de los gabinetes, que España se entendía con las potencias marítimas del Norte, Rusia, Dinamarca y Suecia, para estrechar las relaciones en que él no había querido entrar, no sólo cometió actos de desvío hacia nuestra política y nuestras pretensiones, sino que entabló inteligencias con los gobiernos de la revolución, no sin declarar que toda aproximación de España á aquellas potencias sería en Londres calificada como un acto de hostilidad, puesto que tales alianzas no podían negociarse para precaverse de los peligros de Francia, sino contra Inglaterra. Este hecho es tan importante en la política del reinado de Carlos IV, cuanto que, como es sabido, todo el drama de nuestra historia en ese tiempo, solamente gira entre los dos poderes que, ya amigos ó ya enemigos de España, parecían tácitamente convenidos para labrar cada uno por su parte, y en toda suerte de circunstancias, la disminución de nuestra autoridad y la ruina de nuestro poder.

Después de la caída de Floridablanca, antes de que pudieran concluirse los pactos de alianza marítima entablados con Rusia, Dinamarca y Suecia, Aranda, ante los peligros de la revolución, que crecía, y la inminencia de la catástrofe sangrienta de los que habían ocupado el trono de Francia, prisioneros y procesados por la revolución, otra vez intentó el bloqueo armado de este país, así por mar como por tierra, y segunda vez el gobierno del rey Jorge se opuso á él. Solamente después que el sacrificio de los desgraciados monarcas estuvo consumado, Inglaterra, cediendo á la protesta general de la opinión de todo el pueblo británico, se arrojó á lanzar de su capital al representante público diplomático de la Convención, y procedió á ponerse de acuerdo con los gobiernos de España, Portugal, Nápoles y Cerdeña, para dar oídos á las apelaciones de los fieles realistas del Mediodía de Francia, que ofrecían poner en manos de las escuadras de estas potencias el

departamento, la ciudad y los fuertes de Tolón, para levantar en él el pabellón blanco de Luis XVIII; y aunque allí nos acompañó mientras nosotros por tierra avanzábamos con el general Ricardos por las líneas fluviales del Rosellón, Inglaterra se opuso al llamamiento del conde de Provenza, á quien España quería traer al amparo de las banderas y de las armas coligadas, y desde luego en Tolón se vió que sus pensamientos no concordaban con los de las demás potencias que en aquella empresa habían tomado parte.

Indudablemente en aquella campaña de tres años que emprendimos y sostuvimos contra la República, los avances de Ricardos en el Rosellón, el mando militar de Gravina y la evacuación de Tolón por las armas españolas, la defensa de Rosas por Urrutia, auxiliado por el mismo Gravina por la parte del mar, y otras acciones semejantes en que nuestros generales supieron subyugar la victoria ó hacer heroicas resistencias, constituyeron maravillas tales de valor y de denuedo, que el prestigio de nuestras armas renovó las aureolas de los tiempos legendarios del Gran Capitán en Italia, del emperador Carlos V y el gran duque de Alba en Alemania, del señor Antonio de Leiva en el parque de Pavía, y de D. Luis de Requeséns y el conde de Fuentes en los Países Bajos. Pero la crítica ulterior, inspirada en pasiones hostiles, ya en estos primeros actos del poder del ministro, que fué el blanco de todas las iras de dentro y fuera, cuando andando el tiempo llegamos á la crisis definitiva de 1808, encontró el primer punto de ataque para las gratuitas acusaciones dirigidas contra una incapacidad que sólo ha querido demostrarse por los aciagos sucesos del drama final al cabo de largos años de los más accidentados acontecimientos. De estos cargos, el mayor que se imputa á la debilidad del carácter de Carlos IV y á la insuficiencia de suministro, D. Manuel de Godoy, fué el haberse desligado de las coaliciones europeas y el haber firmado en Basilea la paz. ¿Pero fué España la primera de las potencias que se separó de una coalición, en la cual, sin punto alguno de

unidad de miras, cada uno se regía según su conveniencia, como Inglaterra, que no tiraba más que á destruir el poder marítimo de Francia, incendiándole sus buques y su primer arsenal, y aun á ver si metía á España en empresas que pusieran también en peligro el suyo? ¿No fué Rusia la primera en separarse de aquella coalición sin objeto, después de sacrificado Luis XVI y de obstruído el paso al conde de Provenza para aparecer personalmente donde entre fieles realistas franceses hubiera podido ser proclamado su sucesor, y puéstose á la cabeza de la reacción monárquica? La paz suscrita á nombre de España por D. Domingo Iriarte, en Basilea, el 22 de Julio de 1795, ratificada en París el 1.º de Agosto del mismo año, fué más de tres meses posterior á la que en el mismo lugar la Prusia había firmado el 5 de Abril. Cuando aquella paz se firmaba á nombre de España, la situación era tal que, á pesar de las repetidas creaciones de vales de 12 de Enero y 29 de Agosto de 1794 y de 25 de Febrero de 1795, y del empréstito levantado el 4 de Mayo de este último año, y de las concesiones obtenidas de la curia de Roma para que los bienes y las rentas del clero, así de la Península como de las Indias, ayudasen á los crecidos gastos de la guerra, ésta no podía materialmente continuarse, no sólo por la falta de recursos, sino porque nuestro país, que hace siglos no da muestras de sus energías sino por movimientos galvánicos excesivamente momentáneos y pasajeros, después de guillotinas las figuras simpáticas de la monarquía, entibiados todos los romanicismos del sentimiento exaltado, se hallaba alarmado con la invasión de los *sans culottes* casi en todas las provincias fronterizas de Guipúzcoa, Navarra, Aragón y Cataluña y con la amenaza de Castilla, y en todos los tonos, y por la voz de todas las clases sociales, pedía ya la paz con la misma vehemencia que tres años antes había pedido la guerra.

No faltaron protestantes del hecho ejecutado: el arzobispo de Zaragoza, Despuig, y algunos frailes de varios conventos de Aragón que trataron de llevar á la Inquisición, por supuesto

delito de bigamia, al ministro que acababa de ser condecorado con el título de príncipe de la Paz por el rey. La acusación trascendió á Roma: el general del ejército republicano en Italia, Napoleón Bonaparte, interceptó una carta que sobre este asunto escribía el Papa Pío VI, su prisionero, al cardenal Lorenzana; y para consolidar más la amistad de España con Francia, la remitió al embajador que acababa de ser nombrado cerca de Carlos IV, el cual la puso en manos de Godoy. Así comenzaron tan prematuramente contra este ministro las vísperas de 1808, entre aquel soldado que llegó á emperador y aquel hombre de Estado en quien se reconcentraron los odios nacionales de todo un siglo por último premio á los grandes servicios que prestó en su largo ministerio á su patria y á su rey.

De la paz de Basilea emanó otro hecho, en el que nuestros indicados historiadores no han detenido toda la atención que merece, y que se denuncia en la correspondencia diplomática, aun inédita, de aquel tiempo. Del mismo modo que Luis XVI, al principio de la revolución, quiso investir al rey de España del depósito sagrado y secreto de sus pensamientos, esperando fuera el árbitro de sus derechos y de los de su familia, respecto á la misma Francia y con la Europa entera, acción á que Inglaterra sola se opuso, la República en los tratos de Basilea entre Mr. de Barthelemy é Iriarte, abiertamente le expresó el deseo de investir también á España de facultades suficientes, para que España fuera la mediadora con los demás gobiernos, de una reconciliación pacífica con el nuevo orden de cosas establecido después de la muerte de Luis XVI. Más fuertemente se opuso también Inglaterra á la intimidad de esta alianza, que á la de los Estados del Norte, que Floridablanca negociaba cuando ocurrió su caída. De toda inteligencia de España con otras potencias que consolidara su influjo en los gabinetes, que hasta le devolviera la antigua supremacía que en ellos ejerció en los siglos xvi y xvii, y que robusteciera su poder marítimo, único en que estribaba el peso, todavía grande, de su

autoridad en los intereses políticos del mundo, deducía Inglaterra un peligro inminente y perpetuo para su prepotencia en las aguas y para la dilatación de su comercio y de sus conquistas coloniales, que ya fomentaba con todos sus esfuerzos. Estas obstrucciones fueron las que encendieron más las iras de Napoleón contra la Gran Bretaña, y tanto más instaba aún, desde el generalato de Italia, á estrechar la amistad con Carlos IV y su gobierno, cuanto que para todas las eventualidades del porvenir, bastándose él, que ya tenía la conciencia plena de sí mismo, de sus facultades y de su misión, para los problemas del continente, sin el auxilio marítimo de España, se consideraba débil para toda empresa contra Inglaterra, á la que, como en efecto sucedió, había de tener delante de sí en todos los negocios de su vida.

Sin las causas históricas que acreditan la secular rivalidad de Inglaterra y de Francia, á pesar de todas las *ententes cordiales* que sugieran accidentes puramente momentáneos entre los dos países, fácil es comprender los motivos de la nueva emulación entre la Inglaterra de Jorge IV con Grenville, con Pitt, con Canning, con todos sus ministros y Napoleón general dictador, primer cónsul ó emperador. Para consolidar el poder que con sus victorias y sus grandes reformas orgánicas y jurídicas Napoleón creaba en su persona á la Francia, uno de los instrumentos de más robusto apoyo era el fomento incesante de la prosperidad, por medio del fomento de las artes, de la industria, y, sobre todo, de la dilatación de su comercio. En esto estribaba la potencia de Inglaterra, cuyo poder marítimo era el fiador de esta prosperidad. En el continente, estas corrientes comerciales, monopolizadas de antemano por la diligencia británica, tendiendo ya á igualarse entre todos los pueblos los elementos de la civilización, no ofrecían la amplitud de nuevos horizontes. El Asia yacía lejana, y en su inmovilidad y esquivez el Africa indomable. España era el único país que poseía en toda la vasta extensión de la América, que había colonizado, el campo de dilatación mercantil y colonial

que los dos émulos ambiciosos para sí necesitaban. Cerradas sus plazas comerciales para todo otro contacto legal que no fuera el exclusivo de su metrópoli; vedados los territorios no poblados por los derechos exclusivos de posesión que España sustentaba desde los descubrimientos y las conquistas primitivas, hacerlos abrir ó al privilegio ó á la libertad del comercio ú obtener el privilegio del influjo para conquistarlo, eran las miras interesadas, así de Inglaterra cuyas intenciones no se disfrazaban, como de la Francia de la revolución y de la Francia de Bonaparte, aunque encubriera las suyas con otro disfraz. Así, pues, cuando Floridablanca auheló atraer á los pensamientos de que ya se ha hablado á Inglaterra, lo primero que ésta exigió y lo primero en que Floridablanca tuvo la debilidad de ceder, fué en las reclamaciones sobre la bahía de Nootka; y cuando después de la desgraciada guerra del Rosellón, se firmó la paz de Basilea, lo primero que por la Francia republicana se nos pidió fué la parte que España poseía en la isla de Santo Domingo. Este modo de apreciar las cuestiones todas que se suscitaron durante todos los accidentados sucesos del reinado de Carlos IV, y del ministerio del príncipe de la Paz, ya en relación con Inglaterra, ya con Francia y Napoleón, jamás deben apartarse de la vista y del criterio de los que historien ó hablen de aquel tiempo, para juzgarlos con entera verdad.

Aunque se han emitido muchas opiniones adversas contra el príncipe de la Paz por haber suscrito, después del tratado de Basilea, el de San Ildefonso de 18 de Agosto de 1796, que fué una renovación embozada del *pacto de familia sin familia*, y más oneroso para España que *el pacto de familia* de Carlos III, *con familia*, pues constituyendo un verdadero tratado de alianza ofensiva y defensiva, por su artículo tercero se acordaba que la potencia que tuviera que auxiliar á la otra en guerra, pondría á su disposición quince navíos de línea, de los cuales tres habían de ser de tres puentes, y doce de sesenta á setenta y dos cañones, tres fragatas de una fuerza proporcio-

nada y cuatro corbetas ó buques ligeros, armados, equipados, provisionados todos por seis meses y aparejados por un año; y por su artículo quinto, que la potencia requerida daría además á la demandante un ejército de 18.000 infantes y 6.000 caballos, mantenidos á su costa, condiciones que más tarde, en 1803, por otro convenio estipulado con Napoleón, se resolvió trocar por un subsidio metálico equivalente, todo lo que dejaba sujeta á España á hacerse partícipe de las desgracias de Francia, sin compensaciones ventajosas de ninguna clase para nosotros; es preciso recordar que en la aprobación de este tratado, lo mismo que tres años antes se había hecho para hacer la guerra á la República, el príncipe de la Paz supo poner á salvo su responsabilidad ante la historia, pues si en 1793 y en 1794 la cuestión de la guerra la llevó á los dictámenes del Consejo de Estado, y obligó á los consejeros á emitir sus votos razonados por escrito, el tratado de San Ildefonso no recibió la firma de Carlos IV sin que antes hubiera pasado en la misma forma por el estrecho tamiz, toda vez que á la penetración e aquel ministro no se ocultaba que aquel pacto argüía una como provocación á Inglaterra, y que la guerra con esta potencia no se haría esperar. El Consejo de Estado, ó falta de juicio ó sobrado de debilidad, según la frase de Alcalá Galiano, aprobó la propuesta alianza con Francia, inclinación á que siempre, á pesar de los desengaños de la historia, ha sido propensa la mayoría, casi la unanimidad de nuestros más eminentes hombres de Estado. Aquel pacto, y la situación que creó frente á Inglaterra, contienen y encarnan la clave de todos los sucesos del reinado de Carlos IV y del ministerio del príncipe de la Paz, de que fué última consecuencia la situación general política de España que nos condujo á 1808 y á la guerra de la Independencia.

¿Cabe discutir cuál hubiera sido la suerte de España, si en vez de la alianza de 1796 con Francia, se hubiera aceptado la alianza con Inglaterra por Carlos IV, por el príncipe de la Paz y por el Consejo de Estado? Hay que declarar que Ingla-

terra no quiso jamás ser aliada de España, mientras España fué nación marítima de primer orden. La prueba está, sin otros antecedentes, en el fracaso de las gestiones que para conseguirlo hizo el conde de Floridablanca, á que antes se ha hecho referencia. Si Inglaterra entró en inteligencias con España en 1808, fué porque ya había aniquilado enteramente nuestra potencia naval en el cabo de San Vicente y en el glorioso aunque funeral día de Trafalgar. Pero si esa alianza hubiera sido posible en 1795 y en 1796, ¿qué habría hecho la Francia republicana, la Francia del Consulado y la Francia del Imperio con nosotros? Tendamos la vista por el espectáculo que en las guerras napoleónicas ofrecieron á la faz del mundo y de la historia todos los aliados de Inglaterra en el continente, á pesar de sus repetidas coaliciones, y entonces saltará á la vista del juzgador desapasionado lo que habría sucedido á España, tan próxima á las fronteras de Francia y tan aislada de todo el resto del orbe, donde en 1795 hubo que apresurar la paz de Basilea, siendo entonces Inglaterra nuestra amiga, porque ya Cataluña y Navarra pedían su anexión á Francia, y las Provincias Vascongadas, sobre todo Guipúzcoa, se deshacían en movimientos separatistas de España para constituirse en república independiente. Se dirá que éstos eran los efectos de la propaganda que la Francia revolucionaria hacía por todas sus fronteras. Pero estas propagandas contra sus vecinos, ¿no es el privilegio exclusivo de Francia, bajo todos sus sistemas de gobierno, y lo mismo cuando ofrece amistad que cuando se declara en guerra? Esa facilidad en dar oídos y seguir las insinuaciones de estas propagandas, ¿no es también la propensión exclusiva de todos los españoles en aquel tiempo, en éste y en todos? Claro es que en una situación de abierta hostilidad como la que existió de 1792 á 1795, estos resortes de la vecindad inquieta eran más peligrosos y creaban problemas más difíciles de resolver.

Júzguese como se quiera la totalidad de los sucesos accidentados que constituyeron el no corto reinado de Carlos IV y

el no corto ministerio del Príncipe de la Paz, pues el paréntesis de los ministerios de Saavedra, Jovellanos y Urquijo no fué más que un parentesis incoloro, inodoro é insustancial para la determinación del carácter de la política española en aquel tiempo, seducidos ó aguijoneados por Francia, ó provocados sin tregua por Inglaterra, ¿qué problema esencial se resolvía para nosotros sino el sostenimiento forzoso de una guerra marítima sin tregua con Inglaterra, que había de desangrarnos más en nuestro poder, en nuestro influjo, en nuestra fortuna venidera, por la influencia indeclinable que había de ejercer sobre el gran emporio de nuestras colonias americanas, que las exacciones, las violencias, los desafueros con que de continuo nos afligió la Francia?

Si á Francia nuestra amistad hubiera sido siempre preciosa, por guardarle las espaldas por la línea del Pirineo, mientras los ejércitos de la República ó del Imperio guerreaban en los demás campos de combate de Europa, lo era mucho más por el auxilio que encontraba en el de nuestras escuadras, punto esencial de esperanzas para Napoleón, que hasta que nuestras naves perecieron en Trafalgar, siempre halagó la idea del desembarco en Inglaterra. Con este auxiliar fué contra el que Inglaterra, desde el tratado de San Ildefonso, concentró todas sus iras. Desde el combate del cabo de San Vicente, el 14 de Febrero de 1797, hasta el combate de Trafalgar, el 21 de Octubre de 1805, la hostilidad de Inglaterra contra España no se dió momento de respiro. En el cabo de San Vicente, junto á los almirantes Jervis y Parker, apareció el entonces comodoro Nelson, que fué en el mar para España lo que cuatro años antes fué el artillero Buonaparte para España y para Europa en el sitio de Tolón. Ya aquel mismo año de 1797, este comodoro Nelson, otro genio del valor y la audacia como Napoleón, bombardeó á Cádiz y desembarcó en Santa Cruz de Tenerife, aunque en Cádiz lo escarmentaron las fuerzas sutiles españolas mandadas por Gravina, y en las costas canarias, el ilustre gobernador de las islas, D. Antonio Gutiérrez, que le

desarticuló uno de sus brazos con una bala de cañón. ¿Es de esta ocasión el detallar estas luchas de la hostilidad de Inglaterra contra España y sus posesiones, de 1797 á 1805? No, ciertamente; pero sí es conveniente declarar y dejar de una vez asentado, que para el mismo Napoleón, nuestro íntimo aliado, como Carlos IV en las postrimerías de su reinado le llamaba, *la pérdida del poder naval de España, que no pudo reponerse después de Trafalgar, fué el principio de su menosprecio hacia nuestra casa reinante, hacia el ministerio de su política y hacia los vínculos de amistad sostenidos con España, y el principio también de sus ideas sobre nuestro país para incorporarlo á los cetros de familia que él creó.*

Si, dado el carácter de Napoleón, hubo hacia el príncipe de la Paz, no hacia Carlos IV, algunas expansiones de su fingido y estudiado mal humor para proferir ante nuestros embajadores ó agentes oficiosos, conceptos audaces, frases de censura y hasta amenazas desvergonzadas, suponiéndole siempre ó veleidades de conducta en el ministro de aquel monarca, ó inclinaciones ó condescendencias hacia Inglaterra, que era la obsesión perenne del dictador de Europa, no se olviden los honores y las dádivas particulares con que con bastante frecuencia le agasajó, ni mucho menos sus condescendencias con España desde el regreso de Egipto, el salto al Consulado y la deificación del Imperio. Aunque nos costase la Luisiana el respeto que mientras vivió tuvo al príncipe viejo de Parma, padre de la reina María Luisa, y la constitución, aunque efímera, del reino de Etruria, para la más amada de las hijas de esta reina; cuando Marengo le hizo el dueño y árbitro de Italia, despojando hasta al Papa de su dominio temporal y de su sede apostólica en la capital inmortal, aquél fué un acto público de consideración casi inverosímil en la insania que tenía contra todos los Borbones. La habilidad de Godoy le frustró sus pensamientos ocultos, no sobre Portugal, sino sobre toda la Península ibérica, apresurándose á negociar y firmar el tratado de Badajoz, del 4 de Junio de 1801, hacien-

do entrar en los compromisos de aquel tratado, al propio hermano del cónsul, Luciano Bonaparte, como su embajador, cerca de la corte de España, y asistente al proceso de la campaña emprendida contra el reino vecino; y aunque se ha ponderado la indignación que este hecho produjo á Napoleón contra Luciano, es preciso leer los despachos reservados é inéditos de Azara á nuestro gobierno para saber lo que todavía no ha escrito ninguno de nuestros historiadores: que aquella indignación llevada hasta el frenesí, no fué por el fracaso desgraciado de los planes que había concebido, sino por el reparto de las cuantiosas sumas de dinero que le había valido el haber firmado la paz con Portugal. Al año siguiente sufrió otro desaire, aún más personal, de la corte de España, y también lo sufrió en silencio, aunque no lo olvidó nunca, y al cabo de sus días trató de sincerarse á su manera del hecho que le produjo en sus revelaciones del destierro en la isla de Santa Elena. Él había mandado á su hermano que al oído de Carlos IV y de su ministro dejase caer la especie de que tenía en proyecto su divorcio con Josefina Beauharnais, y su propósito de emparentar con nuestra casa real, mediante su matrimonio con la infanta D.^a Isabel, la menor de las hijas de Carlos IV y de María Luisa. Inmediatamente se arreglaron los dobles enlaces del príncipe de Asturias con la princesa María Antonieta de las Dos Sicilias, y el de la infanta D.^a Isabel con el primogénito y heredero de la corona de Nápoles. Ningún otro hecho contrario á sus ideas podía punzarle más agriamente en su amor propio personal, y el desaire lo soportó en silencio. Con todo, fácil es ver, en la substancia profunda de esta tentativa, que al querer enlazarse con una infanta española, para llevarla consigo á todas las exaltaciones de la ambición imperial que ya le llenaban la mente, mal podía cohonestar estas ideas con el propósito de destronar al padre de aquella princesa para otorgar su trono á uno de los maridos de sus hermanas. Cuanto sobre esto entró en su ánimo, *fué después que España perdió en Trafalgar*

el elemento defensivo de mayor importancia con que nuestro país gravitaba en la red de sus pensamientos: su poder naval, aquel poder con cuyo auxilio pasó diez años haciendo el bu á Inglaterra, su enemiga.

No es necesario entrar aquí en los sucesos de 1807, que prepararon las revoluciones de 1808. Entre exigencias inmoderadas del emperador, á las que nuestra corte estaba tan acostumbrada; entre amenazas aviesas, cada vez más frecuentes y violentas; entre despojos inicuos á los hijos de Carlos IV, á quienes había exaltado antes, y ofrecimientos al parecer deslumbradores para los que en su concepto dirigían, no la política de Carlos IV, porque en relaciones con aquel hombre no había plan ninguno posible de política sistemática, sino su conducta llena de humildes condescendencias; por una parte, preparaba todos aquellos tratados contradictorios, que tanto han dado que escribir á plumas poco reflexivas y desapasionadas; y por otra, todas aquellas tramas clandestinas, dirigidas por él mismo, y llevadas á efecto por su cuñado, el marqués de Beauharnais, su embajador en Madrid, introducido en el cuarto y en los conciliábulos secretos del joven príncipe de Asturias, para difamar á su propia madre y conspirar contra su padre y contra su ministro, que era lo mismo que prestarse á conspirar contra sí mismo y contra su patria. No; los que estudian con la debida reflexión aquel período de la historia de España, no pueden juzgar de estos hechos, considerándolos aisladamente para pronunciar sentencias de incapacidad, injustas y poco meditadas, contra nuestros monarcas y contra sus más leales servidores, que á la vez y con la misma lealtad lo eran de la nación. Hay que tener siempre presente, para apreciar todos los hechos de esta parte de nuestra historia, la figura despótica de Napoleón y el peso con que gravitaba, teniendo de su parte el genio y la fortuna, no sólo en nuestro país, sino en toda Europa á la vez. ¿Qué podíamos hacer desde el aislamiento peninsular en que nos encontramos con el hombre á quien la victoria de Austerlitz puso á sus pies al

imperio de Alemania; las de Jena y Averstadt le convirtieron al rey de Prusia en su vasallo; la de Eyglean le erigió en el árbitro omnímodo de Europa, y la de Friedland le abrió las apartadas fronteras del imperio del czar, que vino á Tilsitt, el 25 de Junio de 1807, á constituirse en la tienda de campaña levantada en medio del Niemen, en tan prisionero suyo, bajo la perspectiva del reparto entre los dos del imperio universal, como el príncipe de la Paz, con los tratados impuestos á Izquierdo y que ni aun á sus manos llegaron, para alucinarle con el reparto de Portugal y la corona de los Algarbes, segunda edición del peregrino trono de Etruria para los infantes españoles, despojados de sus Estados de Parma? Si el emperador Alejandro, con sus colosales medios de defensa y con su distancia no menos colosal de la corte del nuevo César, no pudo evitar la burla de Tilsitt, ¿cómo Carlos IV y su ministro habían de soslayar, por extremada que su capacidad fuese, todas las tramoyas urdidas por aquel genio maquiavélico y ladino, para invadir y apoderarse de nuestro territorio, tejer las conspiraciones que produjera el proceso de El Escorial, incitar á la revolución de Aranjuez y arrancar del trono á nuestra familia real reinante, para conducirla prisionera á las abdicaciones de Bayona y á las inclemencias hasta inhumanas de Compiègne y de Valençay?

Los preliminares de la guerra de la Independencia, que abrazan todos los sucesos políticos del reinado de Carlos IV, tenían de nuevo que ser revisados por la historia; y analizándolos bajo el punto de vista del desamparo geográfico en que nuestra nacionalidad siempre se halla, de la falta de alianzas, de respeto y de defensa, y á las negativas que se dieron lo mismo á Floridablanca que á Aranda y al duque de Alcudia, por aquellos que después fueron nuestros amigos cuando ya se nos había despojado de todos los elementos de poder con que aún en 1789 y 1790 podríamos haber reconstituído el papel de influjo continental que la Francia de Luis XIV nos había quitado, y de la presión, por último, que sobre nosotros ejercie-

ron todas las instituciones de la revolución, contra las que en los campos de batalla ño quiso favorecernos la fortuna, y todas las instituciones de la reacción que llevó al imperio al soldado, por quien se pronunció tenaz y siempre la victoria, formaremos el parangón de la suerte que nos cupo, y cuya responsabilidad hemos descargado sobre aquel trono y sobre aquel ministerio, á los que se les han hecho tantas injusticias, y de cuya acción interior el odio ha olvidado el carácter benéfico y paternal que distinguió en todas sus resoluciones las funciones soberanas de Carlos IV, y los impulsos hacia el fomento de la cultura y de la prosperidad públicas que, con celo infatigable, trató de dar al carácter de su tiempo el ministro vilipendiado en todas sus actitudes y en todos sus medios, y contra cuyas tentativas no pudo menos de ejercer su influencia obstruccionista la violencia del largo período en que, amigo ó enemigo, Napoleón impidió toda mejora en todas partes y á todo lo que no fuera francés.

En las conferencias del Ateneo á que se ha aludido, el docto catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Rafael Altamira, al tratar de esta materia, ha reconocido que el honor de la nación y el honor de la verdad están pidiendo á gritos que se reformen los conceptos equivocados hasta aquí vertidos por la historia; porque el Sr. Altamira, aunque no despojado del todo de las ideas sancionadas por una larga aunque equivocada tradición, es de los que militan en la escuela de la ciencia nueva, que aspira á que la fe del documento escrito, hasta aquí desconocido y olvidado, sea la que se imponga á los juicios ilustrados que demandan todas las conveniencias.

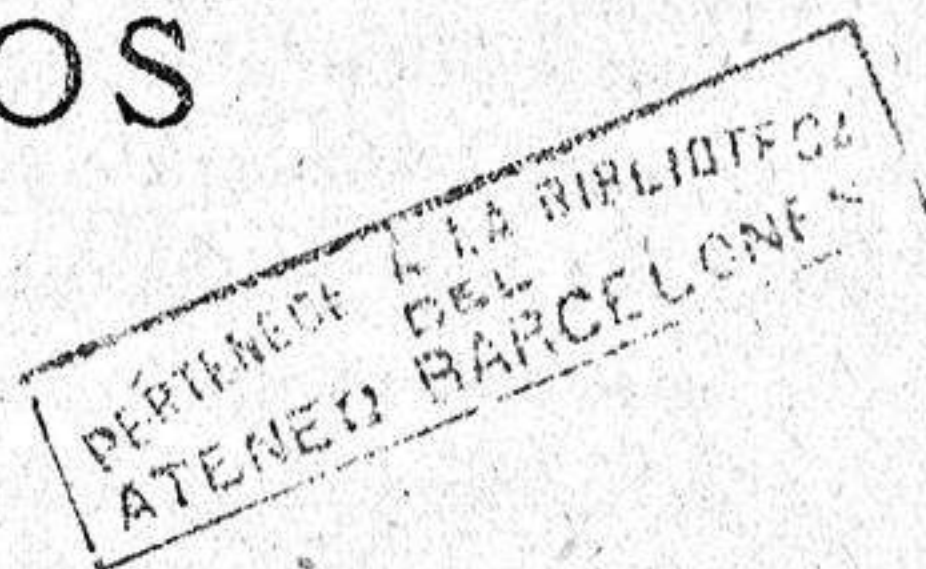
Si las conferencias hasta ahora desarrolladas en la Sección Histórica del Ateneo de Madrid han puesto de relieve la necesidad en que la cultura nacional se encuentra, para ilustrar esta parte de la historia, de acudir urgentemente á la investigación de los archivos nacionales, por fortuna hoy accesibles á todos los espíritus estudiosos en los preliminares de la guerra de la Independencia, y así bajo el aspecto de la política

interior, como de la exterior, del reinado de Carlos IV y de sus tres grandes ministros, Floridablanca, Aranda y el príncipe de la Paz, en el período de la lucha heroica que parece que es lo que se quiere conmemorar, esta consulta se hace tanto más indispensable, cuanto que ni sobre la transmisión y sucesión de las instituciones improvisadas para que la función de la soberanía tuviese una base de unidad y ámbito bastante en que ejercerse, ni sobre la misma guerra, que es la que ha tenido mayor número de historiadores, se ha explorado hasta ahora la inmensa riqueza documentaria que posee nuestro Archivo Histórico Nacional, y en cuyo seno, nuestro mismo diligente Gómez Arteche no tuvo ocasión de penetrar.

La historia de Carlos IV hasta ahora escrita está plagada de errores deliberados, que, cometidos por la ceguedad de la pasión en momentos de vivas controversias políticas, no han sido rectificadas todavía, ofendiendo este olvido la majestad de la historia y el honor de la patria. La misma guerra de la Independencia, tan magistralmente tratada en todas sus acciones técnicas por la sagaz sabiduría de nuestro ilustre Gómez Arteche, aun adolece de muchas notas olvidadas, porque los documentos que las contenían, por largo espacio de tiempo han permanecido escondidos y olvidados. Ya son accesibles á todos los hombres estudiosos. El Ateneo ha abierto á éstos un noble palenque donde estas novedades pueden hacerse resaltar, como complemento magnífico del pensamiento generador de esta conmemoración tan ilustrada y tan patriótica. Al Ateneo toca hacer inspirar á sus maestros, y á sus oradores prestar este doble servicio, en busca de la verdad por la verdad, que sólo se halla en el testimonio del documento escrito. La verdad en la historia es la luz; la verdad, la enseñanza; la verdad, la conciencia; la verdad, el honor; y la obra del Ateneo no puede menos de dirigirse al honor, á la conciencia, á la enseñanza y á la luz, que es la gloria de la nación.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

RECUERDOS



La vida de las Cortes, hasta que se votó la Constitución, fué una vida ardiente, apasionada, de luchas, de conflictos; pero fué una vida noble y fecunda.

Pugnaban las ideas, unas contra otras; los hombres y los partidos eran los instrumentos que unos y otros ideales manejaban en aquel hermoso combate.

Lo pequeño se achicaba, lo grande crecía, y se respiraba atmósfera ardiente; pero atmósfera purificada por el fuego del pensamiento.

Cuando pasó este primer período; cuando hubo Constitución y poderes organizados, provisionalmente organizados, pero organizados al fin; cuando se planteó el problema de la candidatura real y se tocaron prácticamente las dificultades de este problema, entró la asamblea en su segundo período, y á las ideas se sustituyeron los hombres, y los partidos, y los intereses, y todas las malas pasiones que agitan á la raza humana en todas las esferas, y con caracteres especialísimos en la esfera política.

Las luchas, mejor dicho, los enconos entre progresistas, unionistas y demócratas se hicieron más vivos, si no en la superficie, en los oscuros cauces de las intrigas subterráneas.

Entonces fué cuando, según frase que se hizo corriente, los unionistas en general, y algunos progresistas, *pusieron en estudio* á los ministros demócratas, es decir, á Becerra y á mí, empezando por Becerra.

No atacaban de frente, pero aprovechaban las circunstancias.

Un incidente, insignificante en el fondo, pero que tomó ciertas proporciones, por desdicha inevitable ó acaso por ligereza que pudo evitarse, pusieron frente á frente en el Parlamento á Becerra y á Ayala.

Y ello fué que, por consecuencia de aquel pequeño conflicto, que los enemigos de los demócratas agrandaron, al fin y al cabo Becerra abandonó el Ministerio.

Le sustituyó, si mal no recuerdo, porque ya he dicho que cito de memoria, Moret.

Representábamos, pues, al grupo democrático Moret y yo.

Un nuevo conflicto, que no revistió forma parlamentaria, pero que tomó caracteres bastante graves, determinó algún tiempo después un nuevo cambio ministerial.

D. Nicolás María Rivero ocupaba la Presidencia de la Cámara, en rigor el puesto más elevado de aquella situación, y dado el espíritu democrático de aquella época, puesto más importante que el de Regente.

Mas ya lo dijo algunos años después Cánovas del Castillo, en sus conversaciones íntimas: que quiera ó no quiera, el Presidente de una Cámara, es probable que de diez veces, nueve, concluya por ser el enemigo natural del Ministerio.

No es regla absoluta, pero es regla muy práctica, y podrían citarse muchísimos ejemplos.

En suma: D. Nicolás María Rivero no simpatizaba con el Ministerio.

Respetaba á D. Juan Prim, reconociendo que era inmovible é insustituible, sin contar con que tampoco él se hubiera dejado ni sustituir ni conmover.

Nos aceptaba á los ministros demócratas, como era natural; pero le puso la proa, según vulgarmente se dice, á Sagasta.

Decía D. Nicolás, á todo el que le quería oír, que los demócratas habían llevado á la Constitución los derechos indi-

viduales, y que para practicarlos, para infundirlos en la masa pública, para que pasasen de la región de los ideales á la realidad y á la costumbre, era preciso que estuviera un demócrata en el ministerio de la Gobernación.

Pero, según Rivero, Sagasta, por ser de procedencia progresista, y por haber tenido que acentuar el principio de autoridad en sus recientes luchas con los federales, no era el más á propósito para implantar la gran reforma, que los demócratas habían hecho triunfar en el Código glorioso que llevaba el nombre de Constitución del 1869.

En suma: que D. Nicolás quería ser, y estaba resuelto á ser, ministro de la Gobernación.

Sus amigos más íntimos no aprobaban esta idea; pasar en aquellas circunstancias de la Presidencia de la Cámara á un ministerio, no era subir, sino bajar; comprometer su reputación y su prestigio, comprometerse en la lucha diaria, ir dejando pedazos de su elocuencia, y casi me atrevería á decir de su grandeza épica, entre preguntas, interpelaciones y sucesos menudos, sin contar con las intemperancias de tal ó cual diputado; en vez de dominarlos á todos desde el sillón presidencial, imponerse á todos si llegaba el caso, y mirar de frente y en el mismo nivel al propio Regente del reino.

Todas estas reflexiones fueron inútiles. D. Nicolás estaba resuelto á ser ministro de la Gobernación para completar prácticamente, según decía, la obra democrática.

Al fin celebramos una noche Consejo de ministros para resolver el conflicto.

Aquel Consejo y sus diversos incidentes han quedado profundamente grabados en mi memoria; hasta veo, como en una prueba fotográfica, el sitio en que estaba sentado D. Juan Prim y el sillón que ocupaba D. Práxedes.

*
* *

El general planteó el problema con entera franqueza, sin retóricas y sin violencias, tranquila y reposadamente.

E. M.—*Septiembre 1908.*

En el fondo vino á decir lo que yo antes he dicho, puesto que había celebrado varias conferencias con D. Nicolás María Rivero, y reproducía los argumentos del gran tribuno.

Hay que advertir que D. Juan Prim tenía puestas todas sus predilecciones en Sagasta.

Reconocía su talento, sus grandes condiciones parlamentarias; admiraba su vigorosa campaña contra los federales; y además de todo esto, tenía en él absoluta confianza y le profesaba verdadero cariño. Por nada de este mundo se hubiera separado de Sagasta.

Y sin embargo, como ante todo era hombre político, desde el punto de vista político planteó el problema, con toda claridad y precisión y con algo de energía militar.

D. Nicolás María Rivero quiere ser ministro de la Gobernación, porque dice que sólo desde ese ministerio pueden plantearse práctica y eficazmente las reformas democráticas. Pues hay que darle gusto. Yo creo que se equivoca; que ni le conviene al país, ni le conviene á él este cambio de la Presidencia de la Cámara por un ministerio.

De todas maneras, no podemos oponernos á su voluntad. Ha sido una de las grandes fuerzas de la Revolución; ha prestado eminentes servicios; puede prestarlos todavía, *y es preciso estar bien con él.*

Sagasta tomó la palabra, y brevemente manifestó que estaba conforme con cuanto había dicho el general; que él no había de ser un obstáculo para la nueva combinación, y que en el acto dimitía su cargo.

Sus palabras fueron nobles y levantadas; pero yo, que me precio de observador, notaba en el fondo cierta amargura, y á veces cierta ironía, respecto á los servicios que á la democracia podría prestar D. Nicolás en el ministerio de la Gobernación.

Se convino, pues, en la propuesta del general Prim, con asentimiento de todos.

Se convino además en que D. Manuel Ruiz Zorrilla pasa-

ría á la Presidencia de la Cámara, lo cual ensanchaba algo la combinación ministerial.

Pero Prim agregó, levantándose para dar unos paseos por el salón:

—Está bien, está bien; pero usted, Sagasta, no sale del Ministerio: pasa usted al ministerio de Estado.

Sagasta protestó con energía:—Yo puedo dejar Gobernación, porque así convenga á la política; pero yo no puedo estar á merced de Rivero para ir de un ministerio á otro, porque mi dignidad no consiente humillaciones.

El general protestó á su vez:—Ni Rivero le echa á usted del ministerio, ni yo lo consentiría, ni en un cambio de carteras hay humillación de ninguna clase.

Y siguió protestando Sagasta con energía, y siguió convencién-dole D. Juan Prim con dulzura y cariño.

—Le digo á usted—decía el general—que esta combinación me satisface, y me satisface mucho; porque, fíjese usted, Sagasta: las circunstancias políticas hacen que en cada momento un ministerio sea el más importante. Antes de la reunión de Cortes, no cabe duda, el ministerio de Fomento ha sido el de más importancia y el que por sus reformas ha ganado más popularidad; precisamente por eso va ahora á la Presidencia de la Cámara Zorrilla, y por eso está entre nosotros Echegaray. Desde que empezaron los trastornos republicanos, y durante las elecciones y en las primeras luchas parlamentarias con los federales, el ministerio de la Gobernación ha sido el más importante. Y yo le digo á usted que, en este momento, el más importante de todos es el ministerio de Estado; porque ¿cuál es por ahora el problema capital? El de elección de monarca. Pues ese problema lo tenemos que resolver principalmente usted y yo; usted en el ministerio de Estado; por eso necesito, y me viene muy bien, que pase usted á Estado: y de ninguna manera, haga usted lo que quiera y diga usted lo que diga, me separo de usted.

Y Sagasta se hundía cada vez más en el sillón, y cambiaba

el tono enérgico por el tono quejumbroso; pero seguía oponiéndose á encargarse de la cartera de Estado.

D. Juan seguía sus paseos, acercándose de cuando en cuando á Sagasta, y esforzando cada vez más sus argumentos en tono cada vez más dulce y paternal.

Y ya Sagasta no discutía, sino que cada vez tomaba una entonación más triste, repitiendo:—No puede ser, D. Juan, no puede ser; es una humillación, y hasta quién sabe si será un motivo de disidencia entre progresistas y demócratas. No puede ser, D. Juan; no puede ser.

Y D. Juan se detuvo otra vez más; y poniéndole la mano sobre la cabeza á Sagasta, le hizo casi una caricia paternal, repitiendo:—No sea usted así; sí puede usted; y dado que sea sacrificio, sacrifíquese usted por mí y por la causa de la Revolución.

Ya no luchó Sagasta.

—Haga usted lo que quiera, mi general.

Y la combinación quedó resuelta.

En Gobernación entraría Rivero; Zorrilla pasaría á la Presidencia de la Cámara; Sagasta se encargaría de la cartera de Estado.

Del resto de la combinación no me acuerdo; sólo sé que yo continuaba en Fomento, y me parece que ya Moret estaba en el ministerio de Ultramar.

Si no era Moret, era Becerra; pero, en suma, éramos tres los ministros demócratas en el Gabinete, contando con el refuerzo, que ya era refuerzo, de D. Nicolás María Rivero.

*
* *

Cuanto más se acentuaba la nota democrática del Gabinete, tanto más crecía la oposición sorda de los antiguos unionistas contra el Gobierno. Y no todos los progresistas miraban con buenos ojos esta invasión de los elementos democráticos.

Hoy todo el mundo es demócrata y alardea de democracia;

en aquella época el ser demócrata era algo sospechoso para los partidos monárquicos históricos, por sus ideas, por sus aficiones y hasta por su pasado.

Los compañeros, los amigos, los que durante muchos años habían sido correligionarios de Rivero, de Martos y de Becerra, se habían hecho republicanos federales.

En cambio, Martos y Rivero creyeron siempre que la federación era la ruina, el despedazamiento de la patria.

Hoy no se tiene tanto miedo á la federación.

Pero de lo que hoy se piensa, ya hablaremos cuando al día de hoy le toque su turno, y el presente se convierta en recuerdo, y tenga yo que hablar en estos artículos, si ese día llega, que mucho lo celebraré, de las cosas y de los hombres de fines del siglo anterior y del principio de éste, en que por obra del tiempo estamos metidos.

Decía que Martos y Rivero eran monárquicos, por motivos políticos y hasta por patriotismo: sobre todo, para conservar la unidad de la nación española.

Pero, á pesar de todo, como no erigían la Monarquía en dogma, como eran monárquicos circunstanciales, la mayor parte de los demócratas infundían sospechas y temores á los partidos monárquicos de abolengo, y sobre todo á los unionistas.

Únase á esto que los derechos individuales, aquel principio fundamental de una democracia que era ó totalmente individualista ó grandemente individualista por lo menos; cosas y principios que, tomados en su sentido casi absoluto, eran para muchos gérmenes no solamente peligrosos, sino disolventes, convertían los recelos de la unión liberal contra los demócratas en hostilidad apenas disimulada.

Y no hay que decir si la hostilidad aumentaría, al ver cómo iba creciendo la influencia y el personal democráticos en el seno del Gabinete.

Algunos meses antes no había ningún ministro demócrata; pocos meses después de promulgada la Constitución, ya éramos tres.

Por eso, como antes dije, nos habían puesto en estudio, para ir poco á poco desgastando la influencia democrática.

Consiguieron deshacerse de Becerra; pero le sustituyó Moret.

Y para deshacerse del eminente orador, era demasiado pronto.

Con D. Nicolás María Rivero no se atrevían; conservaba demasiada fuerza, tenía demasiado prestigio: combatirle abiertamente hubiera sido una torpeza y un escándalo.

No se atrevieron, pues, los unionistas, y aunque algunos individuos del partido progresista le tenían ganas, y perdónese me lo vulgar de la frase, sobre todo desde que había sustituido á Sagasta en el ministerio de la Gobernación, no les quedaba más recurso que tascar el freno, y de mala gana lo tascaron.

Pero quedaba yo, y á mí me pusieron en estudio, esperando una coyuntura, una ocasión, deseando que yo diese un mal paso, para hacer conmigo lo que habían hecho con Becerra.

Yo lo sabía, porque tenía muchos amigos en la Cámara, en todos los lados de la Cámara. Por de contado, todos los demócratas lo eran; ó porque lo eran realmente, ó porque sabían mi intimidad con Martos, que iba siendo cada día mayor; también entre los progresistas contaba yo con simpatías, porque había intimado con muchos de ellos, con los más allegados á D. Manuel Ruiz Zorrilla, con los que algún tiempo después, al separarse Zorrilla y Sagasta, fueron zorrillistas resueltos.

Aun entre los mismos federales tenía buenos amigos, por ejemplo: Castelar, el marqués de Albaida, que en su lucha con Sagasta me ponía como ejemplo de buen demócrata.

Aún me sostenía el recuerdo de mis trabajos en Fomento con D. Manuel; aún no se había acabado de chamuscar la trenza del quemadero; ni se habían acabado de oxidar los hierros inquisitoriales.

Y aun después de ser ministro, había yo realizado un trabajo de extraordinaria importancia en una cuestión difícilísi-

ma y peligrosa, y en que había obtenido un verdadero triunfo del orden administrativo.

De este problema ya hablaré más adelante: han pasado cuarenta años, y todavía dura aquella ley, como dura la ley de Minas, que representó un progreso trascendental; como dura el Instituto Geográfico, cuya creación fué mía.

Y digo todo esto, porque en los tiempos que corren, si no se alaba uno, corre el peligro de que le olvide la gente, y además bueno es de cuando en cuando aligerar la monotonía de la modestia, salpimentando mis recuerdos con sus granitos de vanidad.

Ya que todo el mundo truena contra los convencionalismos, bueno será que yo también prescinda de ellos, para modernizarme en lo posible.

*
* *

Decía, pues, que me habían puesto en estudio, y que esto me tenía sin cuidado, no sólo por tener bien guardadas las espaldas, tan bien guardadas, que, á pesar de todo, seguí en el Ministerio casi dos años, sino porque me importaba poco ser ó no ministro; habiéndolo sido, casi prefería no serlo; de suerte que no me esforzaba ni poco ni mucho en deshacer la conjura, ni me ocupaba en ella.

Dejaba correr los acontecimientos. Sin embargo, había una cosa en aquellos nubarrones que sobre mí cruzaban, que no dejaba de entristecerme.

D. Manuel Ruiz Zorrilla, á quien yo tanto quería, á quien debía tanto, para quien mi gratitud era tan profunda y mi amistad tan sólida, se iba alejando de mí.

La gente del pueblo ha inventado una frase muy expresiva, por más que sea chulesca, ó por el contrario, porque es chulesca es expresiva.

Y esta frase es:

«Tener cutis.»

Pues bien; yo tengo mucho cutis, es decir, mucha sensibilidad para apreciar cosas al parecer insensibles.

Y yo sentía que D. Manuel Ruiz Zorrilla no era para mí el de antes.

Al parecer, el mismo; nuestras relaciones eran cordiales; no habíamos tenido el más pequeño choque, ni el más insignificante rozamiento; y, sin embargo, no era el mismo.

¡Ah! La política es cruel, sobre todo, es traidora.

Yo no había variado; D. Manuel, sí.

Más tarde volvió á ser el que había sido, porque comprendió que yo era leal, y que en mí la gratitud no era palabra vana.

Mas por estos tiempos á que voy refiriéndome, la frialdad de su afecto para mí era evidente, y se puso á prueba, en forma pasiva, y me convencí de que mis sospechas eran fundadísimas.

Cosas de la política.

Habíanme puesto en estudio, vuelvo á repetir, y creyeron unos y otros—ya diré quiénes eran los otros y los unos—que habían encontrado ocasión oportuna.

Y se equivocaron como unos pobres diablos.

Pero esto lo explicaré en el artículo próximo. Y minuciosamente, porque se enlaza con una cuestión de extraordinaria importancia, aun hoy mismo.

JOSÉ ECHEGARAY

LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONÉS

CONSIDERACIONES GENERALES

Día de júbilo inmenso, inenarrable, fué el 28 de Febrero de 1498 para el cardenal arzobispo de Toledo fray Francisco Ximénez de Cisneros, hombre excepcional, en quien parecieron reunirse por maravilloso influjo todas las cualidades y virtudes que deben formar el complicado carácter de un gobernante perfecto, en cuanto la perfección sea compatible con las humanas flaquezas. En semejante día, pudo experimentar el íntimo regocijo de ver en camino de realizarse una de sus múltiples obras, todas gigantescas, todas plausibles, todas encaminadas á elevar á España sobre el nivel de los demás pueblos: revestido de pontifical, rodeado de pompa y solemnidades, con su propia mano colocó la primera piedra del Colegio Mayor de San Ildefonso, esto es, de la Universidad Complutense, habiendo enterrado debajo de aquel sillar una medalla de bronce conteniendo su busto, y una inscripción en que expresaba el destino del futuro edificio, con arreglo á los planos que el alarife Pedro Gumiel trazó.

Ya desde años antes, venía acariciando el magno pensamiento de establecer, en su predilecta ciudad que riega el Henares, una escuela general para instrucción de la juventud; y aunque la empresa estaba erizada de inconvenientes, como el carácter del ilustre purpurado tenía por base la tenacidad y

la constancia para llevar á cabo todo lo que consideraba bueno y útil, supo allanar todos los obstáculos hasta ver comenzadas las obras del edificio, primer paso en la empresa civilizadora que se propuso.

A partir de aquel momento, robando instantes á sus múltiples ocupaciones—que abarcaban desde el cuidado de su diócesis hasta los afanes belicosos y los asuntos de gobierno,—siempre tuvo á la vista los trabajos que en Alcalá se realizaban, soñando con ver llegar el instante de darles cima; y no bien le era permitido tomarse alguna temporada de descanso, establecíase en Alcalá, dedicándose á impulsar la obra, alentando con recompensas á los obreros, haciendo por sí mismo mediciones y cálculos, siendo, en fin, el alma de aquel nuevo ser de piedra que empezaba á formarse.

Avido de llegar al fin apetecido—cual era el de ver funcionando el establecimiento docente creación suya,—en cuanto quedó concluso lo más indispensable de las construcciones, hizo abrir las aulas, y en 26 de Julio de 1508 inauguró solemnemente la Universidad, con el nombre de Colegio Mayor de San Ildefonso, en honra del santo patrono de Toledo.

Seguidamente, estableció en la flamante escuela numerosas cátedras, predominando las de Ciencias eclesiásticas, de Gramática, de Lengua griega, de Artes liberales; atrajo al seno de su fundación á los más doctos profesores de la época, señalándoles pingües emolumentos, y llevando su afán al extremo de edificarles casas de campo y cederles fincas de recreo en que solazarse pudieran los días festivos.

Prohibió la enseñanza del Derecho, fundándose en que éste era ya bien estudiado en Salamanca; pero ésta no era una razón convincente, siendo lo más probable que procediese así para no declararse en abierta hostilidad con los doctores salmantinos, que no vieron con buenos ojos la aparición del nuevo centro, y hubiera sido mayor su enojo á no proceder Cisneros con su habitual diplomacia. Ello es que sólo puso dos cátedras de Derecho Canónico, como auxiliares de la Teología.

Pero, paulatinamente, fueron aumentándose los estudios jurídicos, hasta casi equilibrarse con los teológicos: hasta que, en la reforma llevada á cabo por el doctor Medrano en 1666, se consiguió la creación de varias cátedras de Derecho Romano, y luego otras de Derecho de Partidas, sin perjuicio de conservar la preeminencia los estudios canónicos, y considerando aquéllos como comentario imprescindible de éstos, con sujeción al aforismo que dice: *Cánon sine lege, tamquam pastor sine grege.*

Convencido Cisneros de la conveniencia de dotar pródigamente una fundación de aquella índole como requisito indispensable para que pudiera realizar sus fines, asignó para el sostenimiento de la Universidad y Colegios á ella anejos, una renta en fincas de catorce mil ducados, que después se fué aumentando considerablemente. Sin olvidar ningún detalle de cuantos pudieran afectar á su empresa, hizo un excelente reglamento de estudios; creó premios y recompensas para estimular á los estudiantes, siendo él mismo, cuando le era posible, quien presidía los ejercicios y otorgaba los galardones. Y, en un colmo de previsión igualitaria, estableció plazas gratuitas para estudiantes pobres, y fundó un hospital para enfermos menesterosos.

Bajo tan buenos auspicios iniciada, la Universidad Complutense floreció con rapidez, no tardando en emular á la de Salamanca: y tal era su auge, que cuando, á los veinte años de su apertura (1528), recibió la visita de Francisco I, siete mil estudiantes salieron á recibir al prisionero de Pavía, el cual, admirado, aseguró que Cisneros había conseguido por su solo esfuerzo lo que Francia necesitó una serie de reyes para ver realizado.

Trescientos veintiocho años después de su fundación, esto es, en 1836, la Universidad de Alcalá fué trasladada á Madrid: la imperiosa centralización hubo así de exigirlo, y la ciudad del Henares tuvo que resignarse, con profunda pena, á ver cómo desaparecía su máspreciado orgullo. Desde entonces,

frío como una sepultura, el magno edificio que asombró á Fernando el Católico, yace abandonado, con la soledad de las cosas muertas: y si el turista por él ambula, esfuérase por apagar el ruido de sus pisadas sobre el enlosado pavimento, ante el temor de que la austera sombra del cardenal, increpando al intruso, le haga ver la tremenda injusticia de los hombres al destruir, por falaces exigencias de momento, la ímproba labor que los siglos debieran dejar incólume.

II

LA CIUDAD.—EL EDIFICIO

Alcalá de Henares puede envanecerse de haber sido una de las poblaciones que mayor interés ofrecen con relación á la historia de España. Como Santiago, como Burgos—tal vez más que estas ciudades, que aún conservan resto de sus pretéritos esplendores,—Alcalá viene á ser un exacto símbolo de la suerte de España á través del tiempo: ella, en otras épocas poderosa é influyente, hoy se ve postergada y empequeñecida; cuna de próceres y residencia de reyes en añejas etapas, sólo conserva como legado de gloria los restos preciados de sus monumentos grandiosos, que constituyen la admiración del viajero y el regocijo del arqueólogo. Es, por lo tanto, un pueblo que sólo de recuerdos vive, como hermosa envejecida y ajada, que únicamente logra conllevar su existencia evocando en el arsenal de su memoria la risueña remembranza de sus encantos fenecidos.

Cómplutum para los romanos, *Al Kala Nahar* para los moros, fué reconquistada en 1088 por D. Bernardo, arzobispo toledano, sin que los almohades, que después de la batalla de Alarcos hicieron incursiones por sus contornos, lograran doméñarla, conformándose con talar sus feraces campiñas. En ella residió Sancho IV *el Bravo* é hizo su testamento; en ella se avistaron los reyes de Aragón y Castilla para tratar de las

pretensiones de los infantes de la Cerda y pactar alianza contra los musulimes; en su seno se celebraron en 1348 las Cortes famosas que Alfonso XI convocó, y que dictaron el *Ordenamiento de leyes*, que tan importante papel ha jugado en nuestra legislación civil, arbitrándose además recursos en aquella asamblea para emprender la conquista de Gibraltar. En Alcalá murió Juan I de Castilla, derribado del caballo que montaba; allí el arzobispo Tenorio se hizo fuerte contra el gobierno de regencia de Enrique III, y dentro de su recinto, este mismo monarca recibió las embajadas que Carlos de Navarra y el Gran Tamerlán hubieron de enviarle. Durante los altercados que se suscitaron durante el reinado de Juan II, D. Iñigo López de Mendoza se apoderó en 1441 de Alcalá, siendo en sus inmediaciones sorprendido y derrotado por el Adelantado de Cazorla, Juan Carrillo. Los príncipes Fernando é Isabel recibieron en 1473 al cardenal Rodrigo de Borja dentro de los muros alcalaínos; y dos años más tarde, cuando el arzobispo de Toledo se rebeló contra aquéllos, Don Alonso, hijo natural de Don Fernando *el Católico*, puso cerco á la ciudad, partidaria del rebelde. En 1497, los excelsos unificadores de España recibieron también en Alcalá á los embajadores de Carlos VIII de Francia. El cardenal Cisneros fundó su Universidad y dirigió los trabajos de la célebre *Biblia Polyglota*, llamada *complutense*, labor que asombró á Europa entera, por ser un trabajo verdaderamente gigantesco, tanto como obra literaria como en su aspecto tipográfico.

Finalmente: Alcalá fué patria de Don Fernando, hermano de Carlos V y su sucesor en el imperio de Alemania; de Doña Catalina, hija de los Reyes Católicos, que casó con el monarca de Inglaterra Enrique VIII; de D. Antonio de Solís, el historiador de la conquista de México, y del coloso de las letras hispanas, Miguel de Cervantes Saavedra, bautizado en el templo de Santa María la Mayor.

*
* *

El año de 1513, el rey Don Fernando *el Católico* pasó por Alcalá de Henares, y hallándose un tanto quebrantado de salud, se detuvo para reponerse. El cardenal, que á la sazón también allí residía, regocijóse ante la idea de poder mostrar al soberano su obra, ya en pleno funcionamiento, aunque no del todo terminada. Mas como no era Don Fernando hombre de letras, pasaron unos cuantos días sin que de tal cosa se preocupase, en tanto que el cardenal, temiendo hacer indicaciones que pudieran ser desatendidas, lamentábase en su fuero interno de la escasa atención que para el monarca merecía aquel fruto de sus constantes desvelos. Por fin, á costa de alguna indirecta, el soberano se dió por aludido. Y un día, disponiéndose para sentarse á la mesa, dijo al cardenal, que presenciaba su refacción:

—En cuanto concluya de comer, iré á visitar vuestros colegios y á censurar vuestras fábricas.

La explicación de esta frase está en las críticas que al cardenal dirigieron sus contemporáneos por la magnificencia, á juicio de ellos excesiva, con que instaló los centros docentes de que fué creador insigne: motejábanle de dilapidador al contemplar los edificios construídos á su costa, y era corriente una frase humorística—que demuestra que el culto al retruécano no es fruto de los tiempos actuales,—afirmando que jamás Toledo había tenido un arzobispo tan *edificante* como el célebre conquistador de Orán.

No bien Cisneros tuvo noticia del para él fausto suceso que se avecinaba, dirigióse á la Universidad para disponer un digno recibimiento. Y cuando el monarca, acompañado del rector y de todos los doctores del claustro, apreció por sí mismo la grandeza de la obra realizada por el cardenal, no pudo menos de decirle:

—Vine con ánimo de censurar vuestras fábricas; pero ahora no puedo menos de admirarlas como merecen.

A lo que el cardenal, modestamente, repuso:

—Señor: mientras vos ganáis reinos y formáis capitanes,

yo trabajo para formaros hombres que honren á España y sirvan á la Iglesia.

El vasto edificio construído para albergar el Colegio Mayor de San Ildefonso, no corresponde á ninguno de los órdenes arquitectónicos definidos, siendo un conjunto de todos ellos, influído por el gusto plateresco, que ofrece indudable elegancia y majestad. Fué terminado en Mayo de 1553; es de piedra de Colmenar, y consta de tres amplios cuerpos.

Después del gran vestíbulo, inmediato á la puerta de entrada, penétrase en el primer patio, circundado por 96 columnas dóricas, que sostienen airosos arcos, rematados por una barandilla de piedra con cuatro medallones—uno en cada testero,—uno de los cuales contiene esculpida la imagen del cardenal. El segundo patio, llamado *de los filósofos*, está formado por columnas de orden compuesto, en parte sin terminar, ó destruído; y por último, el patio tercero, ó *trilingüe*—así denominado porque en él departían los estudiantes que dominaban el latín, el griego y el hebreo,—con elegantes columnas de estilo jónico. Después de este último patio llégase al Paraninfo ó Teatro Mayor, donde se conferían los grados académicos, lugar el más lujoso y mejor adornado de la Universidad. En la planta baja estaban las cátedras; en el segundo piso las salas Rectoral, de catedráticos y de claustro, á más de las oficinas y la Biblioteca.

Por último, en la capilla mayor de la iglesia del Colegio está el sepulcro de Cisneros, labrado en mármol por Dionisio Florentino, y rodeado por una balaustrada de bronce, soberbiamente fundida por los artistas Nicolás Vergara, padre é hijo. Una inscripción latina dice así:

ADVENA, MARMÓREOS MIRABI DESINE VULTUS
FACTAQUE MIRÍFICA FÉRREA CLAUSTRA MANU:
VIRTUTEM MIRARE VIRI, QUÆ LAUDE PERENNI
DUPLICIS ET REGNI CULMINE DIGNA FUIT (1).

(1) Deja, caminante, de admirar esos mármoles y balaustres de hierro, con tanto primor trabajados, y contempla las virtudes del ilustre varón

III

LOS CENTROS DE ENSEÑANZA ESPAÑOLES HASTA FINES DEL SIGLO XV

Para bosquejar la evolución de las instituciones docentes, no sirven de cómputo ninguna de las divisiones del tiempo empleadas por la cronología como jalones en la marcha inacabable de los siglos; con respecto de esta materia, sólo cabe dividir la Historia en dos grandes etapas: la primera, negativa, *antes* de la creación de las Universidades, y la segunda, positiva, *después* de realizarse dicho acontecimiento.

Durante la primera época, la enseñanza carecía de organización: el que sabía algo, lo enseñaba, y el que tenía deseo de estudiar, aprendíalo, siempre dentro del reducido límite del esfuerzo individual. Generalmente, eran los clérigos los que se dedicaban á la enseñanza, porque los demás, ocupados en la guerra, carecían de tiempo y de cultura para otros menesteres que los puramente belicosos. Fácil es comprender que la enseñanza en los aludidos tiempos realizábase de la manera más empírica y deficiente imaginable.

Pero al aparecer las primeras Universidades, surge un gran desarrollo de la cultura científica en general, y principalmente en la esfera del Derecho. Ya en la época romana hubo estudios públicos superiores de Jurisprudencia, llegando á existir, en tiempos de Justiniano, los tres grandes centros docentes de Roma, Constantinopla y Beryto. Hacia el siglo xi se fundó la primera Universidad propiamente tal, que fué la de Bolonia, en cuyos comienzos no era sino una Escuela de Derecho, creada para estudiar los Códigos justinianeos, principalmente las Pandectas, cuyos comentaristas, los célebres *glosadores*, formaron aquel momento jurídico que se llamó *Glosa*

que encierran, merecedor de alabanza eterna, y digno de haber sido elevado al más alto puesto de la doble monarquía.

magna. Luego se ampliaron los estudios en Bolonia, creándose los de Teología, Decretos (Derecho canónico) y Artes (*trivium* y *quadrivium*).

A esta Universidad boloniense acudían estudiantes de todos los países, cuyas relaciones facilitábanse merced á la costumbre entonces en vigor de que en las explicaciones, libros y discusiones tuvieran como único medio de expresión el idioma latino, cuyo general empleo borraba la heterogeneidad lingüística de los alumnos. Y cada uno de éstos, al retornar á su patria respectiva, llevaba en germen la idea de fundar en ella centros análogos á aquel en que adquirió sus conocimientos (1). Debido á esta circunstancia, aparece la Universidad de la *Sorbona*, en París; la de Oxford y Cambridge, en Inglaterra; la de Leipzig, en Alemania; la de Lovaina, en Bélgica, y las de Palencia, Salamanca y Valladolid, en España.

La Universidad palentina, primera de las que en nuestra patria se fundaron (2)—en tiempos de Alfonso VIII y sobre la base de los estudios teológicos,—tuvo efímera duración; es ineludible ley la de que todo en la vida debe hallarse subordinado al elemento económico, y aquel templo de la Ciencia, que debiera estar libre de utilitarias mezquindades, sucumbió por faltarle los míseros ochavos que toda empresa humana necesita para llegar á feliz puerto.

Después de su desaparición, creáronse las de Salamanca y

(1) Llamábase *bolonios* á los que habían estudiado en Bolonia. Como su petulancia era extraordinaria, creyéndose superiores á los demás mortales, la palabra antedicha pasó al lenguaje familiar, y hoy mismo se emplea para designar á las personas excesivamente engreídas de sí mismas, incursas en el vicio de pedantería aguda.

(2) No es posible pasar por alto, aunque sólo sea de pasada, el recuerdo de los *Estudios* creados por Sertorio en Osca (Huesca) durante la dominación romana, así como la *Escuela Isidoriana* de Sevilla, y sus ramificaciones en Toledo, Zaragoza y otros parajes. Pero tales centros docentes, siempre interesantes por la época de su fundación, no realizaron una labor fructífera, pues la obra de Sertorio tuvo efímera existencia, y la de San Isidoro fué bastardeada por el empirismo de aquellos tiempos, totalmente en pugna con toda idea seriamente científica.

Valladolid, siendo la base de los estudios en la primera, la Teología, y en la segunda, el Derecho. Con posterioridad á ellas, surgen otras Universidades mayores y menores, con sus correspondientes colegios y conventos agregados. Así, aparecen las de Santiago, Oviedo, Sevilla, Granada y Alcalá, todas las cuales tenían la consideración de *mayores*; y, además, otras *menores*, como las de Osuna, Sigüenza, Huesca, Zaragoza, Lérida, Cervera, etc. En todas ellas se estudiaba el Derecho, agregándose en algunas los Cánones, la Teología y la Medicina, á más de las Artes liberales. Decíase que las Universidades eran de *estudios generales*, cuando comprendían la mayor parte de las ciencias y conocimientos indicados; y *particulares*, si se circunscribían á uno solo. Diferenciábanse, además, en que las primeras conferían *grados*, y las segundas solamente suministraban enseñanza.

Las categorías de los centros docentes, al final de los siglos medios, eran, por lo tanto: las Universidades mayores, las Universidades menores y los Colegios universidades, distinguiéndose, además, entre las primeras, las que gozaban de universal renombre, como era la de Salamanca, la cual estaba al mismo nivel que las de Bolonia, Roma y París, constituyendo las cuatro Universidades más famosas del mundo.

IV

ORGANIZACIÓN DE LAS UNIVERSIDADES.—FORMA DE LA ENSEÑANZA

Para los que estamos habituados al modo de ser de las modernas Universidades, no puede darse contraste mayor que el que existe entre la organización actual de las mismas y la que tenían durante los siglos medios.

En efecto: la Universidad antigua, juntamente con los colegios y conventos á ella anejos, formaba una verdadera república literaria: Salamanca, por ejemplo, era un campamento docente, por el que sólo transitaban estudiantes, luciendo

su indumentaria típica. El claustro universitario, formado hoy por los profesores, y sólo en contados casos por los doctores, que casi son en él meras figuras decorativas, era entonces todo lo contrario, pues constituíanlo los doctores, y muy secundariamente entraban en él los catedráticos, muchos de los cuales, por otra parte, no tenían el grado de doctor, sino sólo el de bachiller.

Eran, pues, los doctores los que regían la Universidad, llevando al frente dos dignidades: el *rector* y el *maestrescuela*. Contra lo que hoy sucede, el rector, jefe de los estudios, era generalmente elegido entre los alumnos. El cargo de maestrescuela solía desempeñarlo el mismo que lo ostentaba en la iglesia catedral.

Las Universidades ostentaban considerables fueros y exenciones; y en virtud de esto, existían dentro de ellas unos funcionarios, llamados *jueces conservadores*, cuya misión era la defensa de los aludidos privilegios. Algunas Universidades tenían, además, el *primicerio*, que era el primero de los doctores, presidente del Claustro, y el *decano*, ó sea el doctor más antiguo, al que correspondía dar la investidura de los grados académicos. También existían los *secretarios* y *notarios* de las Universidades; los *bedeles*, que habían de ser forzosamente fijosdalgo, porque llevaban á su cargo el cómputo de las faltas de asistencia, debiendo ser creídos en este punto bajo su palabra.

Por regla general, los profesores no desempeñaban sus cátedras en propiedad, sino tan sólo temporalmente. Las clases recibían denominaciones con arreglo á la nomenclatura canónica; así, se llamaba *cátedra de prima* á la que se celebraba la primera por la mañana, y *de visperas*, á la que tenía lugar la última por la tarde.

Dábanse, además de las corrientes, las llamadas *explicaciones extraordinarias*, practicadas por alumnos que, para recibir el grado de doctor, debían acreditar su suficiencia de este modo, así como también en otros actos públicos, tales como

las discusiones para defender una tesis con argumentos en contra. Estos ejercicios eran presididos por los llamados *moderantes*, porque su misión consistía, no ya en dirigir las discusiones, sino en *moderar* los arrebatos de los discutidores.

Muchas veces, con objeto de vigilar el estudio y conducta de los escolares, el rector, acompañado del bedel, giraba visitas domiciliarias á las posadas y alojamientos estudiantiles; mas tan loable medida solía carecer de eficacia, pues era lo corriente que los traviosos alumnos hallasen trazas para eludir aquella vigilancia, que tan molesta habría de parecerles.

*
* *

Reducíanse en un principio los estudios universitarios á las llamadas *Siete artes liberales*, que se clasificaban en los dos grupos denominados *trivium* y *quadrivium*, comprendiendo respectivamente: el primero, la Retórica, la Gramática y la Dialéctica; y el segundo, la Aritmética, la Geometría, la Astronomía y la Música. Más tarde, los estudios se agrupan en *Facultades*, reuniendo las materias de índole análoga, y estableciendo en cada una de aquéllas los tres grados de *bachiller*, *licenciado* y *doctor*.

Duraban los estudios siete años: al terminar el cuarto curso se confería el grado de bachiller, y al concluir el sétimo el de licenciado, en virtud de sendos ejercicios, cuyo rigor era grande, cosa lógica, si se tiene en cuenta que no se practicaban exámenes parciales de prueba de curso, bastando para dar por aprobado cada uno de ellos, la asistencia del alumno á las cátedras, expidiéndose al final las *cédulas de curso*, equivalentes á la nota de *aprobado*. Concedíanse los grados *némine discrepante*, ó sea por unanimidad, cuando todos los examinadores votaban al graduando con bola blanca, en virtud de ejercicios brillantísimos; pero esto rara vez tenía lugar, siendo lo más frecuente obtener el grado por mayoría de votos.

El grado de bachiller habilitaba para enseñar y para ejercer las profesiones. El de licenciado era el más importante de

todos, efectuándose al concluir la carrera, y después de haber permanecido el graduando encerrado durante veinticuatro horas para desarrollar su tesis, pasando en vela la que se llamaba *noche triste*, precursora del examen. Este grado daba *licencia* para ser doctor, y de aquí el denominarse *licenciado* al que lo poseía. El de doctor obteníase por medio de fáciles ejercicios, siendo en él lo más importante la parte de ceremonial, que era muy ostentosa, costando grandes sumas su realización, pues en algunas Universidades, como la de Salamanca, el graduando debía costear una corrida de toros en albricias (1), á más del paseo por la población, formando comitiva, y el solemne acto de la investidura. Una de las ceremonias de ésta era el *vejamen*, que consistía en dirigir insultos poéticos al graduando, á cuya costa se imprimían después los versos en que se le zahería y mortificaba.

Practicábanse los estudios asistiendo á las cátedras, donde se leían las obras que servían de materia para el curso; y, cuando aún no había imprenta, ó estaba poco extendido su uso, existía un cargo en las universidades, el de los *estacioneros*, encargados de suministrar á los alumnos copias ó apuntes de las obras leídas en cátedra.

(1) Un dato curiosísimo para los coleccionadores de anécdotas relacionadas con la *fiesta nacional*, nos ofrece el siguiente acuerdo adoptado por la Corporación municipal salmantina en el siglo xvi: «Los doctores que se gradúen en esta ciudad, ocho días antes del grado, se presenten en el Consistorio, conforme á la muy antigua costumbre, y hagan el juramento y lo demás que siempre se ha hecho, y den toros y comida y colación á la justicia y Regidores y Sesmeros y Caualleros, cumplida y honrosamente; y si fuere un doctor solo, dé cinco toros, y si dos ó más, cada uno cuatro, y cuando se presentare, dexé en el Consistorio en poder del Escriuano dél prendas para el cumplimiento de lo sobredicho, y no las buelva sin licencia del Consistorio hasta ver si lo ha dado cumplida y honrosamente, y si no se vendan y se cumpla bien como se deue.»

Compréndese las dificultades que habían de encontrar los estudiantes de entonces para doctorarse, por el enorme desembolso que implicaba la práctica de tales ceremonias. Y es por demás interesante observar la importancia concedida á los toros, sin cuyo concurso no se otorgaba suficiencia á los estudios realizados.

Durante el verano tenía lugar el *cursillo*, con explicaciones de *extraordinario*, no efectuadas por los profesores, sino por alumnos que aspiraban á ingresar en el profesorado.

Las Universidades eran autónomas: recibían privilegios y exenciones del Papa y de los reyes, siendo poseedoras de cuantiosas rentas, merced á las cuales podían regirse por sí mismas, sin que el Estado tuviese intervención alguna en su vida.

Las insignias académicas en nada diferían de las de hoy: el bachiller llevaba toga y birrete, como ahora los licenciados; el doctor añadía la muceta y la borla, del color de su Facultad, que era: *blanco* para Teología, *rojo* para Derecho y *amarillo* para Medicina. Después, se creó la de Farmacia, con color *morado*; y al partirse la Filosofía en las dos de Filosofía y Letras, y Ciencias, se dió á cada una un diferente tono del color *azul*.

El traje de los estudiantes se componía de sotana, manteo y tricornio, lo mismo que el de los profesores, á no ser que fuesen clérigos, en cuyo caso, llevaban sombrero de teja. Los colegiales vestían un ropón sin mangas, la beca roja sobre los hombros, y un bonete de superficie plana en la cabeza. Cuando un colegial se hacía doctor, poníase sobre el ropón la muceta y la borla.

V

LEGISLACIÓN DE PARTIDAS REFERENTE Á LAS UNIVERSIDADES

Sabias é interesantes por demás son las disposiciones que el Código inmortal de Alfonso X contiene relacionadas con los asuntos universitarios, y que, por estar vigentes en tiempo de Cisneros, son dignas de figurar en el presente trabajo. El título XXXI de la Partida 2.^a, se denomina *De los estudios en que se aprenden los saberes, é de los maestros é de los escolares*, y encierra importantísimas prescripciones.

Dice que *estudio*, ó sea establecimiento docente, «es ayun-

»tamiento de maestros é de escolares, que es fecho en algund
»logar con voluntad é entendimiento de aprender los saberes.
»E son dos maneras dél. La vna, es á que dicen estudio gene-
»ral (esto es, lo que hoy se conoce con el nombre de Universi-
»dad), en que ay maestros de las artes, assí como de Gramá-
»tica, é de la Lógica, é de Retórica, é de Arismética, é de
»Geometría, é de Astrología. E otrosí, en que ay maestros
»de Decretos, é señores de leyes (profesores de Cánones y de
»Derecho, respectivamente). E este estudio, deue ser estable-
»cido por mandado del Papa ó del Emperador ó del Rey. La
»segunda manera, es á que dizen estudio particular, que quie-
»re tanto dezir como quando algund maestro muestra en al-
»guna villa apartadamente á pocos escolares. E á tal como
»este pueden fazer perlado ó concejo de algund logar.»

Las condiciones que exigía el famoso Código en las localida-
des donde se organizasen estudios, son: que tengan *buen ayre,*
fermosas salidas, y abondadas de pan, é de vino, é de buenas
posadas, para que tanto los maestros como los escolares, pue-
dan pasear en las horas de descanso, y encuentren alojamiento
sin grandes estipendios; que los moradores de tales lugares
honren y guarden á los que á los estudios se consagran; que
para cada enseñanza haya un maestro, cuyo sueldo anual, que
había de señalar el rey, érale entregado en tres plazos: el pri-
mero, al comenzar las explicaciones; el segundo, por Pascua de
Resurrección, y el tercero, por San Juan Bautista; que las
escuelas se sitúen en lugares apartados de las villas, y cerca
unas de otras, para que los escolares puedan dedicarse con
tranquilidad al estudio, y les sea lícito oír las explicaciones de
varios maestros; que éstos, con los escolares, estén capacitados
para formar hermandades, en provecho de los estudios y de
ellos mismos, bajo la jefatura de un mayoral, denominado
rector; que los escolares no puedan ser demandados sino ante
sus maestros ó ante el obispo, á no ser por *pleyto de sangre*;
que los maestros deben disfrutar de ciertos privilegios y ho-
nores, etc.

Tal es la discreción y tino de las disposiciones mencionadas, que por sí solas bastarían para justificar á su glorioso autor el dictado de *Sabio*, que merecidamente ostenta.

VI

EL EXPEDIENTE PARA LA BEATIFICACIÓN DE CISNEROS

Al morir el cardenal Cisneros, el 8 de Noviembre de 1515—tal vez envenenado por los nobles flamencos; tal vez, pese á Prescott, á impulsos del desencanto que hubo de producirle la ingratitud de Carlos V al enviarle despreciativamente á regir su diócesis toledana,—el pueblo de Castilla se conmovió hasta lo profundo de sus fibras sensibles. Bien es cierto que el famoso prelado es el único gobernante á quien los mismos contemporáneos han honrado como á un santo, y á quien haya el pueblo fanáticamente atribuído la posesión de dotes milagreras. Sin embargo, la Iglesia, acostumbrada á beatificar y á canonizar á unos reyes porque mataban muchos moros, y á otros porque tostaban numerosos herejes, denegó, ó por mejor decir, dió inicu carpetazo al expediente instruído para la beatificación de aquel hombre ilustre á quien España debe una hermosa obra de civilización y de progreso, á todas luces impropia de los tiempos en que floreciera, más propicios para satisfacer los impulsos nefandos emanados de los odios de raza, que para rendir culto á las ansias de saber que inquietaban el ánimo de Cisneros.

Fué empeño de la Universidad Complutense el logro de la beatificación de su fundador ilustre: y aunque no lo consiguiera, siempre será para ella un timbre de gloria, que las injusticias humanas, al negarle su apoyo, no bastarán á empalidecer.

En 1545—treinta años después de morir Cisneros,—siendo rector de la Universidad alcalaína el doctor D. Andrés Abad, con motivo de la exhumación de los restos del ilustre prelado, para hacer obras en la Capilla mayor, donde yacían, dispuso

que se reuniesen los documentos más preciosos que fuesen hallados en el Archivo, remitiéndolos seguidamente al maestro Alvar Gómez de Castro, para escribir la vida del célebre arzobispo de Toledo, como lo hizo, saliendo á luz en 1563 su obra, la cual, escrita en latín, se considera justamente como una de las obras clásicas de nuestra literatura latina del siglo xvi.

Años más tarde—1597,—el doctor D. Alonso Sánchez Lizarasu trató de entablar la causa de la beatificación; pero le sobrevino la muerte, segando en flor sus iniciativas, que quedaron en suspenso hasta 1626, en que el rector, doctor D. Pedro Yagüe, reunió el Claustro para tratar de este asunto, autorizándose al Colegio para librar 300 ducados, á fin de incoar el expediente, reuniendo las informaciones necesarias. Varias partidas de dicha suma fueron entregadas al doctor Rámila, con el encargo de recoger informaciones testificales, que se ejecutaron en Alcalá, Toledo, Madrid, Orán, Granada y Torrelaguna, interviniendo la autoridad ordinaria del eminentísimo cardenal Zapata, administrador general del arzobispado. En 1634 fueron conclusas las informaciones; y, habiendo merecido la aprobación ordinaria, se remitieron á Roma para entablar ante la curia apostólica la santa causa de la beatificación, incoada á instancias del monarca Felipe III, del cardenal Infante, de la Santa Iglesia de Toledo y del Colegio y Claustro universitario de Alcalá. Presentáronse estas informaciones seguidamente al Sumo Pontífice, quien, después de varias Congregaciones, les concedió la signatura—1636,—nombrando ponente del asunto al cardenal Espínola.

Con este motivo, y considerando en buena marcha el expediente, hubo en Alcalá grandes fiestas, entre ellas el paseo triunfal obligado en los casos de investidura, y el *Víctor* ó *Vítor*, que consistía en una serenata con música, cohetes, hachas de viento y mucha algazara. Pero todo ello fué prematuro, pues el asunto sufrió dilaciones durante los pontificados de Urbano VIII é Inocencio X, sin que valiesen ofrendas ni recordatorios por parte del Claustro de Alcalá, siendo ineficaz,

asimismo, la activa propaganda hecha por el infatigable padre Quintanilla.

Desde fines del siglo xvii á mediados del xviii, hay una laguna enorme en la santa causa. Los individuos de la curia romana no la activaban lo más mínimo, y aunque los questores recibían á nombre de aquéllos grandes dádivas de los entusiastas doctores alcaláinos, que tomaron como puntillo de honra el triunfo del expediente, nada se conseguía.

Una causa oculta, ejerciendo de rémora, inmovilizaba la marcha del asunto. Y no era otra que la feroz enemiga de los monjes Claustrales contra la memoria del ínclito Cisneros, en represalias del acto justiciero realizado por éste expulsándolos de España, ya que con su conducta relajada y costumbres de opulencia y disipación eran una deshonor para la Iglesia y un escarnio para el santo y p'obrísimo fundador de su Orden, San Francisco. No volvieron los Claustrales á entrar en España, y hoy mismo es poco frecuente ver alguno, con su hábito negro, cordón franciscano, manteo y sombrero de teja; pero en Italia disfrutaban de gran preponderancia, y valiéndose de ella, minaron el terreno á los encumbradores de Cisneros, acusando al integérrimo prelado de haberlos suprimido para despojarlos de sus rentas y edificios, adjudicando el fruto de la expoliación á la Orden de los Observantes, á que el cardenal pertenecía.

Las calumnias de los Claustrales hacían mella en los individuos de la curia. En vano fué que se quisiera justificar la conducta de Cisneros: sus enemigos, más y más enconados con la discusión, sacaron á relucir, exagerándolos, cuantos textos tuvieran en su apoyo, logrando detener la marcha del expediente. Y cuando ocupó el pontificado el Papa Ganganelli (Clemente XIV), que era Claustral—célebre por haber suprimido á los Jesuítas,—no tuvo que esperarse mucho para sepultar en el olvido las pretensiones de la Universidad Complutense.

Más adelante, trató nuevamente el Colegio de San Ildefonso de resucitar esta causa; mas fué en balde, pues habiendo escrito el ministro Roda á un su amigo y paisano, llamado

Azara, que en la Ciudad Eterna residía, obtuvo de él la siguiente categórica respuesta:

«Roma, 26 de Noviembre de 1778.

»Amigo y señor: La causa del cardenal Jiménez, ya no es tal causa, porque habiéndose propuesto dos veces en tiempo de Clemente XIV, se mandó á la secretaría suprimirla de la lista.»

Los Claustrales estaban vengados.

Fué una injusticia tremenda. Y un caso más, entre mil, que patentiza claramente cómo las ruindades y miserias humanas no son patrimonio exclusivo de la vida secular, sino que, invadiendo la esfera religiosa, se desarrollan en ella con una saña totalmente en pugna con la mansedumbre que debiera ser norma de los actos realizados en su seno.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Junio 1908.

DE LA BIBLIOTECA
DE BARCELONA

LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

¿Quiénes serán ellos? Yo tendría mucho interés en averiguarlo, porque no lo sé y deseo ardientemente saberlo. La «buena voluntad» se la arroga todo el mundo, aun los que quieren y persiguen cosas antitéticas, y no parece que en todo el mundo pueda estar, á lo menos mientras no medie alguna explicación que ponga en claro el paradójico enigma.

Siempre que alguno pretende acometer una empresa, cualquiera que ella sea, para la que necesita el concurso ajeno, acude, demandándolo, á los hombres de buena voluntad. «Ningún hombre de buena voluntad dejará de ayudarme en una labor tan útil y justa», óyese decir á menudo, con estas mismas ó con parecidas palabras. Y claro está que cuantos no presten oído á semejante llamamiento ó convocatoria quedan *ipso facto* incluídos en la categoría de los réprobos, en la de los hombres «de mala voluntad».

Pero es el caso que la exclusiva de esta calificación y expido de patentes, por así decirlo, merced á cuya intervención resulta distribuída la parte de humanidad que más inmediatamente nos rodea como en dos desiguales grupos, no pertenece á nadie. Cada cual se cree con iguales facultades que los otros á poner en práctica dicho procedimiento, y lo pone efectivamente. Todo hombre se hace la cuenta de que «el que no está conmigo es mi enemigo», y juzga como malas personas, cuya conducta ya regida por una mala voluntad, á todas aquéllas que no se ponen de su parte. Y de aquí las frecuentes luchas

recíprocas, las recriminaciones mutuas y las mutuas persecuciones. Los de aquí censuran á los de allá, que á su vez se muestran jueces intolerantes de los primeros. Ninguno da su brazo á torcer, ni á ninguno se le ocurre pensar que acaso el equivocado propósito y la mala voluntad estén de su parte, y no de parte de aquellos otros á quienes él se complace en atribuírselos, teniéndoles, á consecuencia de ello, más aún que por adversarios directos y personales suyos, por enemigos del bien en sí mismo. Bien sabido es, por ejemplo, que el ateo no se juzga de menos buena voluntad que el teísta, sino al contrario; ni el creyente que el incrédulo, el clerical que el anticlerical, el sensualista que el racionalista, el republicano que el monárquico, el tradicionalista ó conservador que el revolucionario. Todos ellos piensan que la falta de buena voluntad está... del otro lado, jamás del suyo, en el cual se hallan invariablemente la bondad y la razón. Ninguno se incluye á sí propio en el número de los sectarios; las « odiosas sectas » son en todo caso las que forman quienes no comulgan en nuestra parroquia, ni atienden ni secundan nuestras indicaciones y deseos. Ellos son los heterodoxos dañinos, los que proceden con « insigne mala fe » en sus juicios y en sus actos, los fanáticos abominables cuyo exterminio se impone con igual apremio que el de las fieras y las alimañas, mal inclinadas siempre con respecto al hombre.

En el laberinto de tan contrapuestas corrientes y de criterios tan heterogéneos, no es capaz uno de orientarse. Todos quieren el monopolio de la buena voluntad, y eso no parece factible. Antes por el contrario, es más bien de presumir que todos la manifiestan viciosa, porque todos son intolerantes para con los que tienen enfrente. ¿No se observa á cada paso que los verbalmente enemigos de la intolerancia quieren acabar con ella persiguiendo « sin tregua » y llevando « guerra sin cuartel » á ciertos intolerantes? Entre los radicales de toda laya se suele observar mucho de esto. « El pensamiento y el obrar libres » suele ser uno de sus lemas; « la sacrosanta y venera-

ble libertad, ante todo», dicen muchas veces; pero luego añaden, ya de palabra, ya sobre todo de hecho, que «muera el que no piense y haga lo que yo pienso y quiero que se practique».

El fenómeno es explicable, mas no deja de causar alguna extrañeza y desconcierto en quienes se paren un poco fijamente á considerarlo. Pues siendo sumamente contradictorios los puntos de vista, ¿quién podrá fundadamente jactarse de poseer el que responde de hecho y por modo infalible y seguro á la exigencia objetiva de bondad? De tan múltiples y variadísimas voluntades como existen y se disputan el predominio, ¿quién encarnará la buena? ¿No están todas ellas en igual caso, pudiendo todas abrigar dicha pretensión?

Pensando en esto de la buena voluntad y de lo que con ella quiere significarse cuando se hace invocación á la misma, me parece que entraña la mayoría de las veces esa frase más elementos intelectivos que éticos. Se llama en algunas ocasiones hombres de buena voluntad, y con mayor frecuencia y acaso con mayor exactitud todavía, «hombres bien intencionados», á los que profesan concepciones é ideas diferentes de las que nosotros tenemos por acertadas, pero cuya equivocación, puesta necesariamente al servicio de malas causas, está coloreada por excelentes aspiraciones y propósitos subjetivos. En tales casos hay error mental, error en la apreciación del fin objetivo perseguible y de los medios con que debe ser alcanzado; pero el sujeto lo comete á pesar suyo, pues los anhelos que tiene son de llegar á términos de utilidad y beneficio generales. Pudiera servir acaso para aclarar un tanto la distinción á que se alude la dualidad que los moralistas escolásticos establecen entre el fin de la otra (*finis operae*) y el fin perseguido por el agente (*finis operantis*): real y objetivo el primero, representante del orden natural (*del ordo naturae*, equivalente á la *lex aeterna*), y enteramente subjetivo el segundo, construído por el individuo en su mundo interno; por más que la equivalencia no sea del todo exacta, en cuanto que el fin subjetivo, en

sus engranes con otros hechos de la realidad viviente, tanto puede ir guiado por buena intención y buena voluntad como por mala. Es también de recordar á este efecto la diferencia que los juristas ven á menudo entre el dolo meramente civil y el criminal, y entre las respectivas infracciones ó perturbaciones, considerando que en la perturbación ó dolo civil no hay sino equivocación, error de apreciación é inteligencia, mientras que la perturbación ó dolo criminal implica mal propósito, y no sé si también—porque el asunto es más complicado y oscuro lo que suele creerse, y no es éste el sitio para procurar dilucidarlo—el intento de hacer mal, ó solamente la persecución egoísta de personales provechos.

Me parece, no obstante, que en los llamamientos que con suma frecuencia oímos hacer á los hombres de buena voluntad, se sobrentiende por buena voluntad cosa distinta de lo que acabamos de decir. La buena voluntad es algo, aunque complejo, fundamentalmente intelectual. Los hombres de «buena voluntad», á quienes yo acudo para que me auxilién en una empresa y cooperen conmigo á llevarla á cabo, son, casi invariablemente, los que la tengan por aceptable y beneficiosa. Son aquellos cuya situación mental concuerde con la mía: los que profesen doctrinas semejantes y aprecien el mundo, sus fenómenos, relaciones, finalidades, engranes, desde puntos de vista comunes con el que yo profeso. La voluntad «buena» es una voluntad intelectualizada. La poseen los hombres de «sanos principios» y de «opinión sana», que no es otra ni son otros ¡naturalmente! sino aquella opinión y aquellos principios que por sanos diputa el que los califica, y que si así los califica es porque son los suyos y porque á él le parecen aceptables y dignos de prevalecer sobre los demás.

Es sumamente frecuente el empleo de conceptos y de frases que traducen, unos con mayor exactitud que otros, la equivalencia entre voluntad buena y voluntad ortodoxa, que es voluntad intelectualizada. Los individuos de buena voluntad que nos convienen son los fieles de «la verdadera» religión,

los amantes de la «sana y legítima» filosofía, los defensores de la «buena» doctrina, de la doctrina tal ó cual «rectamente entendida», los influídos por los «buenos» principios; los hombres «razonables» y de «buen sentido», en suma. É inútil es decir que la piedra de toque para la calificación está en nuestro propio criterio: es razonable, bueno, sano, verdadero, legítimo, lo que á mí se me presenta como tal, y lo que á mí no me lo parezca debe ser perseguido y proscrito. Si los demás piensan como yo y se acomodan á lo que yo quiero, serán gentes de buena voluntad, razonables, ortodoxas, merecedoras de todo encomio, agradables á los ojos de Dios; en caso contrario, no habrá otro remedio sino darles la calificación opuesta (1).

Creo yo que á todo esto, si atentamente se mira, no habrá muchos reparos que oponer. Los hechos son, á mi juicio, tan abundantes como claros y expresivos. Lo que quizá falta es una explicación suficiente de ellos. Y esa explicación pudiera hallarse en nuestro general y acaso inevitable automorfismo.

Cada hombre lleva todo el mundo dentro de sí, y aun cuando suele hablar del mundo de fuera, este último mundo no existe para él sino como él mismo lo construye. Ni el cielo, ni la tierra, ni el orden, ni el desorden son de manera alguna para nosotros, sino como nosotros nos los figuramos. Para Dante, las cosas estaban organizadas y acontecían en el infierno, en el purgatorio y en la gloria, tal y como él se las representaba, á tenor de lo que nos cuenta en su poema. É igual que á Dante les ocurre á los demás hombres: cada uno tiene su propia representación, acomodada á sus medios y recursos mentales; cada uno moldea á Dios á su propia imagen, y con Dios, al mundo y al orden de las cosas.

No hay en éstas un tipo claro y fijo de ordenación; ninguno de nosotros sabe cómo ellas están y deben estar preparadas

(1) ¿Qué más que esto se quiere decir cuando se habla, v. gr., de los «buenos españoles», los «buenos catalanes», los «buenos patriotas», los «buenos católicos», etc., etc.?

y dispuestas para que merezcan considerarse como ordenadas. Están como están, y nada más. Pero nosotros apetecemos que estén de cierto modo, y en virtud de estas apetencias nuestras, que constituyen otras tantas finalidades, les aplicamos los correspondientes calificativos. Las llamamos justas y buenas, cuando la disposición que tienen responde á nuestra expectativa, á nuestros gustos y á nuestras conveniencias; malas é injustas, en el caso contrario. Y así puede ocurrir, caso frecuente, que unas mismas cosas y relaciones sean alternativamente buenas ó malas, sin más que cambiar el punto de vista, como se ve que acontece á todas horas comparando la múltiple diversidad de juicios emitidos por los distintos sujetos. Si se preguntara, verbigracia, por el destino natural de un árbol, ó por la conveniencia de un día de lluvia, ó por la de la presencia de una montaña, difícil es que se encontrase acuerdo entre los varios individuos á los que se pusiera la cuestión. Cada cual contestaría con arreglo á su punto de vista, á su representación y concepto del orden, y consiguientemente de la finalidad. ¡Cuántas cosas del mundo cambiarían de lugar y de poder si fuésemos nosotros los encargados de ordenarlas, ó si de todos modos hubieran de quedar dispuestas con arreglo á lo que el orden requiere, á nuestro modo de ver! Y esto se aplica de la misma manera que á los fenómenos denominados naturales por antonomasia, á los fenómenos sociales y humanos, cuyo orden construimos también, cada uno de nosotros, de conformidad con nuestro privativo modelo mental.

Fácil es así darse cuenta de una multitud de fenómenos, inexplicables de otra manera. Por de pronto, de las luchas de criterios y apreciaciones acerca de casi todas las cosas, sin que ninguno de ellos tenga razón bastante para imponerse á los demás, pretendiendo ser preferible á éstos. Todo juicio es razonable, ó por mejor decir, ninguno lo es sino para la persona que lo hace. *La* razonabilidad no se conoce; lo único que conoce cada uno es *su* razonabilidad, la razonabilidad fundada por él ó la que dentro de él se manifiesta. No hay ideas, ni doctri-

nas, ni opiniones, ni principios sanos ni enfermos, buenos ni malos, recta ni torcidamente entendidos; no hay tampoco buena ni mala voluntad. Hay principios, doctrinas, ideas, opiniones, voluntad, sencillamente; lo de bueno ó malo se lo atribuimos nosotros, cada cual á su manera y según sus privativas condiciones, efecto de lo cual, lo razonable y lo irrazonable, lo conveniente y lo inconveniente, lo moral y lo inmoral, lo malo y lo bueno se dan á cada paso simultáneamente, en unas mismas cosas. Todo depende de la diversidad de los puntos de vista. El famoso principio de contradicción, espantajo lógico de incesante abuso, no tiene más valor que otro principio ó espantajo cualquiera. Eso de que la verdad no es más que una es, á mi ver, una de esas afirmaciones rutinarias que haríamos bien en ir poniendo en cuarentena. Quizá no exista otra alguna que envuelva más error y peligro. La verdad es múltiple, y se fragmenta y desmenuza al infinito. Con más ojos que Argos, cada uno de ellos recibe luz de distinto sitio y la esparce también al reflejarla. De todos los lados se la ve, desde cada uno diferente; nadie la abarca toda entera, y nadie, por consiguiente, puede decir cómo sea ella, sino cómo á uno se le aparece, distinta que á los demás y tan verdadera como la que los demás perciban: todas verdades, y ninguna. Es también lo que sucede con la justicia. No hay, probablemente, cosas justas; lo justo lo creamos nosotros, cada uno desde su propio sitio y de acuerdo con sus aspiraciones y anhelos. Así tenemos en el mundo tantos y tan á menudo encontrados criterios de justicia acerca de las mismas relaciones, sin que haya por qué desechar ninguno de ellos, ni tampoco preferirlo, en sí, á otro; cada criterio es preferible á los restantes sólo para el sujeto en quien reside, hasta el punto de que, frecuentemente, no siendo él, todos lo tachan de desatinado, llegando á veces hasta hacerlo objeto de burla, por ridículo. Las que algunos tienen por ridiculeces son, á los ojos de otros muchos, las cosas más sagradas y merecedoras de respeto, lo mismo en materia de religión, de creencias y de culto, que en la de doc-

trinas, costumbres, acciones, ritualidades, vestidos y demás.

Estas reflexiones debiéramos estar haciéndonoslas á cada paso, y ellas nos quitarían una buena dosis de arrogancia y nos enseñarían á ser más cautos y prudentes en nuestros proceder de todo género. Mirándolo bien, no sólo no nos atreveríamos entonces á censurar á nadie por lo que diga ó haga, ni tendríamos la pretensión de erigir nuestras ideas ó nuestra conducta en modelo para los demás, imponiéndoselo hasta coactivamente, sino que, en rigor, ni pensar ni hacer nada osaríamos. Un abstencionismo, una inacción y un anonadamiento, lo más absolutos posible, habrían de ser nuestra suprema norma de obrar. El miedo á contrariar los designios de la más alta de las verdades y las aspiraciones de la más pura de las justicias pondrían coto á nuestra ligereza en el juzgar y en el hacer. Un santo y religioso encogimiento nos haría más mirados y respetuosos. ¿Quién me dice á mí que cuando yo corto el árbol y lo convierto en carbón ó en madera no me opongo á su natural destino, á su destino divino, y que, por lo tanto, no ofendo á la voluntad soberana, contrariando su lícito desplegamiento? ¿Quién me asegura que yo entonces no hago mal, no cometo un crimen, una acción injusta, y que la voluntad que á ello me lleva no haya de ser calificada de mala? Ni ¿qué garantía tengo tampoco de que la razón y la justicia están de mi parte cuando, entre mis aspiraciones y las de mi prójimo, entre sus ideas y las mías, entre la conducta que él observa y la que yo sigo y desearía que él también siguiese, hay un marcado antagonismo? Al perseguirle á él como criminal por lo que dice ó hace, ¿no seré más bien yo quien caiga en delincuencia, no ciertamente legal, de legalidad política ó positiva, como suele llamársela, pero sí en delincuencia natural, trascendental ó divina, si así podemos decirlo?

No pocos hombres hay que, al atravesar por el mundo, se han creído llamados á realizar en él grandes cosas. Se sienten como destinados á ello por el mismo Dios; una voz íntima parece que les indica lo que han de hacer; es una verdadera

vocación. Ejemplo, los fundadores de religiones. Mas conviene advertir que en todo tiempo se han contado entre estos tales muchos de los perseguidos como delincuentes. Bastantes criminales se ofrecen como ejecutores de la justicia y como órganos de una voluntad suprema, que se hace valer mediante ellos. Entre los autores de delitos políticos, de regicidios, de revoluciones, de atentados anarquistas, hay bastantes ejemplares de lo que se dice. ¿Y quién se atreverá á dar seguridades de que van descaminados?

Para cada hombre, no hay ni jamás ha habido en el mundo otro más razonable ni de mejor voluntad que él. Como á él le dejaran libre y le dieran las facilidades necesarias, pronto estaba cambiado de arriba á abajo el orden presente y purgado de los defectos que le afean. Nadie se convencerá—mientras no tenga motivos para reemplazarlos por otros—de que sus criterios, puntos de vista y convicciones no son los más razonables de todos y los preferibles á todos, sin embargo de que haya, acaso con una abundancia abrumadora, quien los moteje de extravagantes, absurdos, ridículos y hasta criminales.

La razonabilidad es puramente interna, y tiene su asiento en una situación del espíritu. Mientras esta situación permanece inalterable, la razonabilidad perdura. Es razonable una cosa cuando se conforma y aviene con el orden de representaciones mentales de quien hace la calificación, é irrazonable en el caso contrario. Nos parece puesto en razón lo que no repugna á las exigencias de la nuestra individual. Cuando una idea para nosotros nueva, un razonamiento al que no estamos hechos, una concepción á nuestro modo de ver insólita, vienen á turbar la placidez tranquila de nuestro espíritu, poniéndolo en conmoción, entonces es cuando sentimos herido el orden de nuestra razonabilidad, con tanta mayor fuerza, cuanto más violento haya sido el choque. En estos casos es en los que nos hacemos cruces, ya inquietos, ya horrorizados ó ya sonrientes—según las circunstancias y la expectativa que veamos delante,—de que haya en el mundo quien sea capaz de sostener se-

mejantes horribles «absurdos» que, de ponerse en práctica, desquiciarían todo el orden existente, ó teorías tan «peregrinas» que, «ni merecen los honores de la refutación», porque ellas mismas se refutan con sólo hacer mención de su inconsistencia ó ridiculez. Por su parte, los espíritus de enfrente se asombran y extrañan no menos de los aspavientos de los otros, motejándolos de atrasados, rutinarios é ignorantes, ó de audaces, radicales, anarquistas y demás, conforme el caso lo requiera. Ninguno de ellos suele hacerse cargo de que la disposición de espíritu es en los contrarios diferente de aquella por la que él mismo atraviesa, y de que, por lo tanto, *es muy natural* que esa diferencia se traduzca en diversidad de productos, que son los conceptos, las opiniones, los principios. Desde el instante en que los factores son desiguales, el resultado tiene que serlo: con desigualdad en el último, tanto mayor, cuanto más profunda sea la existente entre los primeros.

Cada hombre, en vista de lo dicho, concibe, piensa, razona y quiere, como no puede menos de concebir, pensar, razonar y querer: con encadenamiento natural, causal, lógico, perfectamente entrabado. No hay pensar ni querer alguno que no sea, desde un cierto punto de vista, que es aquel en que el agente se halla colocado, total y absolutamente legítimo, razonable, sano, fundado, justo y bueno. Las más grandes locuras y extravagancias son lo mismo de razonables que las más grandes sensateces; sólo que aquéllas lo son para el llamado loco, y no podrá juzgarlas acertadamente, y por consecuencia explicárselas como es debido, sino quien tenga espíritu de loco y sea capaz de representarse debidamente estados de locura, ó mejor aún, pasar por ellos. La sensatez del sensato es tan locura para el loco, como la locura de éste es sensatez para él mismo y extravío para el sensato. Si el loco no la creyera sensatez, no la podría pensar ni realizar; de la propia manera que por su parte le sucedería lo mismo al cuerdo con sus actos de cordura. Por iguales consideraciones, el acto del delincuente es un acto, á los ojos de su autor, enteramente legítimo, razo-

nable y justificado; si bien no lo será para quienes lo pongan en relación con su propio estado de alma, muy distinto de aquel en que el agente lo ejecutara.

Buscar las causas productoras de la diferencia en esas aludidas situaciones mentales sería trabajo un poco largo, una difícil investigación psicológica, ahora imposible. Los estados psíquicos, análogamente á otros estados cualesquiera, son determinados por influjos múltiples, entre los cuales hay un crecidísimo número de ellos desconocidos. Entra aquí toda esa labor de lo inconsciente, que á menudo envolvemos en palabras cuya significación no nos cuidamos de precisar, ni seríamos tampoco capaces de ello, como pasa con las de la «herencia», el «instinto», el «automatismo inconsciente», la «actividad refleja», «el poder y la presión del yo subliminal ó subconsciente», y otras parecidas. En cuanto á otros influjos menos inaccesibles á nuestro conocimiento, se observa que los estados mentales más próximos entre sí, y cuya razonabilidad tiene más puntos de contacto, son los de aquellos hombres que durante su vida han sufrido la acción de causas uniformes. Entre los discípulos del mismo maestro, los afiliados á la misma escuela ó el mismo partido, los habitantes en idéntica localidad ó idéntica nación, los que se dedican á la misma profesión, se da siempre más comunidad de pensamiento, de ideales, de deseos, de voluntad, que entre los que no se encuentren en este caso. Variando los factores, el producto cambia sin remedio. Y por eso, cuando los puntos de vista de un escritor, supongamos, ó de un orador, ó de un crítico, ó el ceremonial de un culto, ó los usos de una comarca ó de una clase social son tenidos por raros, irrazonables, vituperables, absurdos ó ridículos dentro de aquellos círculos sociales en la mentalidad de cuyos miembros no encajan tales ideas ó tales prácticas, no hay sino esforzarse para que la situación espiritual de los últimos concierte lo más posible con la de los primeros, haciendo que el género de vida de los unos se extienda también á los otros. Cuando el cerebro de A tenga un contenido psíquico aná-

logo al de B, A y B concebirán, razonarán y querrán análogamente, y la hostilidad anterior entre ambos quedará borrada.

Y aquí viene otro de los aspectos de esta cuestión, el último que yo pretendo tratar en el presente artículo. Es el de la conclusión ó moraleja.

Dada la equivalencia, así por el lado lógico como por el ético, de todos los criterios y puntos de vista, de todas las concepciones, de todas las doctrinas, de todos los actos y formas del obrar, ¿qué norma hemos de imponernos para el nuestro?

Este viene siendo para mí, desde hace tiempo, uno de los problemas más apremiantes, pero á la vez de solución imposible. Se trata de un atolladero del que no se puede salir sino á trancas ó barrancas, empíricamente, algo así como á «sálvese el que pueda» y «rompan filas». De los grandes enigmas que rodean la vida del hombre, enigmática también, me parece ser éste uno de los más graves.

Hay que optar por uno de los dos siguientes extremos, únicas vías practicables, á lo menos á juicio mío: ó la indiferencia escéptica, ó la violencia. O mi criterio es el único sano y verdadero, el único legítimo, y se lo impondré, quieran ó no quieran, por las buenas ó por las malas, á los demás, todos los cuales profesan doctrinas falsas y perniciosas y obran ilegítimamente, dotados de mala voluntad; ó por tener igual valor é igual licitud todas las opiniones, creencias, ideales, voluntades, se debe dejar á cada uno completamente libre para que marche por el sendero que le plazca y haga lo que le acomode. Encogerse de hombros, y nada más: rueda la bola á su albedrío: todo es igual y todo es indiferente, cuando menos para la miope vista humana, aun cuando para miradas trascendentales, de que nosotros no tenemos la menor noticia, ni siquiera lejanas sospechas, no acontezca lo mismo.

La tesis «más razonable» parece ésta. Pero la vida no hace cuenta de tesis, é impone sus exigencias porque sí y sin andarse con remilgos ni empachos de lógica. Se hace valer como se le antoja, pese á la presumida y quisquillosa razón del hombre.

Lo «lógico» y lo «razonable» será la abstención intervencionista en el pensar y el obrar ajenos, para que cada uno los realice á sus anchas; pero contra la lógica y la razón la vida es impositiva, y unos hombres, los que más pueden—ora por sus puños y por las armas, por la fuerza física, ora por su vigor dialéctico, su cultura, su firmeza de carácter, ora por otras circunstancias,—se señorean de otros y les someten á sus fines y antojos y les llevan por donde quieren. La dominación humana será «absurda» en el campo de las ideas como en el de los actos; pero la dominación humana parece imprescindible.

Singularidades de este género las hay en abundancia. Hacemos multitud de cosas contrarias á lo que nuestra reflexión prescribe, ó las hacemos ahorrándonos ésta y repitiendo tan sólo lo que vemos hacer y lo que una apremiante necesidad requiere, sin buscarle el sentido ó sin encontrárselo. No deberíamos comer si nos atuviéramos á un riguroso examen de las sustancias que ingerimos como alimentos y de las condiciones en que las recibe nuestro organismo. Quizá tampoco debiéramos dar un solo paso, ni realizar movimiento en sentido alguno, sin saber bien lo que íbamos á hacer y la trascendencia de ello. Mas no es ésta la conducta que seguimos. Nos vamos dejando arrastrar por el turbión de la vida, sin pedirle á ésta sus títulos justificativos. Casi todo cuanto hacemos lo hacemos por rutina, imitando á los demás y recibiendo de ellos, como moneda de curso, pero sin averiguar su ley ni su legitimidad, las directivas de nuestra acción. Es poquísimo aquello en que reflexionamos, y menos todavía lo que nuestra reflexión rige. Con desusada frecuencia, ella anda por un lado, y el obrar efectivo por otro.

Algo así ocurre en el asunto de que veníamos tratando. O no se le buscan justificantes al hecho de la imposición dominadora, sino que ésta sigue su curso tradicional por una especie de *vis inertiae*, sin que nadie trate de impedirselo, ó si se le buscan no se le hallan, aunque no por eso se renuncia á ella. El resultado es, de todas maneras, el mismo. Aunque

nadie tenga garantías de que su razón sea la verdaderamente «razonable», en comparación con la de los otros, ni de que su sola voluntad merezca la calificación de «buena», frente á las voluntades de los demás, lo cierto es que se conduce como si tal cosa sucediere sin discusión alguna. Y el mundo sigue dando vueltas, y nosotros con él, sin que logremos averiguar por qué ni para qué las damos cada uno. El símil de la noria es ahora aplicable una vez más.

P. DORADO

EL ARTE ESPAÑOL

España, hay que consignarlo desde el principio, no es país de grandes pintores. Si vamos de Italia á la patria de Velázquez, probablemente esperamos encontrarnos con otro vergel de pintura, corroborándose estas esperanzas con la noticia que tenemos de que aun hoy España produce artistas brillantes que figuran altamente entre los pintores europeos. Mas no es así. Nunca España ha sido paraíso del pintor. Velázquez, iniciador en arte de los más eminentes, pertenecía á una raza que mostraba escasa iniciativa artística, y los pintores españoles contemporáneos, vigorosos y típicos, están afiliados á comunidades comerciales, cuyas energías, por azares de la fortuna, se han derivado en la dirección artística. Nunca ha habido época en que la pintura española fuera realmente comparable á lo que en distintas ocasiones han sido la flamenca, toscana, veneciana, holandesa y francesa. La nota dominante del temperamento español, aun en los tiempos en que España era una gran potencia mundial, ha sido siempre el *carácter*. La sensibilidad estética—salvo siempre Velázquez—no la encontramos jamás en el arte español. Por lo común, las inspiraciones del arte han llegado á España del exterior. Agudamente vivas, como ha sido el español para los misterios más sutiles de la religión, ha desdeñado los refinamientos de la delicadeza artística y preferido instintivamente una comprensión vigorosa, máscula y realística de las cosas, aun de las espirituales. No es España el país del gran arte, sino el de las

grandes personalidades, y Velázquez descuella tanto sobre los demás pintores como Cervantes sobre los novelistas (1).

Dentro de la esfera de las artes plásticas, la predilección real del español recae menos en la pintura que en la arquitectura y escultura. El sello español se ve impreso en la arquitectura española con fuerza más completa y pujante que en ningún otro arte, aunque las ideas esenciales de esta arquitectura hayan sido importadas todas. En la mayor parte de los países, la arquitectura, por nacional que parezca, ha expresado los ideales de unos pocos espíritus selectos. Sería preciso retroceder á la Roma antigua y aun al Egipto, para encontrar un pueblo que se haya afirmado á sí mismo con tanto realce como los españoles en la edificación. También, por lo que mira á la escultura, existe profundamente arraigado el gusto nativo. La escultura llevó tras sí la afición de los visigodos. Los mismos iberos prehistóricos poseyeron una escuela vigorosa de escultura, basada en orígenes griegos y asiáticos, que llegó á conseguir una individualidad suya propia, aunque en Chipre y Etruria se encuentra también una escultura explicada por combinación parecida de elementos (2). Las mejores esculturas ibéricas, sin excluir tal combinación, son, sin embargo, absolutamente dis-

(1) La gran boga que la escuela española ha tenido siempre en Inglaterra y Francia, es debida á una serie de circunstancias. En el siglo XVIII se la identificó, no siempre con razón, á las últimas escuelas italianas, y se la dispensó la misma estima que á ellas. Cuando irrumpió el movimiento romántico en literatura con Víctor Hugo, y en pintura con Delacroix, fué por instinto atraído, y en cierto modo hasta inspirado por España, hogar último de lo romántico, y se miró á la pintura española con interés nuevo y desde otros puntos de vista. Y cuando andando el tiempo aparecieron métodos técnicos nuevos de pintura con Manet—que también instintivamente se dirigió hacia los pintores y asuntos españoles mucho antes de realizar su única y breve visita á España,—estos caminos nuevos para acercar los problemas de luz y color trajeron el triunfo de Velázquez, á quien se le tuvo por el caudillo, hace tres siglos, del modernísimo movimiento del triunfo de la pintura sobre la Naturaleza.

(2) Engel: *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques*, 1892, t. III, página 180.

tintivas y originales. Los hombres, dice el profesor Pedro Paris, de Burdeos, que ha estudiado más especialmente este campo del arte prehistórico, son sencillos y varoniles; las mujeres se distinguen por la dignidad de sus maneras y por la nobleza de su semblante, expresadora de profunda gravedad religiosa. En los pliegues de sus vestiduras, regiamente pomposas, y en sus tocados hieráticos, en su pureza de sacerdotisas, se revelan las ideas caldaicas, transmitidas por cauces egipcios y con influencias griegas en el estilo general. «La Mujer de Elche», busto existente en el Louvre, que Pedro Paris, de acuerdo con Reinach, hace datar de cuatrocientos cuarenta años antes de Cristo próximamente, es tipo supremo de la escultura ibérica primitiva, obra sumamente atractiva por su curiosa originalidad, y que parece proceder de la mano de un escultor, paisano, seguramente, de la encantadora española á quien ha inmortalizado (1). ¡Cuán genuinamente española resulta «La Mujer de Elche» por la semejanza que ofrece con «La Mujer del abanico», de Velázquez, que aunque venida al mundo en época más adelantada y refinada, no es más bella!

En tiempos más modernos, ninguno de los grandes escultores célebres del mundo ha sido español; pero la cantidad de esculturas bellas é imponentes que pueden encontrarse en España en iglesias y conventos es extraordinaria. Al igual que su pintura, rara vez es exquisita—no ha producido España

(1) En su rostro enigmático—escribe P. Paris—ideal, y sin embargo tan real en sus ojos vivos, en sus labios voluptuosos, en su frente serena y severa, están cifradas toda la nobleza y autoridad, promesas y reserva, encantos y misterios de una mujer. Es oriental por sus lujosas joyas y por una vaga tradición técnica que el escultor retuvo al modelar; es griega, más aún, ática, por una inefable flor del genio que la presta el mismo perfume que á sus hermanas de la Acrópolis; es, ante todo y sobre todo española, por la mitra y grandes aros que guarnecen su delicada cabeza, a unque alterando caprichosamente su hermosura. Más es que española: es España misma, Iberia renaciendo, siempre radiante de juventud, del sepulcro en que ha sido enterrada hace más de veinte siglos.» Pedro Paris: *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive*, 1903-04, vol. II, página 308.

ningún Donatello,—pero es varia, vigorosa, romántica en grado altísimo. Los sepulcros, admirablemente bien conservados de las catedrales de Toledo, Zamora y León, á duras penas encuentran rival en ninguna parte, por su concepción fina y pormenores interesantes. Los trabajos de talla españoles no son menos preciosos, y hasta resultan más netamente españoles, aunque su primera inspiración se tiene por procedente de Flandes ó de Holanda (1). Este medio le condujo con felicidad á la manera finamente expresiva y realística del español (2), y en este arte encontró salida, no sólo para su caprichosa fantasía y su naturalismo, sino que logró también una delicadeza y una gracia que de ordinario no se encuentra en el arte español. Casi todas las grandes iglesias de España poseen sillerías de nogal trabajadas en talla, que son tesoros de encanto, y que ostentan cada una un carácter especial propio. Parece que la libertad y facilidad de la talla en la madera ha contribuído á que el español, cuya aspiración ha sido siempre la facultad expresiva, lograra éxito tal con este medio. Por razones diferentes, logró éxito igual en los trabajos de hierro: aquí, el capricho, así como el realismo grotesco, inevitablemente encuentran resistencia, y combinándose el refrenado atrevimiento con la armonía, tienen lugar esas verjas de hierro forjado de las iglesias españolas, especialmente de Sevilla, Toledo, y Granada, de arte insuperable.

Los españoles, por su carácter predominantemente serio y

(1) Valladolid, especialmente, posee riqueza de imágenes en talla. «Allí, como dice con acierto Emilia Pardo Bazán, al describir tal aspecto en esta ciudad, hay una mezcla de clasicismo en el modelo de la carne y de los paños, de romanticismo en la expresión, de realismo en el colorido y en los pormenores, que hace de esta escultura en madera el sello y símbolo de nuestro genio nacional y de nuestro ideal religioso.»

(2) Las tendencias naturalistas de la escultura y de la talla española se han reconocido siempre. En un folleto interesante (compendiado en *Nature*, Nov. 2, 1899, pág. 15), el Dr. E. S. Fatigati enseña como cosa evidente que desde el siglo XVI en adelante se refleja en la escultura española un estudio minucioso de la vida de la planta y del animal.

por sus empeños de expresión potente, son por naturaleza dramáticos. Han producido una larga serie de hermosas piezas dramáticas y excelentes actores, sin interrupción hasta nuestros días. Son dramáticos instintivamente, y lo son hasta en sus gestos y palabras. En ninguna parte, á mi juicio, se destaca esto más notablemente que en Aragón, y es Aragón, con toda probabilidad, el foco principal de la escultura española. Poca duda tiene, creo yo, que la predilección de los españoles por la escultura—por la talla en madera, piedra y hierro—y por la alta perfección que en esto han alcanzado, se encuentran en las aspiraciones que también vemos expresadas en la vida y en la literatura españolas. Son la natural consecuencia artística del predominio del carácter en el temperamento español.

Las propensiones seriamente realísticas y dramáticas del arte español parecerán tal vez extrañas á los que acostumbran á asociar á España con Italia bajo la expresión común de «el Mediodía». Estamos acostumbrados á mirar á Italia—y no con toda exactitud, pues entre sus grandes poetas ha producido Italia las sombrías figuras de Dante y Lucrecio—como tierra letárgica de holganza y fáciles goces, donde los aldeanos, perezosos y pintorescos se acuestan al sol á la orilla de su azulado mar, tipos pintiparados, para transportarlos á un escenario. Tal visión no debemos ordinariamente esperar en España, ni en su paisaje ni en sus cuadros. Muchas veces me ha parecido que los efectos meteorológicos del clima de la España central han tenido, no ya influencia indirecta, sino directa en los pintores españoles más típicos. Los efectos duros y violentos, los contrastes agudos, los colores fuertes, las nubes oscuras y macizas como si se empaparan de pintura, pueden muy bien haber afectado las imaginaciones de los artistas, y en mi creencia, hay afinidad real entre una puesta de sol en Castilla y los fondos de muchos lienzos de los pintores españoles más típicos. Sea como quiera, hallamos en España un Mediodía más extremo junto á un más extremo Norte del que Italia

puede ofrecer jamás. Y así como se juntan Noruega y Africa en el clima español, visigodos y moros en la raza, así también se juntan napolitanos y flamencos en su pintura.

La pintura española tiene base septentrional y flamenca; las mismas influencias italianas, ya se indicó, han venido á España por derivaciones flamencas; la manera de ser del arte flamenco, su realismo, su veracidad dramática, su sentimiento profundo y serio, todo esto era ya congénito en el carácter español. Sabemos que Jan Van Eyck anduvo por España; los cuadros de Rogerio Van der Weyden fueron sin duda muy admirados, porque hoy se encuentran algunas de sus mejores obras en dicho país, y su fuerza dramática, no menos que su intenso sentimiento religioso, hubieran de atraer poderosamente el gusto español; Gherart David, que tiene también fuertes afinidades con los españoles, puede verse igualmente en muchos puntos de España.

Sobre esta base flamenca se levantó una larga serie de pintores, cuyos nombres gozan de reputación escasa ó nula; han sido tratados con inmerecido descuido por sus compatriotas, pues si bien son flamencos por la inspiración, representan realmente una evolución del arte español, que si no hubiera cedido el paso á otras influencias, le hubiera conducido á magníficos resultados en las manifestaciones del genio nacional. Los dos representantes principales de este movimiento son Luis de Dalmau, barcelonés, y Alejo Fernández, cordobés. La obra capital de Dalmau, retablo de altar que se encuentra ahora en el Museo municipal de Barcelona, fué pintada inmediatamente después de acabada la obra maestra de Van Eycks, en Gante, que en algunos respectos recuerda, y posee en general el carácter flamenco, representando mujeres de rubios cabellos y ojos claros, y hombres de pelo oscuro como los que se ven tantas veces en los cuadros flamencos; mas tiene todavía cierta dureza en medio de su plenitud esta pintura ornamental, que es con todo bellísima y armoniosa. Fernández, que pintó algún tiempo después, á principios del

siglo xvi, es un artista mejor y más individual. Su Nuestra Señora de los Angeles, en Triana, es una de las pinturas más bellas que han quedado de los antiguos pintores españoles; en su aspecto general y en muchos de sus detalles es flamenco; sin la dureza de este género y el desdén por lo bonito, viniendo á ser ya casi italiana por su gracia y soltura, sus ángeles recuerdan á Filippo Lippi.

Esta evolución fiel del arte español, que comienza en base flamenca y va acercándose á un ideal español, fué destruída violentamente por la irrupción de aquel nuevo género artístico, que brotando en Italia se enseñoreó de toda Europa. Todo el arte español se fundió al contacto de este poderoso fundente, de manera tan súbita, como el antiguo arte flamenco de que derivaba. Los italianos, por razones de clima, entre otras infinitas que favorecen el desarrollo de la pintura, poseían una destreza y una sensibilidad estética junto á un instinto por el dibujo, que les permitieron emplear con dominio completo los métodos de expresión castiza que habían desenvuelto. Pero su destreza, adquirida á fuerza de tiempo, obró como un veneno activo en los artistas habituados á las tradiciones sobrias y realísticas de la escuela flamenca. Libertados de los lazos que los ligaban á la tradición, y acabándose al mismo tiempo en ellos su amor y devoción reverente á la Naturaleza, no podían, como los toscanos, confiar en su propia inspiración: hiciéronse desenfrenados en la técnica, vacíos en los sentimientos, insípidos y extravagantes en el dibujo. Es poco común encontrar una personalidad artística de valor, detrás del maremagnum de lienzos ligeros y superficiales de estos pintores; su arte nos interesa poco más que el de Vasari. Con ser grande el entusiasmo que produjo el arte nuevo y libre de Italia, rara vez inspiró á los españoles permitiéndoles trabajar fielmente en tal dirección. Reflejos de ella podemos sorprender alguna que otra vez en la escultura, y el gran retablo perteneciente al siglo xvi de la iglesia de San Jerónimo, de Granada, es una obra bella y armoniosa á la manera italiana, sin que delate,

sin embargo, la mezquina imitación. En pintura, el sevillano Roelas tiene una factura suave y graciosa, que es más bien italiana que española. Su obra, por lo que puede apreciarse en algunas iglesias de Sevilla, combinó algo de la manera veneciana del Tiziano con la andaluza, que alcanza su apogeo en Murillo, conservando al mismo tiempo cierta personalidad propia sobremanera agradable.

Otro artista que fué, no ya veneciano en sus comienzos artísticos, sino extranjero de nacimiento y raza, Theotocopuli, comúnmente llamado el Greco, figura entre los pintores más eminentes de España, y hasta se le ha considerado como el primero en tiempo de los maestros característicos españoles. Vino de Venecia, y presenta sus afinidades primeras con el Tintoreto. Ya era consumado pintor veneciano; pero después de haberse establecido en Toledo, donde estuvo mucho tiempo, adquirió paulatinamente una manera peculiar suya, en alto grado personal, aunque enfermizamente excéntrica, y al mismo tiempo, por varios conceptos, genuinamente española. Olvidósele casi por completo, y hace algunos años ha empezado una reacción en sentido opuesto por la que para algunos españoles figura el Greco en lugar poco menos alto que el mismo Velázquez (1). Su individualidad extremada, la since-

(1) En 1906, al saberse que el cuadro más importante del Greco, «El Entierro del conde de Orgaz», iba á ser vendido y llevado fuera de la nación, se levantó un gran clamoreo en España ante este «sacrilegio y profanación». Pidióse entonces que todas las obras de arte de iglesias y conventos se declararan propiedad nacional, y se promulgó una ley á tenor de la ley italiana, aunque menos extrema, para retenerlas dentro. Siendo Zorrilla ministro de Fomento en el Gobierno revolucionario de 1868, presentó un decreto autorizando al Estado para posesionarse de las colecciones de arte y ciencia pertenecientes á institutos religiosos, para impedir su venta y ponerlas á disposición del público; pero el clero se alborotó y amenazó con asesinar á los agentes encargados de la ejecución del decreto, que no se cumplió nunca. Problema serio y difícil á la verdad, ofrece el inmenso caudal de tesoros artísticos, preciosísimos y únicos, acumulado en las iglesias de toda España. Ahora que se va reconociendo su mérito, cuesta trabajo á sus poseedores defenderlo de los asaltos de los ladrones, y ya han

ridad con que prosiguió sus propios manierismos hasta el límite, tanto que inclinan á creer que el más mínimo fragmento de un lienzo del Greco, se le puede inmediatamente reconocer como obra del maestro, cualidades son que no bastan á constituir un pintor de primer orden. El esfuerzo negligente y franco de su inspiración, no tienen el genio que lo debiera justificar. «Sus pinturas—como dice Mr. Rickett—pueden haber sido hechas á la luz de una antorcha en un calabozo de la Inquisición.» Su visión le desgarró y atormenta, pero pocas veces le capacita á encarnarla. Hasta su reconocida obra maestra, «El Entierro del conde de Orgaz», de Toledo, aunque relativamente moderada, llena de ideas y pasajes bellos, y en la época de su producción, sin duda tan buena como el mejor cuadro de España (1), apenas se la puede contar entre los grandes cuadros del mundo. Su dibujo era general—el grupo de personas inclinadas alrededor del muerto, y el círculo sobrenatural de figuras que están detrás entre nubes—era ya, siglos hacia, familiar á los artistas bizantinos (2), como se conservó después, admirablemente tratado por Zurbarán en «Las exequias de un obispo», en el Louvre. Poderosa é impresionante, como es sin duda la obra, la semblanza individual de

tenido lugar robos audaces (como recientemente el de la catedral de Santiago), al paso que la hostilidad creciente entre el clero y el pueblo, ha de traer peligros del saqueo, como ocurrió en Inglaterra en el siglo xvii y en Francia en el xviii. La Iglesia, por su parte, cuidará de defender solícita sus derechos, en esto como en todo, y hay que convenir, que para el arte sería muy funesto que los tesoros de las iglesias españolas se coleccionasen en museos, de la manera que se viene practicando en otros muchos países.

(1) Justi, que de ordinario muestra templanza en sus juicios, declara que este cuadro está hecho «en su peor estilo», opinión que es difícil mantener.

(2) Véase, por ejemplo, el «Sueño de la Madre de Dios», fresco bizantino del siglo xiv, en la iglesia de Santa María di Cerrati, junto á Lecce, en Otranto, ilustrada en la gran obra de Bertaux, *L'Art dans l'Italie Méridionale*, vol. I, y compárese un dibujo á pluma, por un monje benedictino del siglo xi, en la pág. 201 del mismo volumen.

los circunstantes y los detalles del natural de sus trajes, chocan con la amplia significación religiosa que el pintor ha tratado de dar á su obra; esta significación religiosa es incompleta, y además, el episodio descrito y su acompañamiento sobrenatural, no acompañan bien al grupo, singularmente bello, de cabezas de retrato con sus blancas gorgueras, que llaman poderosamente nuestra atención. En sus escenas más puramente religiosas y sobrenaturales, el Greco fué alguna vez imaginativo; pero las más caprichoso en el dibujo y desacertado en el colorido, insistiendo tanto en los blancos calcáreos, sus sombras violeta en las caras pálidas, su afición á los tonos verdes (1). Y, sin embargo, su colorido fué su descubrimiento más notable y excelente. Las contorsiones febriles de sus movimientos; los cuerpos delgados y retorcidos; los brazos frenéticos y gesticulantes; el amaneramiento de las pantorrillas rollizas, pocas veces logran convencernos. Pero en los atrevimientos del color reveló la posibilidad de nuevas armonías, de gamas más subidas, brillantes y serenas de color de las que hasta entonces se habían logrado, y dentro de estos rumbos fué destinado á inspirar á un artista aún más consumado que él mismo (2); alcanzó un alto grado de distinción, depurando los métodos del Tintoreto, representando todo el encanto de

(1) Esta afición es interesante, y uno de los puntos numerosos en que el Greco anticipa las notas de la escuela española, porque el verde ha sido uno de los colores más esenciales en la paleta del pintor español, y se ha perpetuado á veces, como en los cuadros de Fortuny, con gran insistencia.

(2) En un estudio interesante del Greco («Estudio de Toledo», *Monthly Review*, Marzo 1901), Mr. Arthur Symons ha caracterizado agudamente estos retratos, en los que «hay cierto éxtasis moderado, puramente ascético y puramente castizo en su ascetismo, como una hoja fina de Toledo, que oculta bajo la vaina su filo inactivo... Las caras son todas nervios, nervios salientes, sosegados por un esfuerzo, caras de soñadores en acción; tienen toda el alma tormentosa española y toda la contención que su altivez les impuso». Rickett, en su libro *The Prado*, ha puesto en claro, con notable discernimiento, los caracteres generales del Greco (páginas 25-31).

sus mujeres sedentarias y las cualidades aristocráticas de sus hombres, aplicándoles algo de esa energía conjuntiva, febril y neurótica, que es la nota especial de su arte, y sin duda de su propia personalidad—lo que quizá diera origen á la leyenda de su locura,—obra ésta que desarrolló durante su estancia en Toledo. La condición altiva y aristocrática del Greco—condición española también, aunque muchos pintores españoles hayan revelado en su arte su origen por lo común humilde,—le llevó á seguir sus propias tendencias, desdeñando el arte contemporáneo, y esto, añadido á ciertas cualidades de color, puede haber contribuído á inspirar á Velázquez, que parece no haber tenido otro maestro que el Greco, si bien su genio, sólido y sano, supo rechazar instintivamente los elementos extravagantes de la obra de su predecesor. Conduciendo su propia individualidad al último extremo, fué el Greco una fuerza liberadora en el arte español.

En general, como hemos visto, no pueden conciliarse las cualidades españolas de dureza, sentimiento hondo, individualismo y natural violento, á veces, con la manera italiana. Pero al fin se dispersó por el suelo de España una simiente fértil de Italia, era de carácter innovador, y parece haber procedido del Mediodía de Italia, región emparentada con España, pues Nápoles y Sicilia, desemejantes de la Italia del Norte, son africanas de origen; vivieron, además, por mucho tiempo bajo la dominación morisca, y formaron después parte del gran imperio español (1).

El arte napolitano, austero, duro, realístico, veraz y dramático, pero revelador de escasa delicadeza, de sensibilidad estética—representado para nosotros principalmente en las obras de Caravaggio y de Salvator Rosa,—fué una vigorosa revuelta contra las formas débiles y fofas del último arte de

(1) «Y á la verdad, en mi opinión—escribía Howell, de Nápoles, en 1621,—la grandeza del rey de España se percibe aquí con más ventaja que en España misma.»

la Italia septentrional, y las insipideces y vaciedades en que había incurrido al fin (1). Mas es preciso recordar que la escuela napolitana no se la puede considerar sino hasta cierto punto constituída por las del Mediodía de Italia; casi todos sus caudillos salieron de Nápoles á todas partes del mundo. Se ha de notar también que la escuela valenciana de España se fué desenvolviendo de la escuela bolonesa, por los mismos caminos que la napolitana, del valenciano Ribalta; con su luz potente y su modelado vigoroso, fué el maestro de Ribera. El factor decisivo, además, en la concentración del movimiento realístico de los últimos tiempos del arte italiano en Nápoles, parece haber sido el hecho de que Nápoles perteneciera al dominio español, y que para los españoles era tan congénito este género de arte, como ajeno á los italianos en general. Los pintores napolitanos constituyeron de esta suerte, en doble sentido, una rama de la escuela española. Así es el valenciano Ribera—el Españolito, como le llamaban en Italia—uno de los primeros del arte napolitano; no sólo nació en España (2), sino que con razón se le cuenta en todo caso como una de las glorias del arte español.

Las mejores obras de Ribera están desparramadas por muchos sitios—aun cuando se le ha dedicado una sala especial en el Museo del Prado;—pero todo el que haya podido obtener una idea comprensiva de ellas, no dejará de inferir que des-

(1) No fué con toda esta tendencia tardía en aparecer, pues los mosaicos del Mediodía de Italia (tal como se ofrecen en el primer volumen de la obra de Bertaux, *L'art dans l'Italie Meridionale*), al revés de lo que acontece ordinariamente al arte bizantino, son singularmente vigorosos y dramáticos, con figuras de alto relieve en fondo oscuro.

(2) Como Salazar ha demostrado últimamente («La Patria e la famiglia dello Spagnoletto», *Atti del Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, 1903, vol. VII, sezione IV), Ribera fué nacido en Játiba (Valencia), de padres españoles, aunque la familia emigró poco después á Nápoles, donde el pintor se casó con una italiana, y donde murió, probablemente en Posilippo, en 1652. Játiba, fortaleza situada en un paraíso de flores y verjeles, fué también la cuna de los Borgias, y en cierto tiempo baluarte de motines del reino; ahora es también centro de anarquismo.

pués de Velázquez no hay figura más grande en la pintura española. Puede convenirse en que Ribera es muy desigual, y que en los efectos placenteros, fáciles y socorridos, no se distingue de ordinario. Posible es también apartar la vista de muchos de sus cuadros, por la idea de que son sombríos, rudos, violentos y, en no pocos casos, brutales. Hemos de recordar que es cronológicamente el primero de los grandes pintores. Velázquez le siguió, mientras Murillo empezó por imitarle con entera franqueza. La profunda originalidad de Ribera se nota en la manera total en que, aunque inspirado por marcadísimas influencias extrañas, expresa y exterioriza, sin embargo, el genio de su propio pueblo. Las cualidades españolas, como sabemos, son cualidades del carácter. El arte de Ribera es la manifestación de este temperamento, ardiente, profundamente emocional, casi exclusivamente religioso, casi siempre realista é invariablemente dramático. Es tanto y tan anheloso de invertir todos los recursos de su arte en sacar sus figuras con el más poderoso realce, que podemos considerarle, como realmente lo era, un escultor por instinto. Había nacido en los confines de Aragón, centro de escultura, arte la más nacional de las plásticas en España, y ningún otro pintor español ha concebido con tal persistencia la escena que tiene ante sí con manera más de escultor, pero escultor de esa escultura dramática y realística española, como la del Montañés, que produjo algunas de esas nobles imágenes que respiran vida, como las de la Semana Santa de Sevilla. El vigor robusto del arte riberesco se completa y compensa con su esencial ternura. Ribera, no ya supera á todos sus paisanos, sino que apenas encuentra rival en el arte de representar la devoción amante, el abandono tierno asociado con la emoción religiosa. Su «Magdalena» acariciando una calavera, logra transmitir la sencilla sinceridad de un sentimiento verdadero á una escena que el pintor de ordinario ha tenido por muy difícil de desarrollar de manera que convenza. En el «Enterramiento», de la National Gallery, la manera en que San Juan se detiene á los

pies del Salvador, con la cabeza agachada, cubierta por una ondulante cabellera de dorados rizos, es singularmente característica de Ribera; y no menos que en ésta, en una pintura conocidísima en el Louvre, del «Cristo Muerto», cuya masa de oscuros cabellos se mecla con sombras de la misma tinta. En tales cuadros podemos ver los tonos sombríos y profundos de colorido emocional, las ricas armonías de oscuros de que tanto gustan los pintores españoles, desde Gándara á Zuloaga, pero que nadie ha llevado á más soberana perfección que Ribera. Él es el colorista más magnífico y original de España, un veneciano descarriado, cuyo tono emocional es enteramente español siempre. La prueba fundamental de la potencia artística de Ribera y de su capacidad para expresar la emoción del éxtasis, la suministra el gran cuadro de «La Purísima», que se ostenta en el altar mayor de la iglesia de las Agustinas, de Salamanca. La delicada amalgama de modestia y majestad del rostro de la Virgen y la apostura enhiesta son triunfales en este cuadro; Ribera, no sólo alcanzó de esta vez lo que los esfuerzos reiterados de Murillo persiguieron en vano tanto tiempo, sino que no teme la comparación con el Ticiano (1).

No se limitó Murillo á imitar la obra de Ribera en lo que se refiere á la pintura de vírgenes extáticas envueltas en nubes. En casi todas sus primeras obras sigue las huellas de Ribera. Ante la «Adoración de los Pastores» (Museo del Prado), es difícil convencerse de que no se halla uno en presencia de obras características del antiguo maestro; allí el mismo colorido, idéntico realismo, la misma cara de la Virgen; hasta el ángel, que parece cosa tan propia de Murillo, lo vemos reproducido de aquel otro de blancas alas y vestido de oro y púr-

(1) Ribera fué singularmente feliz, mucho más que ningún otro pintor español, en la difícil tarea de combinar la majestad con la suave mansedumbre humana de sus Vírgenes. Esto se ve muy bien en la preciosa «Sagrada Familia», que es el cuadro más digno de verse en el Museo provincial de Toledo.

pura del «San Pedro *Advíncula*» de la sala de Ribera. Murillo es cierto que dejó la brutal crudeza ocasional de Ribera, pero dejó también su fuerza y sinceridad y su veracidad dramática.

La superioridad de Velázquez—cuyas primeras obras muestra también, en grado menos definido, la influencia de Ribera—entre los pintores españoles es hoy incuestionable, ni tampoco se cuestiona mucho su lugar preferente entre todos los artistas del mundo, en ciertos respetos ni superado ni superable. Pero Murillo, que en otros tiempos se reputaba por el rival de Velázquez, ha decaído en la estimación crítica, aun cuando su popularidad entre las masas dentro y fuera de España no ha decaído por las discusiones de los críticos. Su posición real podemos colocarla, sin peligro de equivocarnos mucho, no distante de la que se le asigna á Andrea del Sarto. Murillo ha padecido á causa de su popularidad con la reacción crítica que tal popularidad ha suscitado. Pero como sucede con su contemporáneo, que en muchos respectos le supera, Vandike, podemos reconocer en él con toda justicia un hechizo positivo y una perfección genuina, aun cuando no podamos menos de notar la ausencia de esas cualidades, que son patrimonio de los grandes creadores en el arte.

Murillo carecía de fuerza original: los métodos, las tendencias, hasta los diseños favoritos del primer período de su arte, llevaban, como vemos, la profunda impresión del genio poderoso de Ribera; y las modificaciones que su estilo experimentó al final de su vida, aunque sin duda ensancharon su personalidad, no por eso tenían gran significación artística. Fué artista de temperamento receptivo y femenino, realista, sí, pero sin fuerza varonil, inepto para expresar las vigorosas cualidades dramáticas que más castizamente encuentran su expresión en el arte español. Pero su mano era diestrísima, y su gusto mostró una sensibilidad más delicada de la que se acostumbra á ver en España; fué sensible á la belleza, especialmente á la belleza idílica de las escenas y paisajes del hogar (aunque en esto no hizo sino seguir con gran acierto al Bassano) y el encanto

plebeyo de los rústicos españoles. Su vista pronta y su mano ligera hubieron de acomodarse á las necesidades de una población en que la belleza se dedicaba casi siempre al servicio de la religión. Esta circunstancia, si bien le condujo á la producción de cuadros que han formado el gran renombre de Murillo, ha perjudicado á su reputación en su más alto sentido. De todos los pintores españoles es Murillo el único de quien se ha dicho que representa la manera de lo que llamamos «el Mediodía». Por esta misma razón quizá no fué tan castizamente español como Ribera. No tuvo la aptitud dramática hispana ni la sinceridad de intenso sentimiento religioso. Las famosas virgenes de Murillo entre nimbos, al estilo de la gran Purísima de Ribera, de Salamanca, aunque refulgen deliciosamente entre la bruma en que viven, no son por lo común sino lindas aldeanitas, con mantos hermosos que se ve no les pertenecen, y simulando emociones extáticas que nunca sintieron. Sus demás cuadros religiosos, que de igual manera agradan y embelesan, no logran tampoco convencer. Cuando podemos olvidarnos de que estamos contemplando una pintura religiosa, ó cuando el pintor podía dedicarse libremente á asuntos seculares, es cuando podemos gozar de las cualidades de su arte. Cierto es que sus pilluelos son tan deliberada y conscientemente pintorescos como sus santos están dotados de tan deliberada y consciente santidad. Hay que añadir, en apología de Murillo, que ningún otro pintor español se ha apoderado tan idóneamente de la vida rústica de España, ó más bien de Andalucía, en los puntos en que decayó galanamente con sus lindos amaneramientos; en este terreno parece sincero y sensitivo, y capaz de exteriorizar la vida en que él vivía. La misma ausencia de instinto dramático le favorece en este particular. Su cariño por lo bello y refinado, especialmente cuando se manifiesta en hábito plebeyo; sus sentimientos idílicos por la belleza del sosiego pastoril en el siglo patriarcal—ilustrado en muchos cuadros de la Ermita de San Petersburgo,—su colorido suavemente brillador y luminoso, todas estas cosas hacen de

Murillo una figura peculiar y atrayente en la pintura española, aunque no pueda competir con la excelsitud de Velázquez y Ribera.

El lugar que le corresponde es próximo del de Zurbarán, aunque son muy desemejantes ambos artistas en muchos respectos—Murillo, que llegó un poco más tarde, es el más hábil y experimentado maestro de su arte;—Zurbarán es un realista más castizamente dramático y con un sentimiento religioso enormemente más sincero y profundo, prototipo del visionario realista y religioso al mismo tiempo (1). Pero fueron parecidos en su refinamiento del natural, en la delicadeza de su realismo, su amor genuino por la naturaleza humana plebeya; Zurbarán se conserva siempre más directo en su visión, más inalterable en su ejecución, hombre de alma humildísima, demasiado quizá para un gran artista, contento con vivir en la tierra, y mejor en un convento, sin padecer las ansias de Murillo por asirse á una nube.

Fué Zurbarán natural de Extremadura, región que confina con Castilla por el Norte y Andalucía por el Sur, cosa que se acusa en su manera de ser espiritual. Tiene mucho del regocijado y suave contento del andaluz; pero al mismo tiempo, en su vigor dramático, en su fervor intenso, su preocupación

(1) La significación é importancia de Zurbarán se ha patentizado en fecha muy reciente. La exhibición comprensiva de sus obras en Madrid en 1905 (que yo desgraciadamente no pude ver, y eso que estaba entonces en España) ha contribuído poderosamente á su conocimiento. Lord Leighton, crítico muy atinado y bien informado en pintura, escribía, sin embargo, con entusiasmo hace ya casi veinte años de Zurbarán como «de un hombre poco conocido en este país, pintor de una personalidad poderosa bien visible, en quien se juntan, más que en ningún otro de sus contemporáneos, las varias y esenciales cualidades de la raza—su temple desconfiado, su encogimiento casero, su indiferencia por lo bello, su amor por la acción, su fuerza imaginativa, su fervor ardiente, su poesía y su prosa.—Murillo era verdadero español, no hay duda, pero no tenía ni la imaginación ni la virilidad sostenida de estilo de este hijo de aldeanos extremeños, el más completo representante en arte, á mi ver, del genio de su raza.» Hay, sin embargo, en esta apreciación mucho que parece más aplicable á Ribera.

genuina religiosa revela al hijo de Castilla. En la técnica, sus pinturas no interesan grandemente, porque casi siempre aparece dominado por el instinto, sus sentimientos religiosos é ideas, lo más sencillamente que podía. Murillo era pintor religioso porque su siglo no le hubiera permitido ser de otra manera. Pero Zurbarán estaba en completa armonía con el espíritu de su siglo. Es el Fra Angélico español, es decir, un Fra Angélico cuyas rodillas se afirman reciamente á la tierra.

El gran período de la pintura española está comprendido en la primera mitad del siglo xvii. Se extingue aún más completa y rápidamente que la floración del drama español, y casi al mismo tiempo. La vida de Velázquez terminó en 1660, y la de Calderón, que sobrevivió á casi todos sus contemporáneos dramaturgos, en 1681. La antigua y vigorosa escuela veneciana, con quien los españoles estuvieron á menudo en contacto, continuaba dentro de mezquinos cauces viva y alerta, conservando su actitud para nuevos desarrollos y en guardia al menos, extendiéndose hacia el moderno arte, pero el español había perdido toda vitalidad. Ni una figura notable sale hasta que llegamos á Goya, á fines del siglo xviii. En este aragonés, hijo de labradores pobres, que muestra en su retrato el tipo exacto del aldeano aragonés taimado y recio, tenemos un renacimiento enérgico del espíritu español en el arte. Ciertamente ofrece alguna reminiscencia del influjo francés, pues dejando á un lado diferencias fundamentales, no es difícil reconocer de cuando en cuando en su obra la rigidez y pseudo-clasicismo de David, al mismo tiempo que notamos la falta de aquella solidez substancial de los antiguos maestros y su instinto aristocrático. Pero, en conjunto, con sus aptitudes versátiles y sus intereses complejos, Goya representa el temple español y los intereses españoles por manera más comprensiva que ningún otro pintor español. Ha escapado por fin de la censura de la Inquisición, que aherrojaba á sus predecesores, y está un tanto embriagado con el vino de la libertad. La religión, interés primario de la España antigua, es un elemento descuidado en

su arte. Es hecho de gran significación, cuando de apreciar el ideal espiritual de España se trata, el que no haya habido después de Zurbarán ningún gran pintor religioso. Goya trató la vida española de manera viva y despierta, por muchos de sus lados; posee toda la energía fantástica de España; algunos de sus cuadros son á modo de picantes libelos políticos; ilustró plenamente todos los aspectos de la vida popular festejera de los españoles; técnicamente, por procedimientos de gran flexibilidad y justeza que interesan grandemente, aunque, salvo en algunos bocetos y dibujos, rara vez alcanza la perfección consumada. Algunos de sus dibujos, por su soberbia penetración y acierto, son casi comparables á los dibujos de Rubens, aunque en los *Caprichos* y otros apuntes su belleza y aire, su vigor de trazo y expresión tienden á convertirse en caricatura. Y en su vida personal mostró precisamente el mismo temple atrevido y versátil, pronto siempre á echar mano á la espada, capaz de alternar en una corrida de toros, sacando una vez á una monja del convento y viviendo en pública *liaison* con una duquesa de la corte, á la que pintó (según una tradición no demostrada), en su «Maja desnuda», como Manet pintara después su menos importante «Olimpia», del Louvre, y sin dejar de ser por su vida y por sus afectos, era Goya al mismo tiempo un moderno nervioso é inquieto, que puede reclamar su puesto entre los pintores más modernos.

Señaló Goya una resurrección verdadera en la pintura española, que se ha continuado hasta el día, aunque, excepto quizá Zuloaga, no ha producido ninguna figura de primer orden. La mayor parte de los pintores españoles se han asociado á los franceses, y han buscado su ambiente y fama en París. Tal relación era natural é inevitable, sin contar con la reputación excepcional de que París goza hace tiempo como centro de arte. Francia ha sido el último de los grandes países de Europa en conseguir la autoconciencia seria y deliberada en su pintura; y desde que ha tenido lugar este progreso, los pintores franceses del Suroeste han manifestado muchas veces

características de color y dibujo que recuerdan la pintura española. La influencia francesa no ha destruído, sin embargo, las cualidades específicamente nacionales de los pintores españoles, ni aun cuando el azar les hizo nacer en suelo francés. Así, Díaz, que representa un papel importantísimo en el movimiento romántico francés, sigue siendo español en los amplios y varoniles efectos de su obra mejor, y en la riqueza peculiar de color pasional que podemos notar á veces en los pintores españoles.

En la actualidad, casi todos los pintores españoles de nombradía, contrario á lo que antaño sucedía, son ó vascos ó especialmente catalanes; es decir, que pertenecen á regiones españolas que en otras manifestaciones de la actividad sobresalen también por su energía y éxitos. El principal representante de los vascos es Zuloaga, el más eminente de los pintores españoles contemporáneos, el expositor más brillante de las hermosas tradiciones españolas; y entre los catalanes obtiene el primer lugar Anglada-Camarasa, gran maestro de color refinado y jugoso; la violencia española templada por la española sobriedad. Sorolla, artista también de reputación europea, valenciano, es también, como legítimo español, dueño de poderosos y enérgicos efectos. Hay en el Luxemburgo una colección escogida de pintores españoles, y en los salones de París abunda también la obra española claramente característica, sobre todo por esas atrevidas y gallardas pinceladas, secreto un tiempo del arte de Velázquez y de Hals, que se han convertido en moda indispensable, más bien que en consecuencia inevitable, de necesidad psicológica ninguna. Pero en su origen, eran la expresión en pintura de un temperamento belicoso; la transformación del valor en arte, del valor, que es la cualidad fundamental del español, ante la que se siente lo que Brantôme expresaba cuando los españoles en las guerras de Flandes iban cabalgando como príncipes, con su arrogante é insolente gracia.

HAVELOCK ELLIS.

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

EL COLORIDO

Para terminar, una ojeada sobre Velázquez como artista del color.

Que no es una expresión completamente exacta llamarle el primer colorista (1) ha sido notado varias veces. Si se llama colorista al que quiere ser más que un compositor y dibujante de contornos, al que trabaja con el color y la luz y tiene imperio sobre el pincel y dibuja con el pincel; bueno. Pero si se quiere expresar con tal palabra un pintor que pone su empeño en el vigor y calor en la belleza y armonía del color, es decir, un poeta del color como Ticiano, Paolo y Rubens, no se debe llamar á Velázquez colorista. Cuando se contemplan sus cuadros en las salas de Europa al lado de aquellos italianos y holandeses, á los cuales se venera desde la decadencia del clasicismo como reveladores de espíritus pictóricos, se observa la divergencia en el tono general del colorido de Velázquez con el encendido color de los venecianos. Se encuentra en él una tendencia á la monocromía, se llama al color su lado débil (2), y

(1) Si je ne me trompe, le plus grand des coloristes. BEULÉ: *Revue des deux mondes*, 1861, Julio.

(2) He is as fine, in some instances, in colour as Titian; but, to me, this is his weak point being mors frequently cold, black, and without transparency. WILKIE: loc. cit. Carta de 14 Febrero 1828 y 25 Octubre 1827.

á veces se echa de menos; ha unido el encanto del colorista (y este es su raro mérito) con la aparente sobriedad del color. Le vemos ahora alejado de la parcialidad del Ticiano, por los tonos saturados y cálidos temperamentos, y aun más lejos de los fogosos colores de Rubens con sus reflejos luminosos.

Así, pues, ciertos retratos, pintados casi exclusivamente con blanco y negro, hacen pensar en su indiferencia hacia el color; se advierte su preferencia por el gris, que aquellos coloristas aborrecían, y la ausencia total del tono dorado de Rembrandt; sus colores locales, rotos por la luz el verde polvoriento de hoja, el frío y apagado rojo pálido; la rareza del barnizado; finalmente, la indiferencia por la armonía, que á veces toca en discordancia, por lo que se ha dicho que no comprendía la orquestación del color. En la Epifanía, el rey de primer término lleva una túnica verde, y sobre ella un manto amarillo oscuro; colores que sólo son tolerables cuando se neutralizan con el carmín del moro de detrás. Tampoco es agradable la unión del anaranjado pardusco con el carmesí oscuro (Cristo en la columna). En la Coronación de María encontramos un extraño acorde en el violeta, púrpura, carmín. Si bien admiraba á Ticiano, no imitó su procedimiento de realzar el tono caliente de la piel por el blanco del cuello y la saturación del ambiente.

¿Seguía, pues, Velázquez también en este punto aquel espíritu de contradicción que presidía al movimiento naturalista en Italia? La falta del sentimiento del color es un paralelo con la tolerancia de lo deforme en los modelos, del abocetamiento en la ejecución? Es realmente el profeta de un arte que hiciese credo de lo repulsivo y antipático en el asunto y en el modo de presentarle?

Velázquez no tuvo nada de sectario. Celebró y estudió á los venecianos, esos idealistas del color; pero su principio fundamental fué siempre la verdad. En interés de la verdad, no se detuvo ante las tintas indiferentes y aun desagradables ni ante la desarmonía. La naturaleza no toma en consideración

los placeres de la vista; de aquí la caza del colorista de las ocasiones en que se presentan asuntos bellamente coloreados. Velázquez notaba que los venecianos, con sus cálidos medios tonos, no habían alcanzado el verdadero carácter de la carnación, en la cual, sin embargo, desempeñan el principal papel los tonos grises. Hasta cierto punto, pensaba lo que Palomino (1,44), cuando dice: «El verdadero y perfecto color es el que produce el efecto deseado, aunque consista en el polvo de las calles; en estando bien dado el golpe, no importa cómo se ha dado.»

Pero donde la verdad, esto es, la naturaleza del asunto pide bellos colores, los acepta como cualquier otro colorista.

Apenas hay un cuadro en el mundo que tan resueltamente esté construido sobre el más luminoso de todos los colores, el color de los colores, como el del Papa. La impresión del taller de los gobelinos se ha comparado con la de una pradera esmaltada de flores. En algunos retratos ecuestres domina el acorde de dos colores extraordinariamente intensos, pero que se repelen el azul cianuro del cielo y horizonte con el castaño saturado del caballo, el reflejo dorado de metal y la seda del jinete. Cuando pintó á Felipe para su reina, envió un retrato «claro y tierno como Metsu». Aun mejor en los retratos de aquellas infantas y reinas de sangre germánicas que alegraron el palacio del viejo monarca, pudo Palomino encontrar la auténtica *ternura* de los venecianos. Cuán desconcertados se quedan algunos ante la figura de la reina Mariana en la galería La Caze (para citar un sitio donde se encuentra material abundante de comparación), donde, ante la cortina verde oscura, esta rosácea criatura nos sonríe con el brillo de sus ojos azules como un ramillete cuajado de diamantinas gotas de rocío, en la armonía de sus distintos rojos y blancos, el rosa del jardín y de la seda, el blanco de la piel, los bordados de perlas y de plata entre el reluciente oro de las joyas del pecho y las rosas amarillas de los rubios cabellos.

Todo el candor y nácar
del clavel y el jazmín.

(CALDERÓN: *La púrpura de la rosa.*)

Ante tal lienzo hay que reír del espectro negruzco y verdoso grisáceo con que algunos imaginan á Velázquez.

Esta voluptuosidad del color no es ciertamente el rasgo dominante de los cuadros del español. Pero ya sabemos que raras veces fué libre en la elección del asunto; como pintor de cámara, pocas veces tuvo ocasión de dar rienda suelta á su sentimiento del color. El gusto de la corte española por aquellos días distaba mucho de la pompa oriental de las mercaderes repúblicas italianas. Ya sabemos cómo el rey dirigió la moda hacia lo sencillo, serio y sobrio, por lo que las mismas reinas é infantas se hubieron de acomodar á trajes negros y oscuros. Entonces adquirió el pintor su extraño color negro, que «nunca es pesado ni mate, sino ligero y transparente».

Un toque sombrío, fundado, por otra parte, indudablemente en la manera española, no aparece en modo alguno en los trajes del pueblo; los mismos escritores del siglo XVII tampoco hallan en sus paisanos inclinación por los colores bellos (1). Pero los estudios del joven pintor en la alegre Sevilla le llevaban muy lejos de esta música colorista, mina aprovechada en tiempos modernos con tanta fortuna. El naturalismo recomendaba colocar la escena en lugares bajos y sombríos, con mendigos desarrapados, herreros medio desnudos, paisanos borrachos, lo cual no podía dar ninguna sinfonía de colores. La ambición del pintor era el *relieve*, recomendado ya cien años antes por Leonardo á sus discípulos como el alma y dignidad (*eccellenza*) del arte, con menosprecio del color. El color separa, el claro-oscuro une; el que quiera obtener ante todo la

(1) Cuando DON JUAN DE AUSTRIA, en la galería del archiduque Leopoldo de Bruselas, vió algunos cuadros separados y preguntó por su destino, se le contestó que procedían de España, en donde *gustan más de las bellas colores que no del arte*. J. MARTÍNEZ: Discursos, 196.

E. M.—Septiembre 1908.

perspectiva del espacio, debe servirse del segundo como medio predominante de representación. De aquí aquellas figuras plásticas de acentuados contornos y luz lateral sobre fondo vacío. Pronto abjuró de los hábitos de los *tenebrosi*; pero al tender hacia la claridad, no tomó por el camino del color, sino que estudió los fenómenos de la «luz entre las cosas», la difusa luz del día, los juegos de ésta en la piel y en los paños (1). Observó la luz reflejada cuando se esparce como un fino velo sobre las figuras y sus sombras.

Ya en la época del clasicismo reconocía el admirable Gaspar de Jovellanos que los dos pilares fundamentales de su arte eran: la obtención del *aire* característico nacional, cuyo encanto no podía resistir ni la mirada ni el corazón, y los efectos de luz en el ambiente y el aire iluminado entre los cuerpos y sus intersticios (2).

Desde entonces cambia el tono oscuro «tostado» por el gris. Estos fondos neutrales gris claro se encuentran ya en sus primeros retratos reales; un ambiente cálido ó revuelto de color, con figuras vestidas de negro ó de blanco, sería una equivocación. El gris sirve como ambiente para asuntos modestos, porque aquí aparece distinto y claro un hálito de color y de luz. «Sólo en la limitación se manifiesta el maestro.» Su función es, pues, igual á la del espacio vacío en la composición. En los asuntos serios, tristes (como el Salvador en la columna), es de un efecto apropiadamente conmovedor.

Este gris tiene su historia especial.

El gris es la negación de la luz y del color; es luz moribunda; debe ser, pues, á los ojos, por lo menos indiferente que se excite una agradable impresión fisiológica por la pura saturación del color. El actual encomio del gris tiene, pues, algo de paradógico. Pero es también una ilusión de óptica producida

(1) Se Tiziano gli è superiore nel colorito, lo Spagnuolo sorpassa di molto il Veneziano nell'intelligenza della luce e delle ombre, como anche nella prospettiva aerea. Opere di Mengs, II, 148.

(2) JOVELLANOS: Obras. Barcelona, 1839, III, 165.

por asociación; como si este color, en sí completamente indiferente, poseyese un valor especial, un refinado encanto, un elemento emotivo. El gris no es nunca ni «agradable» ni «desagradable»; esto sólo lo es el objeto que con el gris se viste cuando el poeta nos conduce delante de una catedral gris ó delante de una «visión nocturna plateada»; si se habla del brillo de un fino gris perla ó de la venerable cabeza gris del héroe, el nombre del color gris despierta en nosotros la imagen sensual que el nombre representa. Pero estos grises quizá no son muy distintos del gris de la enfermedad y de la descomposición de el del cielo lluvioso y del dragón, vestido por Schiller de gris.

Esta teoría del gris se ha descubierto á consecuencia del empacho que produjo la orgía de colores de los coloristas modernos. Entonces se proscribió el pardo, favorito de los venecianos, para fondo de sus vivas figuras, en el cual, sin embargo, se pintaba con más fortuna, armonizando el colorido oscuro con el valor luminoso de los tonos calientes. El gris es el cordial de la fatiga que produce el color. Hay neurasténicos á quienes todo color que hiere les produce un contacto doloroso; tales pacientes destierran de sus habitaciones todo objeto coloreado. Los españoles consideraron al Greco como su descubridor, mientras Stirling considera sus figuras como cadáveres de coléricos: había caído en una completa degeneración del sentimiento del color. Por esto el gris se conceptuó como distinguido, y lo distinguido está siempre en alza en esa era del reclamo y de lo sucedáneo, cuyo lema principal había llegado á ser. Según Lessing, se hace gala siempre de las virtudes de que se carece.

EL AIRE LIBRE

Cuando, hace cuarenta años, se anunció el evangelio de la pintura al aire libre, hoy pospuesto á la moda de años anteriores, creyó descubrirse en Velázquez un mensajero de Eduar-

do Manet; «todo se modelaba al aire libre, claro sobre claro, colores rubios sobre un cielo de plata; entre el pardo del primer término y del fondo no había diferenciación de *valeurs*... se obtenía por medio de él el más cumplido modelado y el relieve sin ayuda de los contrastes de sombra» (1). Esta prioridad parece un nuevo título de su fama. Pues la pintura realista, no sólo ha vencido ciertas dificultades, sino que posee el encanto y la fuerza convincente de una naturaleza nueva y finamente observada. Recientemente se han separado muchos de la opinión de los que ven el *plein-air* en los cuadros con fondo de paisaje de Velázquez. Se indican las tenues sombras del bigote sobre las mejillas, las de la banda sobre la armadura, las del brazo en el bastón. Pero estas pequeñas inconsecuencias demuestran sólo que no se ajustaba á principios rigurosos. Es indiscutible que se le concede el tono y la luz del paisaje en luz difusa ante los ojos, y que él daba esta impresión tan conscientemente como la luz que entra por la ventana ó la crepuscular desvanecida de una habitación. Naturalmente, sin el fanatismo de las modernas banderías, sin el prurito del escándalo.

A este género de pintura llegó Velázquez desde que comenzó á dudar del sistema de sus comienzos, de la luz de taller de los *tenebrosi*. Esta dirección estaba en el espíritu del tiempo. Nunca se ha traído al lienzo la luz de sol de un espacio cerrado de manera más seductora que en los cuadros de Pieter de Hooch y de Van Der Meer; nunca la luz difusa del cielo nublado ha sido pintada como en algunos paisajes holandeses impresionistas. Pero también en Italia se pudo observar, después

(1) Le peintre arrive au même résultat que Leonard dans la *Joconda*, obtenant le modelé le plus parfait le relief le plus reel, sans le ressource des contrastes au moyen d'ombres prononcées. Oh l'incompréhensible! W. BURGER: *Trésors d'Angleterre*, p. 116. Tout se modèle *en pleine air*, sans sacrifice apparent, sans artifices, sans repoussoir. *Gazette des Beaux-arts*, xv, p. 65, 1863. P. LEFORT: *Velázquez*, Paris, 1888, p. 101 y sig. Sans recourir aux contrastes forcés usités par ses devanciers... le maître aborde résolument ici le redoutable problème du plein air. EMILE MICHEL: *Revue des deux mondes*, 1894, 1 Agosto.

de la sobreexcitación del claro-oscuro, una reacción hacia los colores alegres: Luca Giordano, Francesco de Mura, Tiepolo echan por ese camino; y Ribera mismo recuerda á veces su primer ideal: el genial lombardo, cuya Madona de S. Gorje se ha llamado el «Día del Correggio».

¿Y no era esta novedad realmente una vuelta á los antiguos? Los templistas y fresquistas italianos de Quattrocento no eran los únicos que habían fundado la técnica de esta manera naturalista de iluminar. Además de algún toscano, como Pedro degli Franceschi, siguieron esta senda los antiguos maestros flamencos y holandeses (por ejemplo: los de Colonia en la Sacra Familia). Pero entonces, antes del descubrimiento de la pintura de paisaje, no habían llegado á madurar tales intentos.

ORDEN DE SANTIAGO

El pensamiento de hacer á su pintor de cámara caballero de la Orden de Santiago, nació en la mente de Felipe IV muy últimamente, cuando ya llevaba aquél treinta y cinco años en su servicio.

Por tanto, no pudo disfrutar la capa con la cruz roja sino poco más de un año. Quizá este nombramiento fué un constante deseo de D. Diego, pues no había para un pintor español honor más marcado ni más raro. ¡Cuánto mejor estaban en este punto los italianos! Pacheco y Palomino enumeran los pocos elegidos. Sólo un ejemplo suministraba la tradición, de un pintor, á quien su rey hubiese concedido una cruz: Antonio Rincón, al cual Fernando de Aragón hizo caballero de Santiago. Felipe II, si bien era amigo de los pintores, no concedió á ninguno la *merced del hábito*; Felipe III, por complacer al Papa, á varios italianos. Velázquez encontraba, treinta años antes, en Roma á estos italianos, Baglione, Joseph Cesari, muy á menudo; quizá le refirió á su suegro (1), cómo aquel vanidoso

(1) PACHECO: Art. 1,7, p. 129.

cavalier d'Arpino no se contentaba con su hábito de Santiago, porque tenía otros, y cómo lo «perfeccionaba», combinándolo, por ejemplo, con la cadena de oro y la espada de San Miguel que le envió Luis XIII. ¡Cuánto no se hablaría de esto en el año de 1623, en que Rómulo Cincinnato, cuando su protector, el duque de Alcalá, le proporcionó la honra de pintar á Urbano VIII, fué hecho por éste caballero de la Orden de Cristo de Portugal. Velázquez también retrató á un Papa, pero sólo obtuvo la cadena de oro con el medallón. Sólo hubo entonces un caballero pintor español, José Ribera, á quien el Papa hizo e la Orden de Cristo.

Quizá esta falta de precedentes fuese la causa de que Felipe IV tardase tanto en decidirse. Llamóle la atención que Ticiano se firmase *Eques Caesareus*; fué nombrado comes palatinus por el emperador Carlos. Se presentaba, pues, una ocasión de hacer lo que Carlos V había hecho. La analogía no podía ser más manifiesta. También de Velázquez dijo Olivares que sólo él podía pintar al rey; también de él se podía elogiar la *facilitas* y *felicitas* en coger el parecido; sus retratos ecuestres pendían en el Alcázar al lado de los estupendos de Ticiano, sin que debieran temer nada de tal vecindad. Y en efecto, dijo el marqués de Malpica, entre los testigos, como mayordomo mayor el más competente, que su majestad quería seguir el ejemplo de Felipe II, que dió á Ticiano el hábito.

No se han averiguado los detalles de la causa ocasional de este nombramiento. Según Palomino, fué en El Escorial donde el rey le manifestó que quería recompensar sus dotes y los múltiples y hábiles servicios de esta manera; le concedió la elección de la Orden, Velázquez eligió la de Santiago. El rey, como *administrador perpetuo* de la Orden de Alcántara, Calatrava y Santiago, consumó la *merced* por *cédula* de 12 de Junio. Al punto, el Consejo acordó las *informaciones de las calidades sobre limpieza de sangre é hidalguía* necesarias para tomar el hábito. La caución ó fianza de las costas de esta información fué prestada por Gaspar de Fuensalida. El 15

de Julio entregó Velázquez su *Genealogía* (hasta los abuelos).

Según los estatutos de la Orden, debía probarse, por medio de testigos, que el pretendiente y sus antepasados, hasta la cuarta generación, eran de nacimiento legítimo, es decir, que su sangre era «cristiana vieja», sin mezcla de moros, judíos y *conversos*, aun en tan lejanos grados. Debían ser *hidalgos*, esto es, de nobleza, y por tal tenidos; y no haber ejercido, hasta el abuelo, ni comercio, ni negocios de cambios, ni *oficio vil*. También debía quedar probado que podía viajar y poseía un caballo; si había tenido algún duelo, y cuál fué su resultado, ó intervenido en algún lance de honor. Por último, que ni él ni sus antecesores habían sido condenados por la Inquisición. En los puntos comprometedores, bastaba la deposición de un testigo de oídas ó de fama, para la recusación. Hasta el año 1653, las pruebas de hidalguía se limitaban á la línea paterna; pero en un capítulo general de aquel año se extendieron á la línea materna. Las costas eran considerables: el pretendiente tuvo que pagar la renta de un año (200 escudos) y al rey después 200 escudos; al secretario 50-60, además de las pruebas, que no bajaban de mil, y por último, los derechos de canciller y notario.

Las actas de este proceso se conservan, y pasaron, desde el castillo de Uclés, de la Orden de Santiago, al *Archivo Histórico Nacional* de Madrid, donde las examinó Villaamil (1).

El presidente era el marqués de Tabara. El expediente indagatorio tuvo lugar ante un tribunal de caballeros de la Orden. El interrogatorio duró desde 1 de Noviembre de 1658 hasta el 16 de Febrero de 1659. El examen fué trabajoso; más de cien testigos desfilaron en aquellas días; se nombró una comisión para que hiciera, en los lugares de Monterrey y Tuy, confines de Portugal, las informaciones sobre los Silvas de Oporto; otra para Sevilla. Cinco nobles portugueses dieron

(1) En la *Revista Europea*, Madrid, 1874, II, 39, 80, etc. Beruete da un complemento concerniente al Breve del Papa, p. 164 y siguientes.

noticias de aquéllos; y respecto de los puntos restantes, concernientes á sus empleos en la corte y á su profesión de pintor, informaron sus amigos.

El protocolo sólo contiene declaraciones favorables al pretendiente para desvirtuar algunas propuestas objeciones; de qué clase eran éstas, sólo se puede deducir de aquéllas. Parecen contraerse principalmente á su profesión de pintor. Toda ocupación retribuída con dinero era tenida por *oficio vil*; en éstos estaban incluídos los plateros y pintores, en cuanto su arte era fuente de ganancias; los bordadores, canteros, hospederos, amanuenses, excepto los secretarios del rey y de las personas reales, abogados públicos y todos los que vivían del trabajo de sus manos.

Respecto de este punto, aseguran varios testigos de calidad y de su arte, de la manera más resuelta, que Velázquez nunca ejerció la pintura como oficio, ni había recibido directamente dinero por cuadros, y en todo tiempo, por el contrario, se había conducido y vivido como un hidalgo. «La pintura, decía el caballero de Santiago, Fernando de Madrid, era en él un dón ó *gracia*, no un oficio mecánico.» (No todo lo que contribuye al embellecimiento de la vida es oficio mecánico, dice *Goethe*.) Ni sufrió examen (de corporación), ni tuvo *aparador* ni *tienda*, ni en Sevilla ni en Madrid. Alonso Cano, Zurbarán, Nardi y el caballero Jerónimo Núñez aseguran que nunca vendió sus obras. Sólo pintó para *hacer gusto* á Su Majestad. En este punto los señores del Consejo parecía que no estaban muy persuadidos. Al menos el marqués de Malpica, mayordomo mayor, da á entender la inoportunidad de sus dudas, diciendo: ¿Cómo le hubiera Su Majestad concedido la *merced* si le cupiese alguna duda sobre este punto? (1).

La objeción no era completamente infundada. No es que se tomasen en consideración las pagas de su señor. Pero leemos

(1) Si Su Magestad presumiera havia tenido tal oficio ú otro, no le hubiera hecho la *merced* deste avito. L. cit., pág. 275.

en un escrito del ministro de Módena, Fulvio Testi (p. 88), que el precio del retrato del duque ascendía á cien doblones (ó 1.400 reales), y que le había dado 150 reales de adelanto. «Es caro», añadía, como si tuviese una especie de tarifa. Cuando el embajador veneciano Quiriné pidió para su compañero Sagredo, en París, un retrato de la infanta María Teresa, y Haro, después de algunas dificultades, dió su promesa, díjose: «El cuadro será pintado por Velázquez, y se mandará á París, previo el pago usual de 50 reales (1). Sin embargo, esta suma no se podía señalar como honorario; los retratos de las personas reales sólo podían expedirse como regalos del rey. Eran los usuales gastos en tales ocasiones. Pero aun más dificultades encontró el Consejo en orden á las pruebas de linaje. Por último, Velázquez hizo valer el hecho de que su familia en Sevilla se contaba entre la nobleza, porque estaba exenta del tributo sobre la carne, privilegio de la nobleza y del clero. Como sobre esta exención el cabildo llevaba un libro, se decidió enviar una comisión á Sevilla, la cual pidió, en efecto, que se le entregase el asendereado libro matriz (2).

Pero sin esperar el regreso, el Consejo acordó (en 26 Febrero de 1655) «que si la limpieza de sangre y nacimiento estaba demostrada, no así la nobleza de los antepasados maternos; que las pruebas de los abuelos maternos de la línea paternal no eran admisibles. En su consecuencia, debía defender la nobleza de la línea masculina (*varonía*) en el curso del proceso, y traer al Consejo su *carta ejecutoria*.»

(1) Il Quadro si farà per mano di Velasco, pittore del Rè, et con l'ordinaria paga di 50 Reali si manderà in Parigi. Desp. de 20 de Agosto de 1653.

(2) Libros en que acuerda el Cabildo se vuelva la blanca de la carne á los hijosdalgo. En el año 1515 fué suprimido el impuesto personal, y en su lugar en las carnicerías se elevó una blanca por cada libra de carne (la blanca 3 1/2 maravedíes). Esta blanca se devolvía á los nobles y al clero y á otros privilegiados, y la devolución era considerada como prueba de nobleza. Pero Zúñiga (*Anales ecles. de Sevilla*, año 1515, III, 291), dijo: «Volver la blanca de la carne absolutamente no es prueba de hidalguía.»

Esto significaba la vergüenza de un retraso y las costas de un nuevo proceso.» (Palomino.)... ¡Qué espectáculo para un corazón aristocrático! Estos cuidados angustiosos de que el brillante escudo no se empuñase por un aliento de duda; esta delicadeza de quitar al *advocatus diaboli* todo pretexto de duda; esta enérgica independendencia, pues, ¿no era la voluntad del rey la concesión del hábito?

Esto llama aún más la atención, cuando vemos con cuánta benevolencia se solían llevar en otras ocasiones las prácticas de esta información; ¡cuánto había descendido el prestigio de esta Orden, si no su *precio*! Cuando en 1621 fueron enviados á Flandes por méritos militares treinta hábitos, alabó Quevedo esta resolución del joven rey, «el cual quería ver la cruz en aquéllos coloreada por su sangre, no con el rubor de la vergüenza, ¡no entre mantillas en peligro de muerte!»

Al comenzar la guerra francesa, la Junta general de la guerra dió un decreto que hacía á la Orden tan mercenaria como todo en España. Quien quisiera un hábito, no tenía más que dirigirse al conde Castrillo, el cual le vendía y hacía pagar las pruebas de nobleza en Madrid. Con esto se esperaba reunir en corto espacio de tiempo la cantidad de 300.000 escudos, con la cual debía sostenerse la nueva caballería. A consecuencia de este tráfico y de la falsificación de las pruebas, dice el embajador de Módena, Guidi, han llegado á ser tan generales en Madrid los hábitos, que no es raro ver, por ejemplo, un antiguo paje, después camarero del conde Fulvio Testi, condecorado con la cruz de Santiago, para vergüenza de los nobles (1).

Esta asamblea de nobles, creada en el calor de la lucha de razas y de religión en el pasado, y destinada á robustecer la abnegación del soldado con la del monje, se había convertido

(1) N'escono (delle psore) con onore anco i zapateri, interessando con denaro i testimoni. IPPOL CAMILLO GUIDI al duque de Módena; 9 de Mayo 1643.

en un medio de allegar recursos, en un tributo sobre la vanidad.

Es, pues, de sospechar que aquel rigor no estuviese fundado exclusivamente en el orgullo de clase. Y Palomino dice también que «grandes rivalidades» entorpecieron el curso de las pruebas.

Al rey no le quedaba ahora otro recurso que pedir al Papa la dispensa de la prueba de nobleza. El breve fué expedido por Alejandro VII el 7 de Octubre de 1659 en Albano. En virtud de este breve, el Consejo debía resignar á Su Majestad la concesión de nobleza. Ejerciendo su real soberanía, elevóle Felipe IV, por decreto de 28 de Noviembre, á *hijodalgo*. Y ya el día antes, el 27, aun antes de la aparición del decreto, realizó el Consejo el *despacho del hábito*. El 28 eran los días del príncipe Próspero. «Obtuvo el hábito por D. Gaspar Juan Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla; su padrino fué el marqués de Malpica; después fué recibido en palacio.» En el mismo año dedicóle Díaz del Valle un *Elogium y Nomenclator* de los pintores que habían sido honrados con alguna Orden militar.

EL VIAJE Á LOS PIRINEOS

Los últimos servicios de Velázquez se relacionan con su empleo de aposentador. En la aproximación de las reales familias española y francesa para celebrar la paz de los Pirineos en la isla del Bidasoa, el encuentro del decrepito Felipe con el juvenil Luis XIV, el cual, por cierto, tantas desgracias debía traer sobre España; y con su hermana Ana, á quien no había visto desde hacía cuarenta y cinco años, ha sido descrito por las plumas y los pinceles franceses. Por parte de España no tenemos más que un *Viage* descriptivo (1) que posee un valor es-

(1) *Viage del Rey N. S. D. Felipe Quarto el Grande á la frontera de Francia*, p. D. LEONARDO DEL CASTILLO. Madrid, 1667. 4.º

pecialmente geográfico. Allí se puede ver con los ojos del cortesano, y se cree oír lo que las altas personas decían y murmuraban en sus momentos íntimos; allí se agita uno en el ambiente de los marmitones.

Sin embargo, si España no poseía ningún escritor de memorias, había allí un pintor, en el cual confió la posteridad más que en Charles Lebrun. Pero el rey no pareció acordarse (como su embajador Peñaranda, doce años antes, cuando hizo pintar á Terburg, el juramento de la independencia de Holanda) que de una palabra de sus labios pendía la creación de un monumento de la historia de la pintura. D. Diego se lo había atribuído á sí mismo cuando le tocó el papel, en vez de reunir allí bocetos, de ir delante con sus subordinados como aposentador para hacer los preparativos, y finalmente, necesitó mostrarse con la cruz roja y la cadena de oro ante Sus Majestades.

La partida se fijó para el 15 de Abril; Velázquez abandonó Madrid el día antes, acompañado de tres *ayudas de furriera*, su yerno Mazo, Damián Goetens y Joseph de Villarreal.

Tal viaje real, con semejante equipaje y por tales caminos, se debió de considerar comprometido para el aposentador, pues se le nombraron otros dos empleados. Si bien Su Majestad quería viajar *á la ligera* y limitarse al indispensable acompañamiento (en el cual figuraban, entre otros, cuatro médicos, cuatro cirujanos, dos sangradores, el barbero y tres ayudantes), iban también los grandes, con su inevitable servidumbre; Haro, con un séquito de unas doscientas cabezas, los coches con los regalos y las libreas para renovar á diario. La vanguardia llegaba á la ciudad de Alcalá cuando el fin del cortejo tocaba aún la Puerta de Alcalá de Madrid. Se recorrieron desde la capital hasta San Sebastián veintiuna estaciones. La ruta siguió primero la actual línea férrea de Zaragoza; dejó ésta en Jadraque, para seguir por Atienza, Berlanga y San Esteban de Gormaz; se pasó por Aranda de Duero y por Cilleruelo, Lerma y Cogolludo á Burgos. Desde esta capital, el iti-

nerario hasta la frontera era precisamente el mismo de hoy. En los buenos trozos de carretera se hacían unas seis leguas españolas diariamente; pero en la montaña de Alava y Guipúzca mucho menos; á las seis todos los días se descansaba.

No faltaban distracciones. El viejo rey tenía ocasión de conocer la magnificencia de sus grandes vasallos en sus solitarios palacios, como nunca, y de contemplar antiquísimos lugares ibéricos en completa decadencia, como Osma, de emocionarse con el inagotable fondo de lealtad, fácilmente infamable, de sus dolorosamente probados castellanos, y de hacer consideraciones sobre la decadencia á que, bajo su glorioso cetro, habían llegado algunas plazas de comercio, antaño florecientes. Pero éstas duraban poco tiempo; pues á su entrada le esperaban coros y mascaradas, corridas de toros y fuegos de artificio. En Burgo de Osma «confirmaron los paisanos, en danzas sin medida ni arte, su completa sumisión». En Guipúzcoa ejecutaron los vascos sus danzas, alternando pueblo y nobles al son de la gaita y el tamboril. «Hombres y mujeres mezclados, en círculo y en fila.» Se improvisaron comedias, llenas de alusiones al gran acontecimiento, como el *Tetis y Peleo*, de José de Boleas.

En ambas Castillas no había ninguna hospedería, pero sí muchas espaciosas residencias de nobles. En ningún sitio hubo más espacio de que disponer que en el desmedido palacio del Cardenal de Alcalá, con sus patios platerescos de Alonso Covarrubias, un edificio de Alonso Fonseca. Allí podían recrearse los ojos en la pompa policromo-fantástica de la sala de Concilios, la más rica y postrer creación del género gótico-mudéjar; igualmente en Guadalajara, en el palacio del Infantado (edificado por Diego Hurtado de Mendoza, en 1461); se veía el espectador trasladado á recintos pintados en el estilo de los antiguos grotescos de las logias, por Rómulo Cincinnato. El parque del palacio del duque de Frías, en Berlanga, ofrecía, iluminado por la noche, un raro aspecto: estaba dispuesto en forma de anfiteatro, en tres terrazas con torres, fuentes y esta-

tuas. Este palacio fué incendiado por los franceses, así como el de Lerma, creación del cardenal de este nombre. Estaba edificado en el estilo de Herrera, por Francisco Mora, en 1614; la estatua de bronce del arzobispo Sandoval de Pompeo Leoni subsiste aun hoy en la iglesia. Allí, pues, se encontró Felipe en casa de aquellos Lermas, dueños, en el reinado de su padre, de la monarquía, y á los cuales él mismo había despeñado de la cima del poder. El hombre que le provocó á tal acción, el heredero de su favor, había terminado hacía largo tiempo en la oscuridad del destierro.

Entretanto, mostrábanse antiguos cuadros votivos y celebrados conventos de gran veneración. En la abadía de los Benedictinos, situada en un encantador paisaje, en Hita, postróse S. M. ante la milagrosa imagen de Nuestra Señora, aparecida hacía seiscientos años allí, en una higuera. En Atienza estaba el obispo de Sigüenza, Antonio de Luna, con reliquias. En el convento de los Premostenses, La Vid, á las orillas del Duero, fundado por el cardenal Iñigo López Mendoza, venerábanse los restos de San Norberto. En Aguilera (Aranda) se visitó el sepulcro de San Pedro Regalado; la urna de alabastro fué costeada por Isabel la Católica (en 1442); el autor vió en otro tiempo magnífico edificio, en Agosto de 1886, deplorablemente devastado y en completa ruina.

Así llegóse el 24 de Abril á la vieja capital de Castilla. En Burgos pensó el rey detenerse; Velázquez había dejado allí al Fourier Villarreal. Veinticuatro años antes tuvo allí lugar, por poderes, su matrimonio con Isabel de Borbón, cuya hija ahora conducía él á Francia. Habitó en la casa del Cordón, edificada por Pedro Fernández de Velasco, el constructor de la capilla del condestable de la catedral. La primera visita fué naturalmente para el terrorífico crucifijo el Santo Cristo de Burgos, en San Agustín; la segunda para el más aristocrático convento de monjas de España, Las Huelgas; la tercera para la célebre catedral. En ninguna parte se vió más palpable el contraste entre el antiguo esplendor y la presente miseria; la guerra de

Holanda completó la ruina de Burgos. Hasta aquí les fué el tiempo favorable.

En Briviesca se ocupó otra vez un palacio de los Velasco; estaba encerrado en el claustro de Santa Clara, fundación de D.^a Mencía (1523), aun hoy notable por las numerosas figuras, por su retablo hasta la bóveda, con sus estatuas de nogal sin pintar. Se admiró la habilidad y belleza de los trabajos en la materia bruta donde el arte desdeñaba el color y el oro. «Este retablo fué empezado por Diego Guillén, en 1523, y fué terminado por Pedro López de Gámiz, de Miranda.

Después, abandonóse la árida meseta de Castilla la Vieja, y se pasó por el desfiladero de Pancorbo, á la tierra de los vascos. Allí hubo de acomodarse S. M. en las casas de los pequeños pero altivos *hidalgos* de Álava y Guipúzcoa, los cuales por mucho tiempo hubieron de sentir, aunque con orgullo, los tristes resultados de esta visita. De Vitoria, Mondragón, Oñate, Villafranca, pasóse á Tolosa, donde entre las muchas cosas notables se admiró también una fábrica, una fábrica de armas, naturalmente. Por fin, llegó la caravana real el 11 de Mayo á San Sebastián, que fué honrado con una permanencia de tres semanas. Era entonces una plaza fuerte, cercada inútilmente, veintidós años atrás, por el gran Condé: los bravos guipuzcoanos habían reconstruído recientemente las fortificaciones, sin querer retribución alguna. Entretanto, disponía Velázquez el antiguo palacio del rey de Navarra, en Fuenterrabía, llamado hoy «palacio de Carlos V» (por la nueva fachada). El espectáculo más animado fué para el rey la entrada en el puerto de Pasajes. Cuando entró en el puerto en la *gabarra*, adornada de tela amarilla, con dos chalupas con remeros vestidos de encarnado, entre cañonazos y disparos de mosquetes, resonaron de las mil bocas de la multitud que cubría las orillas hasta no verse el suelo, vítores, mientras se subía al buque almirante *Roncesvalles*.

El objeto de este júbilo era un viejo achacoso, apesadumbrado por desdichas de toda especie, que sólo recordaba el pa-

sado con dolor y arrepentimiento; ahora, dispuesto á separarse de su hija, única prenda que le quedaba de su juventud, «la cual se despedía con lágrimas de los mismos que la habían visto nacer», para ir á un país donde siempre sería extranjera, y para casarse con un hombre á quien no amaba; en garantía de la paz, según se decía, pero en realidad, como pretexto para futuras guerras y para la división de la monarquía.

En San Sebastián subió Velázquez con el gobernador de la plaza, barón de Votteville, á una gabarra que los condujo á la isla de los Faisanes, para disponer el pabellón de la conferencia. Esta isla medía entonces 500 pies de largo por 60 de ancho (1).

El local más grande del efímero palacio era la sala, de 56 pies de largo, 28 de ancho y 32 de alto, común á las dos naciones. A ambos lados había un número igual de cuartos para España y Francia; además, una larga galería que llegaba hasta el puente, tres salas y un estrecho pasillo que conducía á un gabinete. Todas estas habitaciones estaban adornadas con costosos tapices. Se habían elegido los mejores del abundante tesoro de trabajos holandeses del Alcázar de Madrid, de asuntos bíblicos, morales y mitológicos. Todos se conservan aún. La mayor parte estaban hechos según los cartones italianos y holandeses del siglo xvi. En la gran galería (102 pies de largo) se veía el Triunfo de las Virtudes contra la vanidad y odiosidad del pecado (Laurent, Nr. 511-520) y la Historia de Noé (Nr. 476-479); en la sala primera, la Historia del Apóstol Pablo

(1) En un viaje á España en 1876, en que me detuve algunos días en Irún, hice el 14 de Marzo una excursión al histórico sitio. La isla estaba aún allí. Se habían construído defensas contra la marea y adornado con acacias, cipreses, rosales, etc. Se había elevado un monumento para conmemorar las visitas de Isabel II y Napoleón III (1861). Los alrededores ofrecen una vista muy diferente de la que ofrecían en aquel matrimonio de la paz. La guerra civil lo ha sembrado todo de ruinas. Los hijos de Guipúzcoa, conducidos por febril ambición, la mayor parte jóvenes, volvieron á consecuencia de la amnistía á las montañas natales, entre el júbilo de las muchachas, vestidas de gala.

(Nr. 447-451); en las siguientes, según los cartones de Ferrara, las «Poesías», de Icaro, Perseo y Andrómeda, Rapto de Ganimedes, Aquiles sacrificando á Polixena y el Castigo de Marsyas (Nr. 480-483); en la tercera, la preciosa tapicería de las Esferas, que procedía de Portugal (Nr. 465-467). En el corredor, la Historia de Rómulo y Remo (Nr. 453-498); en gabinete secreto, la Pasión (Nr. 488-492); finalmente, en la gran sala, el Apocalipsis de San Juan (Nr. 425-437). Imágenes de crueles castigos, que en parte solían caer sobre el pueblo.

El 7 de Junio tuvo lugar la *entrega* de la infanta.

«Velázquez—dice Palomino asistió á todos los actos.»—Los regalos del rey á su yerno, un toisón de diamantes y un reloj de oro, adornado del mismo modo, fué entregado en propia mano al aposentador para que los llevase al palacio de Carlos V, de Fuenterrabía.

«D. Diego Velázquez—leemos—no fué el que mostró menos su afecto en el adorno, bizarría y gala de su persona; pues, acompañada en gentileza y arte, que eran cortesanas, sin poner cuidado en el natural garbo y compostura, le ilustraron muchos diamantes y piedras preciosas; en la color de la tela no es de admirar se aventajara á muchos, pues era superior en el conocimiento de ellas, en que siempre mostró muy gran gusto: todo el vestido estaba guarnecido con ricas puntas de plata de Milán, según el estilo de aquel tiempo, que era de golilla, aunque de color, hasta en las jornadas, en la capa la roja insignia y un espadín hermosísimo, con la guarnición y contera de plata, con exquisitas labores en relieve, labrado en Italia; una gruesa cadena de oro al cuello, pendiente la ventera, guarnecida de muchos diamantes, en que estaba esmaltado el hábito de Santiago, siendo los demás cabos correspondientes á tan precioso aliño.» Así refiere, en elevado estilo, Palomino este triunfo, que le tocó en suerte al pintor, representante de sus antepasados en el mismo empleo.

Como curiosidad, mencionemos aquí una figura que debía representar á nuestro aposentador en este acto. En la sala de E. M.—*Septiembre 1908.*

Luis XIII, en el palacio de Versalles, pende una copia de Mateo, según el original de Le Bonn y Van der Meulen (2.059). El pintor de cámara de Luis XIV puso aquí á su colega español en la inmediata proximidad de su señor. Pero en vano se busca allí una cabeza de semejanza remota. La descripción pinta aquí al pintor viejo, gastado, sombrío; se ha tomado á D. Luis de Haro por Velázquez, creyendo reconocer en sus angulosas y descarnadas facciones al envejecido pintor.

El 8 de Junio empezó el regreso, y los trabajos del aposentador empezaron de nuevo. En Burgos se abandonó el primer itinerario, para ir por Palencia y Valladolid, en donde Felipe se detuvo un día en el palacio en que había nacido. Y otra vez siguieron tres días de fiesta, encontrándonos que, después de tan conmovedor acontecimiento, se pudiera soportar la gárrula algazara de estas fiestas. El 26 de Junio se regresaba á Madrid. «Cuando Velázquez entró en su casa le recibieron los suyos, su mujer y amigos con más inquietud que alegría, pues se había extendido la noticia de su muerte en la corte, tanto, que no daban crédito á sus ojos; era sin duda un anuncio del poco tiempo que le quedaba por vivir.»

El trabajo á que se entregó en estos setenta y dos días hubiera sido más á propósito para un capitán de las guerras flamencas. Como Murillo se buscó la muerte, Durero sus intermitentes en la desembocadura del Escalda, trajo él también del mar el germen de la enfermedad que le había de llevar al sepulcro. A últimos de Julio, después de emplear toda la mañana en servicio de su majestad, sintió fiebre, y apresuróse á marcharse por el *pasadizo* á sus habitaciones. Declarósele una fiebre intermitente maligna, que los médicos declararon casi mortal.

«El sábado, día de San Ignacio de Loyola, habiendo estado Velázquez toda la mañana asistiendo á S. M., se sintió fatigado con algún ardor, de suerte que le obligó á irse por el *pasadizo* á su casa. Comenzó á sentir grandes angustias y fatigas en el estómago y en el corazón. Visitóle el doctor Vicencio Moles, médico de la familia; y S. M., cuidadoso de su salud,

mandó al doctor Miguel de Alba y al doctor Pedro de Chavarrí (médicos de cámara de S. M.) que le viesen, y conociendo el peligro, dijeron era principio de *terciana sincopal minuta sutil*, afecto peligrosísimo, por la gran resolución de espíritu y la sed que continuamente tenía, indicio grande del manifiesto peligro de esta enfermedad mortal. Visitóle, por orden de su majestad, D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, arzobispo de Tiro, patriarca de las Indias; hízole una larga plática, para su consuelo espiritual, y el viernes 6 de Agosto, año del nacimiento del Salvador de 1660, día de la Transfiguración del Señor, habiendo recibido los Santos Sacramentos y otorgado poder para testar á su íntimo amigo D. Gaspar de Fuensalida, greffier de S. M., á las dos de la tarde, y á los *sesenta y un* años de su edad, dió su alma á quien, para tanta admiración del mundo, le había criado, dejando singular sentimiento á todos, y no menos á S. M., que en los extremos de su enfermedad había dado á entender lo mucho que le quería y estimaba.

Pusieron el cuerpo en el interior humilde atavío de difunto, y después le vistieron como si estuviera vivo, como se acostumbra hacer con los caballeros de Órdenes militares, puesto el manto capitular, con la roja insignia en el pecho; el sombrero, espada, botas y espuelas; y de esta forma estuvo aquella noche puesto encima de su misma cama, en una sala enlucida, y á los lados algunos blandones con hachas y otras luces en el altar, donde estaba un Santo Cristo, hasta el sábado, que mudaron el cuerpo á un ataúd, aforrado con terciopelo liso negro, tachonado y guarnecido con pasamanos de oro, y encima una cruz, de la misma guarnición; la clavazón y cantoneiras doradas, y con dos llaves; hasta que, llegando la noche y dando á todos luto sus tinieblas, le condujeron á su último descanso en la parroquia de San Juan Bautista, donde le recibieron los caballeros ayudas de cámara de S. M., y le llevaron hasta el túmulo, que estaba prevenido en medio de la capilla mayor. Encima de la tumba fué colocado el cuerpo, y á los

dos lados había dos blandones de plata con hachas y mucho número de luces. Hízose todo el oficio de su entierro con gran solemnidad, con excelente música de capilla, con la dulzura y compás y el número de instrumentos y voces que en tales actos y de tanta gravedad se acostumbra. Asistieron muchos títulos, caballeros de la cámara y criados de S. M.; luego bajaron la caja y la entregaron á D. José de Salinas, de la Orden de Calatrava y ayuda de cámara de S. M., y otros caballeros de la cámara que allí se hallaron, y en hombros le llevaron hasta la bóveda y entierro de D. Gaspar de Fuensalida, que, en muestra de su amor, le concedió este lugar para su depósito.

«Y lo que es más admirable—añade Cean Bermúdez,—siete días después, el 14 del mismo mes, murió su viuda, que fué enterrada junto á su esposo.» Esto es todo lo que de ella y de su largo matrimonio sabe la posteridad: fiel hasta la muerte.

Afectóle al rey la inesperada muerte de su mejor pintor. Cuando la *Junta de obras y bosques* pretendió que la paga vacante de mil ducados no fuera concedida de nuevo, sino que quedase en beneficio de la Junta misma, no se sintió en estado de resolver, y escribió, con pulso temblón, en el margen: *quedo abatido*. Este documento fué examinado por mí en el Archivo de Simancas.

Así le llevó probablemente á una temprana muerte su empleo de aposentador, tan envidiado de algunos. Y si se piensa además en los preciosos momentos que le robaba en el curso del año; en los incalculables perjuicios que ocasionó á su actividad artística, lo cual en sus deberes era inevitable, no podemos menos de adherirnos al sentimiento de Herman Grimm, al cual hizo tan trágica impresión la vida de este artista.

*
* *

Una semana antes de su muerte escribió una carta, que Beruete transcribe (1), más curiosa, por ser quizá la única que ha quedado suya.

(1) BERUETE: *Velázquez*, 181.

Está dirigida al pintor Diego Valentín Díaz, un antiguo amigo, á quien poco antes había encontrado en Valladolid.

«Señor mio holgaré mucho halle esta á V. M. con la buena salud que le deseo y asimismo á mi Sra. Doña Maria. Yo Sr. llegué á esta Corte sabado á el amanecer 26 de Junio cansado de caminar de noche y trabajar de dia con salud y gracias á Dios hallé mi casa con ella. S. M. llevo el mismo dia y la Reina le salió á recibir á la Casa de Campo y desde allí fueron á N.^a S.^a de Atocha. La Reina esta muy linda y el principe N.^o Sr. El miercoles pasado hubo toros en la plaza Mayor pero sin cavalleros con que fue una fiesta simple y nos acordamos de la de Valladolid. V. M. me avise de su salud y de la de mi Sra. Doña Maria y me mande en que la sirva que siempre me tendra muy suio. A el amigo Tomas de Peña de V. M. de mi parte muchos recados que como yo andube tan ocupado y me bine tan de prisa no le pude ver, por aca no hay cosa de que poder abisar á V. M. sino que Dios me le guarde muchos años como deseo. Madrid y Jullio 3 de 1660.—D. V. M., q. s. m. b., *Diego de Silva Velazquez*.—Sr. Diego Valentiz Diaz.»

La carta no contiene el menor presentimiento; su contenido es completamente indiferente, pero nos da á conocer á un antiguo amigo suyo, el cual murió el mismo año (1 Diciembre), y su esposa seis semanas después (16 Enero) (1).

La corrida de toros de Valladolid que recuerda, fué sin duda algo especial; llamábanla *El despeño de los toros*. Se lanza al toro al río Pisuerga; los toreros le cogían desde barcas, ó nadando le llevaban á la orilla, donde otros le mataban ó le empujaban de nuevo al río (2).

Este Diego Díaz era un castellano de severa religiosidad. Al tiempo de su boda (1626) era familiar del Santo Oficio; fundó,

(1) Conde DE VIÑAZA: *Adiciones al Diccionario Histórico*, II. Madrid, 1894.

(2) LEONARDO DEL CASTILLO: Loc. cit. *Un empinado despeñadero*.

con las ganancias que le proporcionó su oficio de pintor, un asilo de mujeres (Misericordia), una casa con capilla, en la cual fué enterrado con su esposa. Allí pintó el magnífico retablo de la Anunciación, encuadrado en un marco arquitectural pintado de oro y adornado con estatuas. Encima estaba la Caridad y la Trinidad, representada por tres hombres. En el Museo de dicha ciudad se ve aún una Sagrada Familia, de su mano, y La Porciúncula (1). Le tenían por un agradable, aunque limitado pintor, á la manera de Murillo. Las figuras están modeladas en un *sfumato* negruzco, de manera libre, pero de dulce intimidad, que recuerda á los dulces, graciosos y animados niños del Corregio.

AUTO-RETRATOS

De los numerosos retratos de Velázquez, el único de segura autenticidad es la figura ante el caballete de Las Meninas. Su estatura aparece allí mediana; la cabeza, de forma de pera; frente alta y recta, con marcadas protuberancias sobre las negras y pobladas cejas; nariz cóncava, con punta saliente; mandíbula inferior, ancha; barba llena; un tipo castellano puro. Los cabellos, peinados con raya en medio, caen en forma de cono, en masas onduladas, hasta la golilla, según la moda de aquel tiempo.

Todos los demás retratos, excepción hecha del busto del del Capitolio, en el cual creo ver el retrato citado por Pacheco de 1630, le muestran también de edad avanzada, pero en otras posiciones. Difiere de aquél por el carácter más marcado de las facciones. La mirada, allí recta, soñadora, artística, es aquí lateral, más bien altiva y velada. Por aquél, le tendríamos por un hombre, de la primera impresión, al cual el amor y el odio le impulsan rápidamente; según éste, como observador, reservado y silencioso. Así miraba de joven el cua-

(1) Bz.: *Didacus de Paz Pictor*, 1.621 años.

dro que ante él se extendía de la eterna Roma; *así* andaría el viejo, con el distintivo de su rango y empleo, por las habitaciones del Alcázar, recibiendo y dando órdenes.

De los restantes retratos, los más conocidos son los dos de la sala del pintor en los Oficios. El uno, casi hasta la rodilla (Nr. 217), muestra la elegante figura del pintor caballero con la cruz de Santiago. Los cabellos, también partidos, en vez de caer como en *Las Meninas*, están recogidos sobre la frente, con lo que el óvalo de la cara parece más estrecho. La mirada seria, casi enojada, está vuelta al observador. Ningún atributo del oficio, ningún utensilio de pintura, ni siquiera la mirada de pintor. Como Congreve ante las gentes, sólo quería parecer *gentleman*, no poeta. Este pulido rostro está, como toda la figura, velada por el barniz. Detrás de la mano derecha, apoyada en una cadera, se ve la llave de *furriera*; la izquierda toca el sombrero que está en la mesa; al lado del codo asoma el puño de la espada. Lleva guantes de ante (1). El estilo es de su escuela. En el segundo retrato de los Oficios (216), un busto apunta marcadamente la obesidad del viejo; la expresión es fría y flemática; pero los reflejos rojos y las sombras negras son extrañas á su estilo. Un Monsiú Velasco había en la colección del príncipe Ignacio de Este, con las manos sólo diseñadas (2).

De los bustos que aparecen á menudo, se ha querido reconocer el original en el Museo de Valencia, que Mariano Fortuny grabó para la memoria Davillier (1874). La copia de Munich (Nr. 366) procede de la Galería Dusseldorfer. De menos valor es la de Bridgewater House, de la colección H. Ferrar.

(1) Todos estos detalles pueden ahora sólo descifrarse con ayuda de grabados anteriores. El más claro y completo es el de Cecchino, según el dibujo de Bonav. Salesa, por encargo de dos jóvenes españoles, Francisco Argai y Juan Despuig. La hoja de Delboete da los rasgos mejor, en un tono oscuro que recuerda la magia negra.

(2) CAMPORI, Cat. 311, se le ha identificado con un retrato de pintor completamente extraño á él en la Galería de Módena.

LA FAMILIA DEL PINTOR

Velázquez murió en una edad en que aun eran de esperar grandes cosas de él; los prudentes le hubieran quizá aplaudido que se resolviese á dejar las cosas antes que las cosas le dejasen á él; que no esperase á ser un sol que se pone (1).

Su gloria extinguióse con él, pero no su apellido; pues el matrimonio de su única hija, Francisca (superviviente) con el pintor Juan Bautista del Mazo (1534), dió lugar al nacimiento de hijos varones y hembras. Tenemos la fortuna de poseer un retrato de este fruto de bendición, de la mano de su mismo padre, *La Familia*, en la Galería Imperial de Viena.

El cuadro se tuvo largo tiempo por una de las principales obras de Velázquez. Stirling la llama la más importante obra del maestro fuera de España; Viardot, por casi tan grande (*vaste*) y excelente como la que Luca Giordano llamó la Teología de la pintura. Ni aun los que conocían bien sus originales protestaron. Sin embargo, Clement de Ris recordaba «haber visto pocas que fuesen tan flojas, precisamente en un pintor que, como pocos, era igual á sí mismo», y un crítico inglés pensó hasta (1868) en su esclavo Juan de Pareja.

La historia de este curioso lienzo es oscura: en los documentos españoles no hallamos ninguna huella del mismo. En el año 1800 apareció entre una colección de 41 cuadros sin valor, enviados de Italia por Ferrara al director Rossi (2). Ya se llamaba entonces *La Familia* de Velázquez. En el primer

(1) No aguardar á ser sol que se pone. Máxima es de cuerdos dejar las cosas antes que nos dejen... No aguarde á que le vuelvan las espaldas, que le sepultarán vivo para el sentimiento y muerto para la estimación. B. GRACIÁN: Orac. 110.

(2) E. V. ENGBERTH: Catálogo, p. 443. V. LUTZOW: La Gal. del Belvedere, con magníficos grabados de W. Unger. El color había saltado por algunos lados; por lo demás, el cuadro había sufrido poco. El autor conoció, después de su viaje por España (1874), la mano de Mazo.

fondo se ven nueve personas en línea descendente, entre ellas cinco niños, puestos por orden de edad y estatura, como la trompetería de un órgano. Primero, aun en la sombra de una cortina verde, dos jóvenes que entran, el uno con un ancho sombrero en la mano, con una joven de vestido escotado, gris claro y sombrero con pluma roja. Lleva consigo un muchacho de unos diez años, también en traje de visita; gola negra con *golilla*, con facciones distinguidas, que recuerdan mucho á Velázquez, de seriedad melancólica. Luego siguen cuatro niños en grupo, alrededor de una dama sentada. Sobre el uno, calzado con bota alta de cuero, jubón gris y justillo bordado en rojo, vuelos y cuello de encaje, pone la dama que entra la mano sobre la cabeza, besándolo tiernamente; él se vuelve hacia el otro muchacho mayor, más interesante para él, cuyo traje y apostura caballeresca examina admirado. Pone fraternalmente la mano sobre el hombro del más joven, que está de perfil, con el pelo en bucles, de ojos azules. Éste, con el báculo del abuelo en la izquierda, pide al que entra una manzana (1). Está apoyado en la dama. ¿Es la madre ó el aya? Ésta está sentada vuelta hacia la visitante, y parece cuchichear con la muchacha, que coge por el hombro y la mano; ésta parece recordarla, á causa de su gesto adusto, sus deberes de cortesía para con la visitante.

El último, arrogante hombrecillo, con calzones rojos y jubón amarillo, espada al cinto, mira con sus redondos ojos de buho, disfrutando con la posesión de un pajarillo en el aire. La dama lleva un vestido rojo con bordes de plata sobrepuesto, castaño, y cuerpo de terciopelo con corchetes. Es, por tanto, un cuadro rico en color. Niños castellanos, con ojos oscuros, que «relucen como piedras preciosas». Están, quizá, dispuestos para una fiesta (¿el santo del padre?), endomingados,

(1) El detallado estudio de esta cabeza ha sido reconocido en el cuadro de Dulwich Collège (Nr. 222; $1'2\frac{3}{8}'' \times 10\frac{3}{8}''$), tan pronto llamado de Velázquez como de Pareja.

y van á dar la lección. Desde el aplomado orgullo de aquel *caballerito* hasta el *estupor* del pequeño, el pintor ha repartido los gestos y actitudes en consonancia con las edades, con observación y humorismo.

El grupo deja un medio fondo completamente libre para un taller con espacio delante. En la pared hay una mesa con tapete de terciopelo oscuro; encima un busto de mármol de mujer, dibujos, un vaso con un ramillete, y encima, justamente en el centro del lienzo, con marco negro, el retrato en media figura del anciano rey, con fondo de paisaje. A la derecha, cogiendo la tercera parte de la anchura, el taller, al que se sube por tres escalones, con el pintor ante el caballete. Por una alta ventana se ven los árboles del parque.

¿Quiénes son estas doce personas? Antes se tenía al pintor por Velázquez, á los niños por hijos suyos, y á la dama del sillón por su mujer Juana; á la que está de pie, por su hija Francisca, seguida de su esposo. Pero como en su certificado de matrimonio de 1634 se llama á ésta su única hija y no se habla de hijos, pudieran los niños ser sus nietos, pues Mazo tuvo muchos hijos. Dos de ellos, Baltasar y Gaspar, ocuparon después buenos empleos en la corte. En el extremo de la derecha, arriba, hay un escudo de armas sobre campo rojo, un brazo cubierto con armadura, levantado y mostrando un *mazo*.

¿Es, pues, el pintor del caballete el padre ó el hermano? En todo caso, parecería Velázquez como un vigoroso abuelo. No hay sillón de abuelo; sólo dos sillas de campaña. Tampoco trabaja con la cómoda blusa, sino en ajustado traje negro de gala, como también aparece con harta sucia rusticidad para lo que conviene á un auto-retrato. ¡Y cuán desmantelado aparece el taller, comparado con lo que hoy exige! Tampoco puede ser Mazo el segundo señor del primer término, pues en nada coincide con el retrato de Esteban March. La cursi sobriedad, la melancólica traza de esta huesosa cabeza de plebeya fealdad (Prado, 779), ofrece un casi cómico contraste con la distinguida elegancia del suegro. No se advierte semejanza de la

obesa dama con el fino perfil de la sibila (1) y de la llamada Juana de Miranda (supuesto retrato de la mujer de Velázquez). Por lo demás, Mazo, á la muerte de su primera mujer (¿1658?) contrajo matrimonio con Ana de la Vega.

Estas cuestiones podrían resolverse mejor, si se supiese algo de la fecha del cuadro.

La curiosa obra muestra, al lado de algunos rasgos simpáticos, defectos notables. El pintor tuvo sin duda alguna ante la vista el cuadro de *Las Meninas*. Una fila de niños de frente, el pintor detrás, ante un gran cuadro, quizá con la figura de la misma Mariana; también el retrato del rey aparece, si no á su lado ni en el espejo, en la pared de enfrente. Hay fresca naturalidad, característica y hasta simpática concepción no artificiosa de la naturaleza infantil y de su delicada carnación; toque flotante, casi impetuoso, y á menudo como impertinente brillo de seda y plata; pero la composición es torpe y la perspectiva, defectuosa. Se comprende perfectamente cómo pasó el cuadro tanto tiempo por de Velázquez, porque ha de recordarse que Mazo conservó lo mejor de su estilo, pues tuvo más de un cuarto de siglo para estudiarle. Pero en él hay ocasión para observar que hay límites que ni el trabajo ni el estudio pueden franquear. En vez del ligero y aéreo *toque*, hay aquí una aplicación más pertinaz, más grosera. ¿Dónde está la claridad repartida hasta en la media luz, el equilibrio casi impremeditado, la elegancia del agrupamiento en estas figuras amontonadas ó colocadas rígidamente en fila? Si se toma, por ejemplo, el conocido busto del rey como medida, aparecerán las figuras en pie de dos pasos más allá, como enanos.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

(1) Catálogo del Museo del Prado, I, 1872, p. 622.

EL SUPPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

CAPÍTULO III

El primer cuidado de Eleonora á la mañana siguiente, al tomar el café, fué asegurar á su tía que no volvía para ser un peso en aquella casa, sino, en caso de que continuase allí, ser uno de tantos pensionistas. La consejera no quiso oír nada de aquello; poseía un corazón á la antigua moda, y en los casos en que entraba en juego, como el presente, no podía hablarse de tratos. La hija única de su pobre hermana era su hija, y de ahí no la sacarían.

—Tú sabes, querida tía—repuso Eleonora,—que he sido siempre algo discutidora, y en Inglaterra, donde esta cualidad no es una falta, sino una virtud, me he vuelto más. No he reunido millones, esto no es costumbre en nuestra familia. Además, como me retribuían brillantemente, según la moda de Alemania, y me hacían el honor de presentarme en sociedad como governess, tenía que hacer gastos en vestir, á los cuales no podía ni quería sustraerme. Así que considero como un milagro haber podido reunir una suma que me permita vivir algunos meses como me plazca. Pero ya comprenderás que prefiero ponerme en tus manos mejor que en las de una patro-

na poco escrupulosa, lo que necesariamente sucedería si tú no aceptases inmediatamente mis proposiciones.

Cierta expresión de indecisión y perplejidad, que Eleonora había creído notar en el rostro de su buena tía desde el principio de esta conversación, acentuóse marcadamente al oír las últimas palabras. Así, pues, creyó que faltaba poco para persuadir á la pobre señora.

—Conque, lista—dijo;—*cut it short!* ¡Trato hecho!

Cogió la carnosa mano de su tía, que estaba sentada ante ella, y llenóse de zozobra cuando, en vez de la contestación que esperaba, la consejera miró ante sí con los ojos fijos, y rodaron dos lágrimas por sus mejillas.

—Dios mío, tía—exclamó,—¿acaso te he ofendido?

La consejera movió la cabeza, y protestó con nuevas lágrimas que no se trataba de eso.

—Pues entonces, ¿qué es? ¿qué tienes?—exclamó Eleonora.—Y como la tía se levantase de su asiento con intención evidente de salir del cuarto:—¡No, no! No te dejes que te marches hasta que me lo hayas contado.

—Si te empeñas...—murmuró la viuda.

—Sí; quiero que me lo cuentes todo—contestó Eleonora.

La consejera tomó su pañuelo de la cesta de la costura, que estaba en la ventana, enjugóse los ojos, y exclamó cogiendo las manos á Eleonora:

—¡Dios es testigo, querida niña, que sólo te pido tu consejo, no tu ayuda!

—De eso hablaremos más tarde—dijo Eleonora.—En todo caso, aliviaré su corazón. Conque, tía, explíquese usted.

La paciencia de Eleonora tuvo que soportar una dura prueba; pero conocía la costumbre de la buena señora, cuando tenía que contar algo, de empezar con Adán y Eva. El caso era que, á pesar de su gran economía, de su trabajo infatigable y de todas sus virtudes domésticas, de las cuales no se alababa, no lo permitiera Dios, pero que al menos debían tenerse en cuenta para que Eleonora viese que había hecho todo

lo que en sus débiles fuerzas estaba, encontrábase en grandes apuros económicos. El número de pensionistas había disminuído considerablemente en los últimos tiempos; más de medio año habían estado sus habitaciones completamente vacías, hasta hacerla decidirse á admitir hombres en vez de jóvenes. Afortunadamente, no se había arrepentido; pero los hombres tienen muchas más exigencias que los muchachos, y no había que pensar que, como en los buenos tiempos del principio, tuviese bastante ni para pagar la renta de la casa. Menos podía esperar en enjugar el déficit de las épocas malas. En su apuro y necesidad no había sabido hacer otra cosa para ayudarse que tomar dinero sobre su seguro de vida, á crecido interés, y que no pensaba poder restituir nunca; de modo que á su muerte la pobre Tila quedaría casi *vis-à-vis de rien*.

Eleonora había dejado hablar á su tía, sin dar otra muestra de interés que algún que otro movimiento afirmativo de cabeza ó algún comfortable apretón de manos. Ahora, cuando hubo terminado su relato, dijo tras una breve pausa:

—Bien, muy bien, tía; no esperaba yo menos de ti, y te lo agradezco de todo corazón. Ahora sigue siendo buena, y dime: ¿á cuánto asciende la suma que tanto te apura?

La consejera dijo la cantidad con cierta vacilación. Era un poco menor que los ahorros de Eleonora.

—Bien—dijo ésta;—tú me has pedido sólo mi consejo. Ahora quiero ofrecerte mi ayuda, haciéndote una proposición. Mi opinión es que debes permitirme pagar por ti la deuda, lo que puede hacerse al momento. Esto será una doble ventaja para ti. En primer lugar, salvaré tu capital, que estás expuesta á perder de un momento á otro, y luego no tendrás necesidad de pagar los intereses, que yo te rebajaré á la mitad, y, si tú lo permites, los descontaré de mi pensión.

La consejera no quiso oír más. Aquello no podía aceptarlo su corazón á la antigua moda.

Eleonora no insistió más, segura de conseguir su objeto. Sólo quería saber el nombre de su acreedor, que se hacía pa-

gar su generosidad con tanta usura. Y, con no poco asombro suyo, la tía nombró á su casero, el famoso señor Witte.

—Pero eso es imposible—dijo.—¿Tu yerno en ciernes?

La consejera dejó vagar una mirada sombría por la habitación, para cerciorarse de que las tres puertas estaban bien cerradas, y dijo con voz sorda:

—Te confieso que también á mí me parece un contrasentido.

—Que no es tan fácil explicar—dijo Eleonora.—Hay que creer que el señor Witte no piensa casarse con Tila.

—Pero, ¡niña, niña!—exclamó la consejera,—tú has perdido toda la fe en los hombres.

—¡Oh! No en todos—contestó Eleonora.—Pero en el señor Witte, sí. En el señor Witte no tengo ninguna.—Y como la buena señora manifestase la más acerba perplejidad:—Reflexiona, tía—añadió,—que el hecho es éste: Tila cumplirá en Noviembre treinta y cuatro años, y el señor Witte, según mi cuenta, debe pasar de los sesenta; ¿crees tú que un sexagenario va á tener el valor de resolverse á lo que no se ha resuelto á los cincuenta años? Esos caracteres débiles no mejoran con el tiempo.

—Esto destrozaré el corazón de Tila—murmuró la consejera.

—Creo que no—dijo Eleonora.—Hay en la vida tantas situaciones capaces de destrozar el corazón, y siempre he notado que pueden vencerse si se afrontan con la firme voluntad de no dejarse arrollar por ellas.

—Tú, sí—exclamó la tía,—que eres y has sido siempre un espíritu fuerte. ¡Pero mi pobre Tila! Tan dulce, tan cándida, tan confiada. ¿Qué sabe ella, niña inocente é ingenua, de traiciones y falsías? ¡Ella, que tiene todo mi corazón á la antigua moda!

Eleonora sintió acudir á sus labios una amarga frase, pero tuvo lástima de la buena y cándida señora, y dijo estrechando sus dos manos:

—De todos modos, tía, yo no soy omnisciente. Y, como

dice tu refrán favorito, ¡no alegrarse en la ventura ni abatirse en la desgracia! Así, pues, ¡ánimo! ¡Ser es todo!—dijo Hamlet.

Hizo ademán de levantarse, pero la consejera la retuvo, y la dijo en voz baja con angustia:

—Sobre todo, no hay que decir nada á la pobre Tila de todo esto, ¿verdad?

—Ni una palabra, tía, si te parece mejor.

—Nada, ni una palabra, te lo ruego.

—¡No se hable más! Y ahora quiero ir á casa de mi banquero para cobrar mi cheque y ponerle en las manos de nuestro honrado casero.

—¡Sólo quisiera que me explicaras una cosa!—exclamó la consejera, reteniendo aún á Eleonora.—¿Por qué no me habrá subido el cuarto durante estos treinta y cinco años?

—¡Vaya usted á saber, tía! Quizá porque sabría muy bien que no encontraría un inquilino que pagase más. La calle hace mucho tiempo que no es de moda.

—Efectivamente, una calle pasada de moda y un corazón pasado de moda: estamos en armonía, efectivamente.

Y la consejera hizo un movimiento de cabeza, como quien llega, después de mucho tiempo, á la solución de un enigma.

Eleonora estaba ya en la puerta, cuando oyó que su tía la llamaba con voz apurada.

—¿Qué, tía?

—Ven aquí otra vez, querida niña.

—No, tía; dime lo que quieres.

—¿Con cuánto... dime, con cuánto te quedas para ti?

—Con lo que me resta puedo cargar ochenta camellos—contestó Eleonora riendo.—Y abandonó la habitación á toda prisa.

CAPITULO IV

La casualidad quiso que el señor Witte, en bata, ocupado en fumar en una pipa de espuma de mar, estuviese al balcón cuando Eleonora volvía de casa del banquero. Esperaba que el

opulento propietario, á quien ya conocía por su anterior estancia en casa de la consejera, y debía estar enterado de su llegada por los criados, tuviera un saludo para ella; pero el gorro de terciopelo negro guarnecido no se movió de su sitio, y en su rostro de brutal picardía sólo se agitaron los ojillos medio cerrados para seguirla mientras pasaba por frente á su balcón. Esta descortesía hizo madurar en Eleonora una resolución, que ya estaba formándose al volver á su casa. ¡Quién sabe si el corazón anticuado no había ya perdido el valor de desafiar al tirano!

Llamó á la puerta del jardín, entregó su tarjeta, fué recibida, y salió diez minutos más tarde de la casa, llevando en las manos la póliza desempeñada. El señor Witte no manifestó ninguna señal de sorpresa ó embarazo, y el asunto hubiera sido zanjado en un minuto, si el cómputo de los intereses, hasta el día corriente, no hubiera exigido algún tiempo. A la satisfacción de Eleonora de haber sacado á su desvalida tía de las garras de aquel vampiro, uníase ahora la de que el sexagenario habíase quitado la gorra de terciopelo de su calvo cráneo.

La consejera más parecía asustada que regocijada de la diligencia de Eleonora, y pasaron varios días hasta que consiguió volver á su tono habitual, entre doctoral, sentencioso y sentimental.

Eleonora no se preocupó por esto. Creía haber hecho algo razonable; también había aprendido en Inglaterra que contar con la gratitud de las personas es mal negocio. Además, bastante tenía ella consigo misma para prestar más atención á los intereses del prójimo de la indispensable.

Como una desesperada, asíase á su orgullo profundamente herido. Si la frase de Ulrico, de que su mujer era la mejor mujer del mundo, oída por boca del conde, era auténtica (y cómo dudarlo), la pasión que él había mostrado por ella era una ligereza sin límites ó una locura. A una mujer así no se la engaña; no se la olvida sólo por una quimera, quizá no nacida sino

para entretener el aburrimiento de una temporada de baños. Y ella amaba con toda su alma á este hombre ligero, inconsciente, y al separarse de él casi había sentido roto en pedazos su corazón. ¿No había sido una loca, en toda la extensión de la palabra? Y era más grande si cabía su locura, al seguir rompiéndose la cabeza y atormentando el corazón con aquella ridícula farsa, al no aniquilar en su alma en seguida el recuerdo de un hombre para el cual no había sido más que lo que él debiera ser para ella: una amistad de balneario como otra cualquiera.

¿Quién era él entonces para deslumbrarla hasta el punto de ver en él su ideal? ¡Ni á cien leguas, tan ingenioso como el ruso Borikin, ni de lejos tan hermoso como el gallardo chileno! Un hombre adocenado, ni más ni menos, cuyo solo y único mérito consistió en ser aquellos días el único hombre que estuvo á su lado. ¡Pura ilusión de óptica! ¡Como una gaviota en la inmensa playa toma á distancia y á falta de término de comparación las dimensiones de un águila! ¿Dónde había tenido los ojos? ¿Dónde la razón?

Y pronto veía con espanto volver á ponerse en su pedestal la estatua que creía haber destrozado el día anterior, más alta, más soberbia que antes, y mirándola con grandes y tranquilos ojos, la decía dulcemente: arde en celos y enfurécete cuanto quieras; yo soy tu dios, y no puedes tener ningún otro. No, Eleonora, no puedes tener otro. Nunca me he tenido por tal, y me reiría de ti si por un momento creyeses que puedo ser otra cosa más que un hombre que te ama. ¿Oyes, Eleonora? Que te ama con toda su alma.

Y luego volvía con el hombre adorado á la playa, ó sentábase junto á él en las dunas; y hablaban de Dios y del mundo; y ella no sabía quién hablaba de los dos, pues ninguno de ellos decía una palabra que no pudiera decir el otro también y que no repitiera un momento después. Y esto alegraba y aligeraba su corazón como nada en la vida. Y si miraba sus ojos tan extraordinariamente brillantes y contemplaba la risa de sus

labios, risa de niño, sabía ella que su corazón desbordaba de la misma dicha que el suyo, y que si el destino hubiera querido serles propicio, los hubiera hecho morir en aquel espasmo de felicidad.

¡No, no y mil veces no! Aquello no podía ser un sueño engañoso. Era algo real, y todo lo demás eran vapores que se arremolinaban en torno de aquel sol y amenazaban eclipsar su brillo. Como las brumas de aquella tarde en la playa, cuando se extendían por todo el aire y convertían el sol en un pálido espectro, y los dos contemplaban el espectáculo amedrantados y poseídos de terribles presentimientos, y después estallaba la tormenta, y ella se arrojaba en sus brazos, y era suya y él suyo. Sí, suyo. ¿Qué le importa al amor de un hombre la primera mujer del mundo? ¡Sólo le importa la que él puede amar! Y aunque fuese en realidad tan perfecta, si él no la amaba, debía ser con su alma sensible mucho más desgraciado que ella.

¿Qué hacer en esta situación de su alma? Lo que hiciera en todas las horas amargas de su vida, lo único que podía hacerlas menos amargas, disminuyendo su tortura: trabajar.

¿Pero en qué clase de trabajo? En el ingrato y degradante de cuatro largos años: educar á una joven que no se deja educar, ó acompañar señoras aristócratas resabiadas cuando no encontraban á mano alguien que pudiera prometerles mayor entretenimiento. Este trabajo quedaba siempre como un recurso si no servía para otra cosa.

Ya en Inglaterra, había empezado á bosquejar sus impresiones de viaje y de sociedad. Fugaces diseños que tenían, no obstante, la excelencia de su espontaneidad, y que con ayuda de su memoria, que nunca la abandonaba en tales empeños, podía continuar proporcionándola nuevos placeres. Hizo la prueba en algunos trozos en que pintaba escenas de la vida aristócrata, trazadas en varias temporadas de verano y otoño transcurridas en magníficos palacios y quintas, y leyó su trabajo durante dos noches consecutivas en el círculo familiar, á la hora del té. La consejera, que tenía, no sin fundamento,

pretensiones literarias, halló el asunto altamente interesante y expresado con corrección, excepto en algunas expresiones demasiado libres y giros modernos, «contra los cuales protestaba su viejo corazón anticuado». Tila admiraba sin reserva. El japonés lo habría entendido todo, si sus ojos, fijos siempre en la lectora, hubiesen tenido oídos. El chileno declaró, al terminar, que sólo podía expresar su admiración en español, con lo que quedaba por saber si se refería al trabajo ó á su autora. Pero Eleonora encontró el auditorio que ella deseaba en el ruso. Él solo hizo una verdadera crítica. Elogiaba ó rechazaba el asunto; encontraba aquí una descripción demasiado amplia; allí, una observación demasiado sucinta; este pasaje exigía una sátira más aguda; aquél, un humorismo más atrevido; pensaba que el conjunto hubiera ganado mucho suprimiendo este ó aquel pasaje.

Guardábase bien de hacer estas observaciones en presencia de los demás, escogiendo los instantes que se encontraba solo con Eleonora.

—Pues usted, señorita, está por encima de las vulgaridades de una reunión indocta. Para eso le bastaría á usted el corazón anticuado de su tía. Lo que usted necesita es la voz de un amigo honrado, y usted es afortunadamente de las pocas personas que pueden escuchar esa voz. No me tengo por autoridad en materias literarias; no conozco las reglas; me río de ellas. Juzgo directamente por mis sentimientos. Pero justamente es lo que hace el público para quien se escribe. Y quizá no sea yo el menos perspicaz de ese público. ¿Qué le parece á usted?

—Le tengo á usted por un hombre de inteligencia excepcional—contestó Eleonora riendo.

—Pues mire usted, eso me regocija, me regocija extraordinariamente—dijo Borikin; y brillaron sus ojos bajo sus espesas cejas.—Esto me regocija más que el cumplimento que me ha dirigido hoy Virchow, con gesto agridulce, sobre una operación de anatomía. Y ahora voy á tener la osadía de pedirla

á usted que me confíe ese cuaderno durante un par de días.

—¿Con qué objeto?

—Sí, querida mía, hay que ir más lejos. No nos podemos contentar con escribir para un viejo corazón anticuado y para un par de chilenos ó japoneses modernos. Necesitamos tener verdadero público. Con este fin, me voy á permitir, por una vez tan sólo, hacer una traducción rusa de sus esbozos, que conseguiré hacer que se publique en un periódico petersburgués con que estoy relacionado. Ayer tarde, en el café, le conté á Bauer, el redactor de un periódico del país, tales cosas de nuestras *Englisch-High-Life-Notes*, que el hombre bebía copas y más copas de Therry Cobbler, declarando que no descansaría hasta tener en sus manos estas admirables cuartillas. No se saldrá con su gusto. Yo se lo aseguro á usted.

—¿Y cómo deberé agradecerérselo á usted?

—No exijo agradecimiento. Los rusos estamos acostumbrados á hacer esto y mucho más por un camarada. Y por cierto que yo, que excepción hecha de mi querida hermana Vera, estoy solo en el mundo como un poste en un campo nevado de Weresschaguin, y usted, que por su parte, no me parece que tiene tras sí ninguna caravana de parientes ó amigos, debíamos ó podíamos ser algo así como buenos camaradas.

Eleonora reía, temblando interiormente.

¡Camaradas! Así se habían llamado Ulrico y ella. Recordaba el lugar y la hora en que había oído estas palabras de sus labios, lugar santo y querido. Ahora, el escucharlas de boca de aquel extranjero, le parecía una profanación, y un primer sentimiento de prevención acentuábase ahora con más fuerza. Reprendíase interiormente por esto. ¿No tenía derecho á un nombre, él, que había acreditado su bondad y sus sentimientos de compañerismo hacia ella de tan diferentes maneras, y que ahora pasaba la noche en claro para prestarla un servicio de importancia? Un amigo, ¿no es siempre un camarada? ¿Debía negarle el nombre de amigo, cuando según la sentencia de un antiguo escritor que ella conocía, y que á me-

nudo citaba, sostenía con razón: la verdadera amistad consiste en querer lo mismo y odiar lo mismo?

Y en un punto esencial no había que negar que estaba completamente de acuerdo con Borikin: que la razón debía gobernar á los hombres, y que debía declararse guerra á todo lo que fuese contra ella. Si después, al descender á la práctica, se separaban á menudo, era debido á las especiales circunstancias del ruso y al horizonte que tenía ante sí. Borikin estaba conforme.

—Nosotros, los rusos, no tenemos más remedio que ser extremados en todo: la naturaleza de nuestro país, el carácter de nuestra raza, nuestras circunstancias políticas y sociales nos impelen á serlo. Usted retrocede asustada ante el nombre y los hechos del nihilismo, y yo le digo á usted: todo ruso que tenga cerebro para pensar y corazón para sentir, debe, tiene que ser nihilista. Yo lo soy; el amigo al cual envié mi traducción, lo es; mi hermana, la de Zurich, lo es. No conozco en todo el radio, bastante extenso, de mis relaciones quien no lo sea, aun cuando no tenga el valor de exteriorizar en actos sus sentimientos. Y no puede ser de otra manera, dada nuestra organización, que no puede ser peor de lo que es, y en la que cualquier revolución, por descabellada que fuese, no haría sino empeorar las cosas. Vea usted que abogo contra un estado excepcional de cosas, en el cual vivimos, pensamos, sentimos y nos agitamos. Pero cuando aquí en el extranjero me contestan con un fariseico: «A Dios gracias, nosotros no estamos como ustedes»; digo yo: querido amigo, puede que estén ustedes mejor; pero no mucho. Ustedes no tienen Siberia, es verdad; pero sospecho que vuestra juventud bien se lamenta de las circunstancias; estáis agobiados por un insoportable militarismo, justamente como nosotros; vuestro proletariado pide pan con tanta necesidad como el nuestro; y éstos y tantos otros males sociales y políticos no los cura vuestro ponderado constitucionalismo, si no adornando el yugo que no es capaz de sacudir con hermosos discursos. ¿Y vuestras costumbres sociales? ¿Vuestro matrimo-

nio, por ejemplo? Ya dijo Margarita en el *Fausto*: «Por razonable que parezca eso que dices.» Por razonable que parezca, y aunque sea tres veces santo por ser fundamento de la familia, y ésta, á su vez, del Estado, etc., si se mira en la realidad, de ciento, ¿qué digo?, de mil, apenas uno es lo que debe ser: manantial de goces y contento, y no una carga que nos oprime los hombros y el corazón. Una guerra continuada manifiesta, ó como en las llamadas clases distinguidas, oculta, y por ello más amarga, más cruel, en la cual se perdona tan sólo aparentemente, y en que en cada batalla que se gana se saca el mejor partido del contrario. No conozco ningún matrimonio del cual no pueda jurar que el marido no habría elegido á su mujer cinco años después de unirse á ella. Cuando se casó, no era en manera alguna un hombre, en el verdadero sentido de la palabra; le faltaba mucho para serlo; tenía que aprender á estar firme sobre sus pies, tener conciencia de todas sus fuerzas, proponerse el verdadero objeto de su ambición. Ya ha crecido á medida que han crecido sus ideales. ¿No es ésta la frase de Schiller? Y ella sigue siendo la misma, sumida en los pequeños cuidados domésticos, quizá más empequeñecida que antes. Ella no tiene la culpa, él tampoco; y cuando empieza á sentirse desgraciado y á considerar su estado como una esclavitud, acaba por pensar que tiene el derecho y el deber de aliviar su suerte por lo menos, y hasta de rebelarse contra ella si es posible, y realizar lo que en la medida de sus fuerzas hubiera realizado si fuese libre. Con frecuencia los papeles están cambiados, y la mujer es la que rompe su envoltura de crisálida y siente crecer sus alas, mientras el hombre vegeta en su mísera existencia de gusano. Y tal institución, en la cual entre cien mil bolas negras hay una blanca, encomendada á los decretos del acaso, ¿debe ser santa? Y los que dicen: esto no puede durar mucho tiempo; estamos en el último período de un estado de cosas que ha demostrado su incapacidad para hacer felices á los hombres, y nos acercamos á una organización que llene de manera más perfecta las aspiraciones de los mejor do-

tados; los que hablan así, ¿son acreedores al fuego eterno? A vuestros ojos, querida mía, seguramente no. Usted no es nihilista porque no es usted rusa; pero los espíritus emancipados de todas las naciones son como las aguas de los mares, que se buscan unas á otras, y cuando se encuentran se abrazan jubilosas, sin saber si vienen del Oriente ó del Occidente. Pero usted me deja hablar y hablar, y no me contesta una palabra ni de aprobación ni de desaprobación.

—Sólo podría contestar á usted con un pensamiento de Schiller—dijo Eleonora: «Los pensamientos conviven fácilmente en el cerebro; pero las cosas chocan entre sí brutalmente en el espacio.» Quizá, por haber chocado yo duramente en más de una ocasión contra las cosas de la vida, no pueda algunas veces privarme de pensar; pero tengo poca confianza en los resultados prácticos.

El ruso reía burlonamente.

—Esa es—dijo—la diferencia entre el pesimismo alemán y el pesimismo ruso. Tan miserable encuentra el uno como el otro la organización del mundo; pero al tudesco le basta con pensarlo así; al ruso, no. El ruso llega al nihilismo, es decir, al pesimismo en acción, y no pregunta cuán brutalmente chocan las cosas en el espacio, y si lo pregunta, es para contestar á este choque brutal con otro más brutal todavía. Y créame usted, querida Eleonora, si hubiera usted nacido en Rusia, usted, precisamente usted, habría llegado á ser una nihilista *par excellence*.

CAPÍTULO V

Por poco simpático que Borikin le fuese á Eleonora, no podía sustraerse al influjo que sobre ella ejercía aquel hombre genial, y su frase de que para ser nihilista sólo le faltaba haber nacido en Rusia, dábala mucho en qué pensar. Envidiaba á su hermana, estudiante en Berlín. Si cultivaba el estudio con aprovechamiento (¿y cómo no suponerlo, si era tan lista como su hermano?), cuán digna de envidia debía ser su suer-

te. ¡Cuánto bueno y fecundo podía hacer! ¡Cuán libre su vida! ¡Con cuánta facilidad dejaría á un lado los prejuicios que atormentan la vida de una pobre muchacha! ¡Con cuán valerosa energía opondría al rudo choque de las cosas su voluntad fuerte!

Y en verdad que ella y su hermana habían tenido que sentir el rudo choque de las cosas. Su padre había sido ejecutado por complicidad en una conspiración. Su hermano mayor, joven aún, sólo por sospechas de complicidad, había sido enviado á Siberia, y falleció en el camino á consecuencia de malos tratamientos; su madre, por efecto de tener rudos golpes del destino, perdió la razón y murió loca. Después, un influyente amigo de su padre consiguió que los dos huérfanos fueran educados á costa del Estado. Con flexibilidad rusa decidieron aceptar aquel amargo pan, para devolver á su debido tiempo el latigazo con sangre.

¡Cuando ella comparaba todo esto con su idilio del palacio ducal, cuando cazaba mariposas por sus floridos senderos con el principito, ó en la calma conventual del Liceo, bajo la vigilancia de las buenas hermanas y de las alegres compañeras! Y después sus viajes por el mundo, huérfana, es verdad, pero en condiciones que parecerían dignas de envidia á mil otras.

Y, sin embargo, Borikin tenía razón al llamarla pesimista. Por muy alta que pudiese llevar la frente en sociedad, y por muchas felitaciones que su carácter la granjease, no dejaba de atormentarse y de confundirse, preguntando: ¿Qué cosa es este mundo, que hoy parece gobernado por un Dios y mañana por un demonio? ¿Y este género humano, en el cual distribuye la felicidad sus dones sin asomo de justicia ni razón? ¿En qué título de derecho se apoyaban las apropiaciones de los *upper ten thousand*? ¿Dónde estaba escrito que la gran masa debía estar por siempre condenada á la servidumbre y á contentarse con las migajas que caían de las exuberantes mesas de aquéllos? ¿Las exuberantes mesas á las cuales se había sentado ella tanto tiempo? ¡Con señores y señoras elegantes, entre los cuales

encontró tanto fatuo desalmado y tanta coqueta! Tanta mujer que engañaba sin pudor á su marido y tanto marido que engañaba sin pudor á su mujer. Y todo esto lo había visto considerar como cosa corriente, como algo natural é inevitable, como única recompensa de la vida.

Y sus últimas experiencias podrían hacer más llevadera la eterna separación á que estaban condenados ella y el hombre á quien amaba, porque el acaso hubiera dispuesto que los obstáculos que entre ellos se alzaban eran insuperables. Para él y para ella, los soñadores alemanes, ante los cuales se hubiera encogido de hombros burlonamente el nihilista ruso, que también quería tener derecho á ser su amigo ó á ser su camarada.

La traducción fué acabada en pocas noches y enviada á San Petersburgo. Ya en la tarde del día siguiente entregó Borikin á Eleonora una carta del director del periódico de Berlín, en que, tras expresiones muy lisonjeras, la ofrecía colaboración en el periódico y honorarios fabulosos, para lo que se acostumbra en Alemania.

—No he podido conseguir más de este hombre, á no haber empleado el revólver, y no sabía si esto le agradaría á usted—dijo Borikin.

Ocho días después entrególe una libranza, que le enviaba el corresponsal ruso, como honorario del trabajo, ya aceptado.

—A medias, como es natural—dijo Eleonora.

Borikin sonrió, y fijando después una de sus más penetrantes miradas sobre ella, contestó:

—No; estos servicios, prestados con tanto gusto, sólo nos los hacemos pagar los rusos de una manera, que indicaré á usted, si me permite usted hacer á su cuarto una visita de cinco minutos.

El viejo corazón anticuado de la consejera, en cuya presencia se hacía esta súplica, pareció estremecerse; pero luego, recordando *l'entente cordiale* que reinaba entre sus pupilos, con tanto énfasis alabada en los últimos tiempos, y que los hacía miembros de una sola familia, no pudo menos de mostrar su

agrado con un irreflexivo movimiento de cabeza. Eleonora no esperó, por cierto, esta señal para manifestar su aquiescencia con una inclinación.

Borikin volvió un cuarto de hora después, trayendo en la mano un paquete, cuidadosamente envuelto.

—Verá, señorita Eleonora—dijo, llamándola por primera vez por su nombre,—cómo el servicio que solicito de usted es mil veces más importante que el que yo la he prestado, y para este servicio se necesita de una persona en quien se tenga absoluta confianza. Si usted se resuelve á prestármelo, dígamele francamente. En este paquete está mi suerte y la de una docena de compañeros y compañeras mías, entre ellas la de mi hermana; y esta suerte es: Siberia, ó la muerte en el cadalso si estos papeles cayeran en manos de nuestros enemigos. Aquí, en Berlín, estoy un tanto seguro, pero no tanto que pueda ser descartada la probabilidad de que la policía llame á mi puerta una noche. En todo caso, tendría tiempo para pegarme un tiro, pero no para deshacerme de estos papeles. Usted, es otra cosa; usted tendría tiempo para arrojarlos á la chimenea. Con una cerilla, basta; está envuelto en un papel impregnado de una sustancia inflamable. ¿Cree usted poder hacer esto en favor de una cuadrilla de peligrosos conspiradores?

—Traiga usted—dijo Eleonora.

—Es usted la más noble y valerosa joven—exclamó Borikin, cogiendo su mano y llevándosela á los labios.

Eleonora guardó el paquete en su escritorio. Cuando se volvió, estaba él ante su pequeño caballete, ante el cual trabajaba en una de las acuarelas de Nordeney, que necesitaba algunos retoques.

—¿Es esto de usted?—dijo Borikin.

—Sí.

—¿Tiene usted más de esta clase?

—Todo un álbum atestado. Allí.

—¿Quiere usted...? Pero no. Han pasado los cinco minutos solicitados, y yo sé de un corazón á la vieja moda que se im-

pacientaría si permaneciese aquí mucho tiempo. Quiero hacerla á usted otra proposición. Confieme usted su álbum durante un par de horas. Ardo en curiosidad por conocerla á usted bajo un nuevo aspecto. Y de este arte entiendo un poco más que de literatura. Sabrá usted que mi desgraciado padre era un notable paisajista, y yo al principio pensaba serlo.

—Esto sería, en todo caso, un motivo para que yo no quisiese conocer su opinión.

—Mire usted. Una persona que no teme á la policía, no debe huir de la crítica, que, en efecto, también es una policía, pero que no castiga con cadalso ni con Siberia.

Borikin tomó el álbum, y salió riendo del cuarto, en cuya puerta encontró á la criada Augusta, que traía una carta para la señorita.

—La ha llevado á la cocina Federica, la criada del señor Wite. No espera contestación.

—Puede ser que sí—dijo Eleonora.—Espere usted un momento. Puede usted quedarse aquí.

¿Qué puede escribirme ese hombre?, dijo entre sí, abriendo el sobre. Probablemente una reclamación. Parece que no resultaban muy claros tres días de intereses.

Empezó á leer, y no dió crédito á sus ojos. Aquel hombre se había vuelto loco.

«Respetable señorita:

»Mi máxima en la vida ha sido siempre ésta: prudente, pero seguro. Con este principio he conseguido reunir una bonita redonda fortuna, pues además de esta casa, poseo otra en la calle Cösliner (núm. 5, grandes alquileres); otra en la de Diedenhofener (núm. 17, pequeña, pero muy productiva), y un gran solar, hasta ahora sin edificación, en Rixdorf. Y, como es natural, hubiera podido tener cien mujeres; pero, como digo, prudente y seguro es mi lema. Ahora permítame usted hacerla la siguiente pregunta: ¿quiere usted ser mi esposa? No tenga usted escrúpulos por su prima. Sé que desde hace quince años ó

más me está explotando, pero allá ella. Yo no la he hecho á usted en toda mi vida ningún préstamo. Pero me gusta usted. Tiene usted valor y sabe echar cuentas. Esto es para mí lo principal en las muchas cuestiones de la vida. No tiene usted fortuna, pero mis medios me permiten prescindir de esa circunstancia. Así, pues, reflexione usted unos días, y mándeme usted su contestación, en todo caso grata, por el correo. No me parece oportuno que se la entregue usted á la criada.

»Su S. S., q. b. s. m.,

TEODORO AUGUSTO WITTE

»P. D.—Perdone usted, respetable señorita, que la hable á usted de este modo; pero, claro y preciso es mi segunda máxima.»

Al principio, Eleonora estuvo á punto de encolerizarse; pero después, la ingenua desvergüenza del señor del gorro de terciopelo y de la pipa de espuma de mar le hizo reír, y en esta disposición de ánimo escribió á vuelapluma:

«Muy señor mío:

»Permítame usted que yo haga mía su segunda máxima. Doy á usted la enhorabuena por sus vastas propiedades, y no dudo que encontrará (no perdiendo de vista su primera máxima) una esposa que entienda más que yo de emisiones, cuentas, etc.

B. s. m.

ELEONORA RITTER»

—Creo que bastará, dijo entre sí, mientras cerraba la carta, que entregó á Augusta, que estaba en la puerta, con el recado de entregársela en seguida al señor Witte.

Augusta salió; Eleonora arrojóse en una silla, y dijo en voz alta, medio encolerizada, medio riendo:

—¡Dios mío! ¡Qué mundo es éste tan ridículo!

CAPITULO VI

A la hora del té, en que se reunían todos los miembros de la familia, llegóse Borikin á Eleonora con vehemencia, y la dijo llevándola aparte:

—¡Qué especial es usted! Posee un talento que la proporcionaría gloria, y lo oculta usted en un rincón hasta que la casualidad lo pone de manifiesto.

—¿Le han gustado á usted los dibujos?

—Gustarme no es la palabra propia. Estoy encantado, y os anuncio...

—Eleonora—dijo la consejera, que ya había ocupado el puesto de honor en la mesa al lado de la tetera:—en nuestra familia hay la hermosa costumbre, ya pasada de moda tal vez, de que sus miembros no tengan secretos entre sí.

—¿Puedo hablar de ello?—murmuró el ruso.

—¿Por qué no?—dijo Eleonora alto.

Reuniéronse á los demás alrededor de la mesa.

—¿Conque de qué se trata?—preguntó la consejera amigablemente, al ver que su pequeña reprimenda había producido el efecto apetecido.

—De lo siguiente—dijo Borikin:—esta tarde hice, con su permiso de usted, señora, una súplica á la señorita, súplica en que yo solo era mandatario de mi hermana en Zurich, y con tal ocasión hice un maravilloso descubrimiento.

Relató entonces cómo Eleonora había tenido la bondad de dejarle su álbum, que en su cuarto examinó atentamente, hoja por hoja, y encontró tanto bello y original, que ahora mismo no tenía palabras con qué alabarle.

—Pero, mi querido amigo—dijo la consejera con tono de superioridad,—hace mucho tiempo que no era un secreto para mí el talento pictórico de mi sobrina.

—Entonces hay que confesar—contestó el ruso con irónica sonrisa—que ha sabido usted guardar el secreto admirable-

mente, y si usted me permite la observación, no por cierto en favor del público.

—En el cual mi sobrina misma nunca ha pensado.

—Tanto peor, señora; aunque pudiera decir tanto mejor. Pues sólo en esa casta soledad se pueden hacer cosas tan hermosamente delicadas y llenas de sentimiento; cosas de arte puro y poesía.

—No tengo necesidad de demostrar lo que exagera el señor Borikin—dijo Eleonora riendo.—¿Quiere usted traer el álbum? Haremos que pase de mano en mano. Así nos divertiremos, aun cuando sea á costa mía.

—No sé por qué ha de tener el señor Borikin el privilegio de admirarla á usted—dijo D. Fernando acariciando su perilla.

El ruso arrojó una mirada sombría sobre el gallardo joven, pero no contestó; abandonó la habitación, y volvió con el álbum.

Las hojas dieron vuelta á la mesa. Eran, sin excepción, apuntes del natural á la acuarela, paisajes de todas especies, parques ingleses, campos escoceses, asuntos italianos, provenzales, egipcios y malteses, con algunos accesorios de personas y animales. Eleonora daba las explicaciones necesarias, haciendo un sucinto relato de la historia de cada hoja, tan pronto en serio como en broma, según hacía al caso. Había olvidado por primera vez su pasión, y el recuerdo de la curiosa proposición matrimonial de la tarde, que varias veces acudió á su imaginación, aumentaba su alegre estado de ánimo. La misma rivalidad de los tres huéspedes, por molesta que le hubiera sido en otras ocasiones, daba pasto á su buen humor. Era bastante cómico ver con qué hipócrita amabilidad se alargaban el uno al otro las hojas, que por cortesía no conservaban mucho tiempo en la mano; con qué ojos de aburrimiento miraba el chileno cuando el ruso se eternizaba en ingeniosas alabanzas sobre el magnífico color y el atrevido dibujo; y qué expresión de desdén se dibujaba en los labios de Borikin cuando el otro, en su chapurrado alemán, hacía bombástico elogio de la artis-

ta sobre un detalle insignificante. Mas inteligente era en todo caso el japonés, el cual no se cansaba de examinar con profunda atención un encantador paisaje, y nunca entregaba la hoja sin hacer á Eleonora una grave reverencia de homenaje.

Fué una noche muy divertida para Eleonora; y cuando Borikin la rogó insistentemente para que le dejara colocar un dibujo en un sitio digno de él, dió sin más su consentimiento.

Con lo cual estrecháronse sus relaciones con el oficioso caballero que la colmaba de solícitas atenciones. No era que viese en él un peligro. Al contrario, su corazón estaba acorazado. Cuanto más cerca de ella le sentía, menos peligros encontraba. Pero le debía ya muchas deferencias, á las cuales había que añadir ahora las honrosas discusiones que sus acuarelas, expuestas en la sala de señoras de la Exposición, habían suscitado, y que si no escritas, estaban inspiradas por él. Veía crecer de día en día su pasión hacia ella, pasión que no pasaba inadvertida para los demás. De día en día tornábase más sombría la expresión del chileno. No necesitaba ya esforzarse en componer el melancólico gesto que no sé qué desdichas de su patria le obligaban á mostrar habitualmente. De día en día parecían ser más tirantes las relaciones entre el señor Nakamura y su colega ruso, al principio excelentes; y Eleonora prefería ver sus negros ojos asiáticos, fijos siempre en ella con hipnótica perseverancia (á lo cual ya se había habituado), que observar la singular siniestra expresión con que miraban ahora harto á menudo á su antiguo amigo.

Por fin una noche, las dos criadas que dormían en la habitación inmediata á la del señor Borikin, fueron despertadas por un fuerte estrépito que provenía de la alcoba de éste. Corrieron allí, y vieron cómo el ruso levantaba del suelo al marqués y le llevaba á su cuarto, próximo al suyo, le echaba en la cama, y trataba de hacerle volver en sí, ordenando á las domésticas, en tono amenazador, que se volviesen á su cuarto y tuvieran buen cuidado de no decir nada á las señoras de lo que habían visto.

Orden que, como era de esperar, no cumplieron en modo alguno, pues les faltó tiempo á la mañana siguiente para enterar á la señora consejera del singular caso, añadiendo por su cuenta una porción de sospechosos detalles. Ambas afirmaban unánimemente haber visto relucir en el suelo de la alcoba del señor Borikin el truculento sable que habitualmente pendía, metido en su vaina adornada de piedras preciosas, sobre el lecho del marqués; y que la manga de la camisa del señor Borikin estaba desgarrada y dejaba escapar abundante sangre.

Por mucho que fuera el terror que este suceso, cuya verdadera índole adivinó en seguida, los candorosos esfuerzos de su tía consiguieron calmarla y hacerla desechar de su fantasía lo que de extraordinario creían haber visto en él las muchachas, con lo que la aventura no hubiera pasado de aquí. Pero el señor Nakamura, después de haber guardado cama dos días largos, anunció el tercero á la consejera, en una carta redactada en mediano inglés, su resolución de marcharse de la casa. Las razones no podía comunicarlas; pero aseguraba á la señora consejera que no tenían nada que ver con ninguna de las personas de su familia, que sin excepción (excepción subrayado) se habían conquistado todo su amor y estimación.

—Ahora puedo contarles á ustedes la verdad—dijo Borikin por la noche á la consejera y á Eleonora, á quienes había pedido una entrevista antes de la hora del té;—tanto más, cuanto que las muchachas han visto más de lo que al principio creía. La cosa es tan sencilla como lamentable. El señor Nakamura ha sido víctima de uno de esos ataques de locura tan frecuentes en su país, y que se manifiestan en forma de invencible furor homicida. Figúrense ustedes mi espanto cuando al sentir un estrépito en mi habitación (yo duermo siempre con un ojo sí y otro no y con luz encendida), despierto, y veo al desgraciado echando espuma por la boca y lanzando llamas por los ojos, sable en mano, y en actitud de caer sobre mí. En estos momentos, queridas señoras, el cerebro de un médico procede por hábito más de prisa que el de los demás hombres. Saltar del

lecho, sujetar al desdichado y tratar de arrancarle el arma, fué todo cosa de un instante. Afortunadamente, aventajo al pobre hombre en dimensiones corporales en una mitad. Pero vencer á un débil, poseído de un acceso de furor, no es fácil tarea, sobre todo cuando, como en este caso, esgrime un arma, en cuyo manejo los japoneses son consumadós maestros. Por fin conseguí, con un puñetazo inevitable, desviar un golpe que quizá hubiera sido mortal, y que sólo me rozó la parte superior del brazo. Cuado Nakamura, después de una hora durante la cual empleé toda clase de recursos heroicos, volvió en sí, quise traerle á la realidad; pero fué en vano. El desdichado había ya sufrido tales accesos, y como médico, no ignoraba que los volvería á sufrir de nuevo. Me lo confesó con lágrimas en los ojos. Traté de darle valor, de persuadirle que fuese á una casa de salud; pero en vano. Para los japoneses una enfermedad de esta especie es tan vergonzosa, que el que la padece y la descubre ó teme descubrirla, llega al suicidio ó á la fuga. En este caso, se decidió por esta última. No sé, señora, lo que la habrá escrito á usted. Lo que sí sé asegurarle es que para él no se trata sólo de huir de esta casa, sino de Berlín y de Europa. Hoy mismo sale para París, y en Marsella embarcará para el Japón. Yo mismo le he acompañado á la estación. Hace mucho tiempo que nada me ha impresionado tanto. Era un hombre de dotes poco comunes, en el cual todos los compañeros habíamos fundado las mayores esperanzas. Especialmente yo he perdido en él un querido amigo.

El ruso llevóse la mano á los ojos. Nunca le había parecido á Eleonora tan cumplido comediante. Pero la comedia no persuadió esta vez á la consejera, si bien fué lo bastante prudente para no dejar transparentar nada. Tampoco se franqueó con Eleonora; pero ésta leía demasiado claro en el corazón anticuado para no echar de ver que la tía había sospechado algo, gracias, más que á su perspicacia, á las inspiraciones de las criadas, que, según su costumbre, no se distinguieron por la discreción.

La situación en que estos sucesos colocaron á Eleonora fué bastante penosa. Todos eran testigos de que nada había de reprochable en su conducta para con el ruso, y aun la buena voluntad con que se había prestado á guardar un secreto de aquél nada tenía que no fuese correcto. Pero la tía había recibido un golpe bien rudo en su difícil lucha por la existencia con la pérdida de uno de sus pensionistas, y Eleonora había sido la causa ocasional, con su aparición entre aquella «familia», hasta entonces bien avenida.

Y por si no estaba bastante claro que aquel no era su puesto, unos días después la consejera recibió una carta del señor Witte en que la participaba, sin explicar el motivo, que necesitaba el cuarto para el primero de Abril. Tenía, es verdad, el derecho de prolongar el contrato hasta últimos de Septiembre; pero su máxima predilecta, era: Precavido, pero seguro.

El fin del mundo le hubiera trastornado menos á la buena señora que esta terrible noticia. ¡Después de treinta y cinco años! En aquel cuarto había muerto su buen Bucher; en aquel otro había estado expuesto su féretro, adornado de flores, en el cual había depositado el ministro una corona con la siguiente inscripción en letras doradas: «El Consejo á su inolvidable miembro»; en el tercero había nacido Ottilia, su querida Tila, su única hija; en el cuarto había comido toda su vida, en su sillón de mimbre, en verano entre ventanas sencillas, en invierno entre ventanas dobles, y para su hija y para los niños, huérfanos, y durante las dos campañas «para nuestros pobres valientes guerreros» cosido, bordado y hecho hilas. Todo esto no debía tener más valor que una efímera estancia en una habitación amueblada, cuya tapicería y mobiliario se olvida al trasponer su dintel. Todos estos caros recuerdos debían de ser borrados con ruda mano, como borra el niño con la esponja húmeda el cálculo mal hecho del encerado.

¿Cómo se había equivocado sobre el carácter de aquel hombre á quien tuvo tanto tiempo por una persona respetable, y que resultaba ahora ser un corazón metalizado de la peor es-

pecie? Mucho más dolorosa era otra cuestión, que sólo podía ventilarse con Tila, mientras las dos se miraban una á otra, bañadas en lágrimas. Después recordaba con Eleonora la frase de Posa en *Don Carlos*: «Las grandes almas sufren en silencio.» Mi Tila tiene un alma infantil, pero grande.

En cualesquiera circunstancias hubiera sido siempre desagradable ver y oír aquellas cosas. Pero entonces eran mucho más dolorosas. El señor Witte se había acordado, para dar aquel golpe, tanto de su primera como de su segunda máxima. Con la seguridad y franqueza del gran señor herido en su amor propio, se había espontaneado con la criada Augusta sobre los motivos de su conducta. Augusta recordaba el día y la hora en que había llevado la carta del señor Witte á Eleonora; Federica, que llevó diez minutos después la respuesta, describía con expresivos colores que primero se puso blanco de yeso y luego rojo de púrpura; se arrancó el gorro de la cabeza, arrojándolo con la pipa después al suelo, en donde ésta se hizo mil pedazos.

Así, pues, sintióse Eleonora responsable de la nueva desgracia, á pesar de que ni la tía ni Tila dijéronla una palabra. A esto agregóse una nueva inquietud en cuestión que la tocaba más de cerca.

Desde que Borikin se sintió libre de los negros ojos del japonés, depuso algún tanto la actitud de reserva y discreción que había observado con ella. Estimaba en tan poco al gallardo chileno, que no se tomó el trabajo de reprimirse en nada, en consideración á él; la consejera y Tila, á quienes hasta entonces había tratado con irónica cortesía, no parecían estar presentes para él. Eleonora se decía que esperaba la primera ocasión para declararse, y era hombre que, si se hacía esperar mucho, la provocaría de un modo ú otro. No dudó lo que debía hacer en tal caso. Por sinceramente que admirase sus altas dotes de ingenio, su energía de acero y su osada audacia, no había conseguido llegar á su corazón; aquella impresión del primer momento de que tenía ante sí un hombre de valer, á

quien faltaba todo lo que pudiera agradar á su alma y á sus sentidos, no había hecho sino fortalecerse, casi degenerando en verdadera antipatía. Así, pues, debía prepararse para una escena que parecía inevitable, y que hubiera tratado de evitar á cualquier precio.

CAPITULO VII

Asediada por tales pensamientos, salió un día, después de comer, á un encargo, y apenas había dado unos pasos, cuando tropezó con un criado, hombre de edad, con gafas azules, y que, dirigiéndose á ella, la preguntó sobre la dirección de una carta que llevaba en la mano, y cuyo sobre decía no saber descifrar. Debía ser allí, muy cerca; el señor que le dió la carta había dicho no sé qué del extremo de la calle de los Franceses.

El viejo le dió la carta; Eleonora se estremeció; la dirección, escrita con lápiz y manifiestamente con gran apresuramiento, era para ella, y la letra de mano de Borikin. Dominando su emoción, dijo al emisario, con perfecta apariencia de calma, que podía evitarse el trabajo de continuar sus pesquisas, pues la carta era para ella. Alegróse de ello, como de embolsarse la doble propina por su sencillo paseo. Eleonora se cercioró de que el hombre del gorro de terciopelo no estaba en el balcón y que nadie había reparado en su encuentro con el criado; dió unos pasos hasta la próxima casa, y rompió el sobre. Sólo contenía una tarjeta de Borikin, sobre la cual, escrita asimismo con lápiz, había una palabra: «¡Quemad!»

No la había engañado su presentimiento de que se trataba de algo extraordinario. Guardó el sobre y la tarjeta en su bolsillo, volvió sobre sus pasos, y dijo á Augusta que abriera la puerta del vestíbulo, que se le había olvidado algo. Cuando llegó á su cuarto, encerróse cuidadosamente, sacó el paquete de su escritorio, echólo en la chimenea con la tarjeta y el sobre, y prendió fuego á ambas cosas. La envoltura, impregnada de lo que la había hablado Borikin, hizo su servicio: en el mismo

instante ardió el paquete. Un minuto después, quedó reducido á cenizas. Felizmente, había en la chimenea, probablemente desde la anterior primavera, que había hecho días fríos, una capa bastante espesa de ceniza, lo cual estaba en contradicción con la proverbial limpieza de la tía. Una vez mezclada con ella las cenizas del paquete, era imposible conocer que allí se hubiera quemado papel alguno.

Cuando Eleonora se levantó de la chimenea temblaban sus rodillas, y al mirarse en el espejo vió que su rostro estaba pálido y demudado.—Todavía te falta mucho para nihilista—dijo á la imagen que proyectaba en el espejo.

Se sentía tan excitada, que se hubiese echado en el sofá; pero Augusta esperaba que volviese á salir, y su permanencia hubiera dado que sospechar. Púsose los guantes, y volvió á salir de la casa.

Era una suave y deliciosa tarde de fines de Agosto; las calles estaban llenas de gente. Eleonora lo veía todo como al través de un velo. Sus pensamientos conservaban aún la impresión del suceso. Uno se alzaba claro: Borikin había estimado en más de lo debido la relativa seguridad que gozaban en Berlín, ó quizá había descrito el peligro menor de lo que en realidad era, según su costumbre. En todo caso, la policía estaba sobre la pista, ó tal vez había ya dado con él. Eleonora temblaba al detenerse en esta última probabilidad. Sabía la suerte que le esperaba: ¡extradición á Rusia, y allí la muerte en el cadalso, ó la Siberia! ¡Su pobre hermana de Zurich! Le amaba ciertamente, veía en él el ideal del hombre y del patriota. ¿No tenía razón al creerlo así? ¿No lo era en el más alto sentido? Ella misma, ¿no hubiera delirado por él si fuera su hermano, en vez de perseguirla con un amor á que no podía corresponder? Pero, en fin, ya había pasado todo. Él no volvería, seguramente. El día anterior la había visto por última vez.

Sintió un gran alivio en su corazón. Su destino era tener que dar gracias al cielo cuando veía desaparecer de su lado á los hombres que la amaban, incluso aquél, único á quien había

amado ella. ¿Qué hacía su corazón allí en su pecho, condenado á no poder nunca calmar sus anhelos? ¿No era mejor que cesara de latir? ¡O que latiese sólo por la libertad, por la patria, por la humanidad, por algún ideal, ante cuyo resplandor desapareciese su pequeña y egoísta existencia como una nubecilla de estío en el éter!

Y luego despertaba estremecida de sus ensueños, cuando algún transeunte la miraba fijamente, y su respiración se suspendió cuando un policía se dirigió rápidamente á ella y la habló. Pero el buen hombre, sólo había tratado de evitar que la atropellase un coche que pasaba cerca de ella.

Era un cupé abierto con un magnífico tronco, en cuyo único asiento reconoció al rubio conde, su compañero de viaje. O creyó reconocerlo. El señor que ocupaba el cupé le pareció algunos años más viejo, y tenía un semblante pálido, trabajado por amarguras ó inquietudes. Pero, se había fijado bien; el bigote rubio, con las guías levantadas, la elegancia de su traje, el aspecto. Sí, era él, ya no le cabía duda, no se había fijado en ella, pues llevaba los ojos bajos. Le produjo triste efecto. En la afflictiva situación de ánimo en que se encontraba, hubiera cambiado con el bondadoso señor un saludo que le hubiera concedido muy gustoso. ¿Había estado todo aquel tiempo en Berlín ó en sus fincas? ¿Se habría reunido á su amigo? ¿Le habría hablado de su compañera de viaje? ¿Habría citado su nombre? ¿Habría venido Ulrico con él? ¿Le encontraría también ella como al conde? ¡Por cierto, que nunca había pensado en tal posibilidad; sólo se le ocurrió hoy, en que su excitado espíritu sólo veía cosas terribles! Pero ¿era cosa terrible encontrar á su amado? Sí, por cierto, y de las más terribles.

Hizo seña á un coche de alquiler, y se metió en él todo lo más escondida que pudo, hasta llegar á su casa.

Allí encontró á su tía y á Tila en gran excitación, á consecuencia de una carta recibida pocos minutos antes.

—¡El mundo está desquiciado—dijo la tía patéticamente;—lee!

La carta era de Borikin, como había supuesto Eleonora.

«Muy señora mía:

»Una operación exige la presencia del profesor W., en Danzig, y como quiera que considera necesaria mi asistencia, me veo obligado á salir de Berlín unos días. He tenido tiempo de escribir á usted estas líneas. Anunciaré convenientemente mi regreso por carta ó telegrama. Entretanto estoy á los pies de usted, como de las demás señoras. Mis más cariñosos recuerdos.

GREGORIO BORIKIN.»

—¿Qué dices á esto?—preguntó la tía.

—Que es una gran distinción para el señor Borikin—contestó Eleonora, dejando la carta en la mesa y sintiendo los latidos de su corazón ahogarla.

—Es verdad, una distinción muy grande—dijo la consejera sollozando,—pero precisamente hoy le había dispuesto su plato favorito, carpa y cerveza, puesto que no le podíamos poner su tan alabado esturgón. No tengo suerte ya con mis solicitudes para los pensionistas.

—Acuérdate del proverbio, que tanto te ha consolado otras veces—dijo Tila con los ojos en lágrimas:—Haz el bien y arrójalo al mar; el pez no te verá.

—¡Pero me verá el Señor!—exclamó la consejera elevando los ojos al techo de la habitación.—¡Ah, buena Tila, hija mía, eres demasiado buena! ¡Ah, créeme; nosotras con nuestros corazones anticuados no servimos para este mundo!

Tila sollozaba, la tía lloraba en silencio, Eleonora murmuró algo que podía ser una especie de consuelo, y se sentaron á la mesa, á la cual, aquel día, hasta el chileno faltaba por estar invitado en la embajada de su país.

Fué una triste cena. Finalmente, se metió en su cuarto, de donde no volvió á salir en todo el día. Puso el pretexto de haber vuelto con jaqueca de su paseo por la ciudad.

Y no era solamente pretexto, pues le dolía la cabeza, y un gran peso oprimía su corazón. Nunca hubiera creído que la suerte de un hombre que tan lejos de su corazón estaba, la conmoviese tan profundamente. ¿Habría escapado á sus perseguidores? Así lo esperaba. Indudablemente, había sido avisado por relaciones que en todas partes tenía, y no necesitaba más un hombre tan decidido, y que tan pocas veces se mostraba perplejo. Pero si le habían avisado también, seguramente le habían hecho traición. ¿Acaso fuera el traidor el mismo japonés á quien tantas confidencias había hecho? ¿Entonces era ella la causa de su desgracia? ¡La desgracia la perseguía, pues! ¿Dónde encontrar la paz en este mundo? ¡En sus brazos! ¡En su pecho! ¡Ah! ¡Apoyar un minuto la cabeza en su pecho, en silencio, completamente en silencio! ¡Y sentir cómo martillaban sus sienes y volvía á oprimirle un peso su corazón! ¡Y dormir así para nunca más despertar!

¡Dormir! ¡Dormir!

Pero el sueño no acudía, ni aun cuando á media noche se arrojó vestida en la cama. Sus pensamientos se agitaban cada vez más en desorden; las más terroríficas imágenes acudían á su mente. Unas veces era Borikin, á quien conducían preso, dando la mano á su hermana y cantando la Marsellesa; su hermana, mortalmente pálida, descalza y con una línea sangrienta alrededor del cuello, como Margarita en la noche de Santa Walpurgis. El pequeño japonés, con el sable desenvainado y gesto de envidia, danzaba á su alrededor. Después, el conde pálido, que descendía del cupé y caía á sus pies mirándola con gesto desolado, mientras D. Fernando contemplaba la escena riendo irónicamente y acariciando su perilla. Otras veces era su amado, acompañado de una mujer que volvía su rostro por no verla, y marchaban por el campo examinando la cosecha y seguidos de un tropel de chiquillos, que se empujaban los unos á los otros, cuando la bomba de incendios con antorchas y campana llegó al galope.

Eleonora sentóse en la cama sobresaltada, y escuchó. La

campana no había sido ilusión, la oyó distintamente. Y ahora sonaba de nuevo en la puerta de la calle!

Venían á buscar á Borikin.

Y por tercera vez sonó la campana, esta vez más fuerte, denotando impaciencia. En la casa se notaba agitación; oíase á la tía llamar con angustia desde su cuarto á Augusta, la cual al poco tiempo corrió á la puerta. Quitó la cadena, abrió la llave. Después se oyeron gritos ahogados de las muchachas. En seguida, pasos apresurados de hombres en el vestíbulo, que después resonaron delante de su cuarto por el estrecho corredor que, formando ángulo recto, partía del vestíbulo, y en el cual estaba situada la alcoba de Borikin.

—Indudablemente estaban informados de la disposición de la casa. Vienen tarde. Gracias á Dios—dijo Eleonora.

Se había vestido completamente cuando llamaron á su puerta.

—¡Abre, Eleonora, soy yo!

Era la consejera, en bata, que se abrochaba apresuradamente, y se cogía el pelo con la mano. Apenas hubo entrado en la habitación, cuando se arrojó en una silla, exclamando con voz sorda:

—¡Esto me matará!

—Pero ¿qué sucede tía?—dijo Eleonora.—Iba á acostarme, cuando oí la campana. Creí que era Alvarez que suele volver tarde; pero...

No pudo mentir más. La tía se había levantado, y erraba por el cuarto, con las manos levantadas, exclamando:

—Antes hubiera creído que el cielo se hundía, que suponer que ese hombre, tan trabajador, de tanto porvenir, era un traidor, un traidor á su patria, un nihilista. Le he dicho al comisario que ha partido con el profesor Waldeyer á Danzig para hacer una operación; el hombre me ha mirado y se ha reído. ¡La policía lo sabe todo! ¿Y por quién? Eleonora, ¿á que no lo adivinas? Por el marqués, por Nakamura, en el cual veía Borikin un fiel amigo, y que le ha denunciado desde París. ¡Estas cosas en mi familia! ¡No podré soportarlo!

—Es indudablemente inocente—dijo Eleonora.

—Así lo creía yo—gimió la consejera;—pero ya no lo creo, ya no tengo fe en la humanidad.

En aquel momento entró Tila, con los labios temblorosos y la punta de su larga y afilada nariz blanca como el yeso, con el pelo recogido en innumerables papillotes. Abrazó á Eleonora sollozando, y echóse después en brazos de su madre, que se había vuelto á sentar en la silla del otro lado de la puerta.

Llamaron de nuevo. Esta vez era Augusta. La consejera debía salir, el señor comisario deseaba hablar con ella.

—¡Moriré contigo, mamáita!—exclamó Tila, levantándose de la silla.

—¡No, hija mía; basta con una víctima!—dijo la consejera, levantando la mano derecha y saliendo del cuarto.

Otra vez volvió Augusta. El señor comisario quería hablar con las dos señoritas.

Eleonora cogió á Tila, que temblaba con todos sus miembros, del brazo, y la condujo al comedor, donde un policía estaba sentado á la mesa de comer, cuyo tapete estaba levantado á medias, en la que se veían papel, tinta y plumas. Á su lado había otro funcionario de pie, que saludó á las damas con una inclinación y las rogó tomasen asiento, empezando después el interrogatorio.

Por fortuna, no duró mucho tiempo, y se contrajo esencialmente al nombre de las damas y á saber si el señor Borikin les había hecho confidencias políticas de alguna especie ó había citado nombres de amigos ó conocidos con los cuales estuviese en relación íntima; cuándo y dónde le habían visto por última vez, y si durante el día habían recibido de él alguna carta.

Aquí aportó la consejera la carta recibida aquella tarde, la cual examinó atentamente el comisario é incluyó en el atestado.

—Bien, dijo éste.—Y ahora, respetable señora, por doloroso que me sea, y por persuadido que esté como hombre de que ninguna de ustedes se halla complicada en este asunto, el caso es de la mayor importancia, y tenemos el deber de auxiliar á

una nación amiga que estaba amenazada en sus más altos jefes... En una palabra, y por mucho que yo lo lamente, me veo obligado á practicar un registro.

En aquel momento Tila desmayóse, después de un profundo gemido, y su mamá y Augusta tuvieron que llevarla á su cuarto.

El comisario volvióse á Eleonora:

—Veo, señorita, que usted es la única que conserva su presencia de ánimo. Ruego á usted que me ayude en este enojoso asunto, proporcionándome las llaves del escritorio y demás muebles de las señoras, y sirviéndome de guía. En el cuarto del Sr. Alvarez ya he estado; el joven no se encontraba en situación de darse cuenta de ello—dijo el comisario con un asomo de sonrisa.

Eleonora declaróse dispuesta, y el registro comenzó. Quizá por reinar la persuasión de que la cosa había de ser inútil y sólo una mera formalidad, ó por el dulce influjo que de Eleonora emanaba, su cortesía aumentaba á cada habitación que reconocían, y llegó á su colmo cuando llegaron á la puerta que ella indicó como de su habitación.

—Señorita—dijo,—usted ve á qué actos de barbarie me obliga mi oficio. Pero todo tiene sus límites, aun los más rudos deberes. Pasaría estos límites si no respetara el dintel de esta puerta.

Retrocedió, haciendo una reverencia. Un minuto después habían abandonado la casa él y su séquito.

CAPÍTULO VIII

Transcurrieron ocho días. Tila guardaba aún cama á causa de la excitación nerviosa en que la espantosa noche y los acontecimientos de los días precedentes la habían sumido. El viejo médico, visita de la casa desde toda una generación, iba todas las mañanas y prescribía absoluto reposo, un vino medicinal y coñac. La consejera sólo abandonaba la alcoba de su hija

para presidir la mesa, correctamente vestida y luciendo la larga cadena de oro, herencia de su «buen Bucher», sobre su anticuado corazón, recordando cada día más á la llorosa Hécuba. Cuando se le preguntaba por el estado de Tila, contestaba con un doloroso encogimiento de hombros, y en caso de que se la apremiase, con un «¿Qué sé yo? No se queja la heroica criatura. Las grandes almas sufren en silencio». El orgullo español de D. Fernando sufría ante la idea de haber sido sorprendido la noche de marras en un estado lamentable. Estaba muy melancólico; no dejaba en paz un momento su perilla; lamentábase más que nunca de las desgracias de su patria, que á lo que parecía se encontraba ante una de aquellas catástrofes en que se necesitaba echar mano de todos sus patriotas. Con Eleonora afectaba una cortesía caballeresca, pero glacial. Con Augusta, á quien honraba con su confianza, habló de cierta cueva de leones, á la cual se iba por muchos senderos, de que no se salía nunca. La cocinera Brígida, una austriaca flemática, pero de extensa fantasía, declaraba que el gato chileno se había enamorado perdidamente de la señorita Eleonora, justamente como el mono japonés y el oso ruso.

Eleonora podía disponer de todo su tiempo. Hubiera podido, en el silencio de su cuarto, escribir y pintar á su gusto; pero no cogía ni la pluma ni el pincel. ¿Por qué? El trabajo no guardaba para ella en aquel estado de ánimo ningún encanto, y después de todo, no conducía á nada práctico. Sus acuarelas habían vuelto de la Exposición; á pesar de las calurosas alabanzas que se hizo de ellas, no encontraron comprador. Envió al redactor del periódico, que con tanto elogio admitió la primera, una segunda serie de artículos más larga, que dicho señor devolvió con una breve carta, en que se lamentaba de no poder publicarla. La ilustrada señorita debía comprender que no era posible atracar á los lectores de *Englihs-High-Life-Notes*. Pero en la nueva serie había tratado de describir sus impresiones del viaje á Egipto con una detallada descripción del valle del Nilo y de sus habitantes; por tanto, el redactor

demostraba no haber pasado la vista por el manuscrito. Esto no hubiera sucedido de haber estado aún el ruso al lado de Eleonora.

Tenía ahora en sus manos una carta suya, recibida por el correo interior, con nombre escrito de mano ajena, y que leía por segunda vez.

«Mi cara señorita:

»Estas líneas llegarán unos días más tarde, por mediación de un fiel amigo mío berlinés, pues una carta directa de Zurich á un «miembro de la familia» por la oveja descarriada, hubiera sido peligrosa. Esto por de pronto. Y como además estoy completamente persuadido que ciertos papeles por los cuales la policía hubiera dado un millón, habrán sido convertidos en humo, he emprendido mi fuga bastante aventurera con buen humor, y con buen humor pienso acabarla. La confiscación de mi pobre ajuar se ha reducido á poco más de un instrumento de cirugía. Procedían de Bodkin, el cirujano de la emperatriz, del cual era yo discípulo predilecto, y que á menudo, medio en serio, medio en broma, me llamaba su sucesor. ¡Qué lástima! ¡Hubiera hecho yo tan buen cirujano imperial! ¡El mundo no se hubiera ocupado de otra cosa!

»Qué tiempo permaneceré aquí, ó mejor dicho, podré permanecer, depende de mil circunstancias que escapan á mi cálculo (véase Mr. Mikawber, en el *Dawid Copperfield*, de Dickens, que usted me dió á leer). Si usted me hace el honor de contestarme (y soy bastante atrevido para esperarlo), le ruego no me escriba á mi nombre, sino al más modesto aún, del zapatero Alois Henzi.

»Y ahora debía, en realidad, cerrar esta carta; pero no se hace siempre lo que se debe hacer. Si se hiciera, D. Fernando dejaría en paz su perilla; el señor Nakamura suprimiría sus visitas nocturnas sable en mano á sus amigos vecinos de alcohola, y no los entregaría á los gendarmes; la señora consejera no hablaría tan á menudo de su anticuado corazón, y Tila ti-

raría sus andadores. Perdóneme usted, en vista de estos ilustres ejemplos, si caigo en la tentación de hacer algo que no debo. Pues ha de saber usted que la amo, la adoro, y aquí ponga usted la expresión alemana que sirva para pintar la más ardiente pasión. Pues usted no merece menos; usted, cuya alteza de espíritu y grandeza de carácter ni siquiera son superadas por el encanto de su presencia y la gracia de su figura. Y esto quiere decir algo para todo el que ha gozado el inefable placer de estar á su lado, aun cuando para usted, en su orgullosa modestia, sólo sean palabras. Sí, reina de las mujeres, no puedes sospechar cuán hermosa y admirable eres. ¡Cuán dulce tu mirada! ¡Cuán encantadora tu sonrisa! ¡Cómo se parecen tus movimientos á los de una flor mecida por un viento estival sobre el esbelto tallo! No puedes sospechar cuánto he tenido que dominarme para no caer de rodillas ante ti y exclamar: «Soy tu esclavo; haz de mí lo que quieras.»

»Tu esclavo, hermosa, la más hermosa de las mujeres, y tu señor. No, no frunzas colérica las cejas. No muevas con burla tus labios. Cuando Gregorio Borikin es esclavo, es también señor. Esto no lo comprendes hoy, y me aborreces en este momento; pero mi hora llegará. ¿Cuándo? Voy á decírtelo: cuando reconozcas que sólo puedes amar á un HOMBRE, y cuando reconozcas que los que ante ti languidecen no son hombres. Haz la prueba. Aquel que te ama y que se detiene ante ti por cualquier obstáculo, sea el que sea y lleve el nombre que lleve, aunque sea el más digno de todos, no es un hombre. El que se acerca á ti y tú le dices: «no te quiero», y no te coge en sus brazos y huye contigo como los romanos con las sabinas, no es un hombre. Felizmente, los hombres como yo los comprendo son raros, así como también mujeres como las que yo sueño. Pero este hombre y esa mujer son el uno para el otro, y se buscarán hasta que se encuentren.

»Que nosotros nos buscaremos y nos encontraremos. De esto estoy tan seguro como de que respiro.

»Y ahora, respetable señorita, adiós por hoy. Mi Vera,

que ya la ama á usted idolátricamente, envía á usted un beso fraternal. Yo me inclino ante usted con tanto respeto, que el mismo corazón anticuado quedaría contento, y soy ante todo su esclavo.

GREGORIO BORIKIN.»

»P. D.—La ruego que quemé usted esta carta al punto, así como todas cuantas le escriba á usted.»

Eleonora sentóse al borde del pequeño sofá, con el codo apoyado en la rodilla, con la carta en la mano derecha, pensativa y triste.—¡Qué bien me conoce! «Orgullosa y modesta.» Pero menos modesta que orgullosa. El que te ama y se deja vencer por cualquier obstáculo.—Ahora bien: ella misma, había dicho á Ulrico, que el obstáculo era invencible. Y él decía: no hay obstáculo alguno invencible para el que ama y es un hombre. ¿No tenía razón? Y si la tenía él, y la amaba, y era un hombre, como se jactaba de serlo, ¿no acabaría por salir vencedor? Y llegaría la hora de hacer valer sus derechos de vencedor sobre el otro que se dejaba vencer por el obstáculo; y al rehusar su amor, ¿no la amaba de veras ni era un hombre?

Estremecióse, dejó caer la carta, y se pasó la mano por la frente.

—¡Bah!—dijo.—Te diviertes en evocar espectros en pleno día; te asombras de que el miedo se apodere de tu corazón. Antes tomabas estas cosas más á la ligera. Ya es tiempo de que sacudas lejos de ti estos sentimentalismos cursis.

Levantóse y quemó la carta, según pedía su autor, después de haber apuntado las señas en su libro de notas. Después sacó de él un recorte de periódico del *Kreuzzeitung* del día anterior.

«Una señora de posición desea, como ama de gobierno para sí y señorita de compañía para sus dos hijas mayores, una joven cristiana de buena familia que haya servido en casas distinguidas. Se desea con preferencia que sea bien parecida; no es preciso que tenga conocimientos musicales; conocerá len-

guas vivas; sobre todo, el inglés, obligatorio. Mas detalles de palabra.»

Luego la calle y el número, y las horas de dos á cuatro.

—Si con esto resolviese el problema... Es, bien mirado, muy triste; ¿pero qué otra cosa me queda?

Miró al reloj.

Aun faltaba una hora. Una eternidad, durante la cual podía llegar un ángel salvador.

Estremecióse vivamente al sentir llamar á la puerta. Era Augusta, con una tarjeta: arriba, la corona de nueve puntas; abajo, el conde Guido Bendelin.

—¿Qué le digo al señor?—preguntó Augusta á Eleonora, que miraba la tarjeta sin responder.

—¿Ha preguntado este caballero por mí?

—Primero, preguntó por la señora consejera; pero le contesté que no se encontraba en estado de recibir visitas. Entonces preguntó por usted, señorita.

—Dígale que pase á la sala y que tome asiento. Salgo en seguida.

Eleonora miró de nuevo la tarjeta

—Es singular—murmuró.

(Continuará.)

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

TALLEYRAND Y LA GUERRA DE ESPAÑA

(Del *Journal des Débats*.)

Si para saber cómo juzgó Talleyrand la desastrosa guerra de España, abris sus Memorias, hallaréis las afirmaciones siguientes: «El emperador me había hablado varias veces de su proyecto de apoderarse de España. Combatí este proyecto con todas mis fuerzas, exponiendo la inmoralidad y los peligros de una empresa tal.» A lo sumo, Talleyrand admitía la ocupación de Cataluña hasta la conclusión de la paz con Inglaterra. Y se atrevía á decir que el tratado de Fontainebleau de 27 de Octubre de 1807, fué, sin que él lo aprobara, negociado secretamente y firmado por Duroc é Izquierdo (1). Cuando Fernando VII hubo renunciado por fuerza á la corona, y que él y su hermano Don Carlos fueron internados á Valençay, Talleyrand pretende haber dicho á Napoleón que se jactaba de su triunfo: «Que un hombre de mundo haga locuras, que tenga queridas, que se conduzca mal con su mujer, que cometa las mayores faltas con sus amigos, le censurarán sin duda; pero si es rico, poderoso, hábil, podrá encontrar aún la indulgencia de la sociedad. Que ese hombre haga trampas en el juego, é inmediatamente es expulsado de la buena sociedad, que no le perdonará nunca.» Talleyrand afirma que el emperador, al oír tales

(1) *Mémoires*, t. I, págs. 328, 329.

palabras, palideció, quedó confuso, y no le volvió á hablar durante el día. Pero desde entonces no pronunció el nombre de España, el de Valençay ó el de Talleyrand sin añadir algún epíteto injurioso (1).

Estas afirmaciones, tan poco verdaderas como las anteriores, fueron emitidas mucho tiempo después de la caída del Imperio. Jamás Talleyrand se hubiera atrevido delante de Napoleón á compararle con un jugador tramposo; él, que á las palabras más violentas y á los gestos más ofensivos del emperador, oponía un labio sonriente y un dócil espinazo. Pero lo que demuestra perentoriamente la falsedad del cortesano, son los auténticos documentos, á los que vamos á recurrir.

M. Geoffroy de Grandmaison, quien, después de trabajos históricos muy estimados, acaba de empezar una grande y hermosa historia de la guerra de España (2), la cual nunca sería bastante alabada—porque reúne las cualidades que se debe pedir á una obra de historia, la seguridad y el valor de las fuentes, la imparcialidad, la precisión y la alteza de miras.—M. Geoffroy de Grandmaison prueba, entre otros hechos importantes, que Talleyrand había aconsejado ocupar todo el país del Norte hasta el Ebro y asegurarse el reverso de los Pirineos. Establece netamente que los proyectos de anexión y de conquista no empezaron á nacer en el espíritu de Napoleón hasta fines de 1806, bajo la inspiración del mismo Talleyrand, «que concienzudamente desempeñó su papel de apuntador, con el libro de la historia en mano: *Plus de Pyrénées!*» Las cartas de Talleyrand á Napoleón en 1808, aprobando en todas la política imperial en España, y que M. de Grandmaison ha publicado en la *Revue historique*, demuestran, por lo demás, como dijo el canciller Pasquier, que las leyó en 1829, «que no solamente no hubo entonces por parte de Talleyrand ni la sombra

(1) *Mémoires*, págs. 384, 385.

(2) *L'Espagne et Napoleon, 1804-1809*.—Librairie Pion. Un vol. in 8 avec por traits.

de una objeción contra el sistema que Napoleón había adoptado, sino que, por el contrario, aprobó plenamente este sistema.»

Nosotros mismos nos hemos basado, hace ya mucho tiempo, en las afirmaciones del canciller Pasquier, del duque de Gaeta y de M. de Thiers, para rebatir un juicio de Villemain, muy favorable para Talleyrand, y en el que le defendía con insistencia de haber sido el instrumento de la política que produjo la guerra de España. Al día siguiente de la publicación del tomo X de la *Histoire du Consulat et de l'Empire*, Villemain, solicitado por M. de Bacourt y Mad. de Dino, lamentó que M. Thiers no tuviese para el recuerdo de Talleyrand algo de la predilección ó más bien de la justicia que Talleyrand tuvo para el porvenir de M. Thiers. Recordaba—y hemos descubierto esta asombrosa afirmación en un largo estudio inédito en forma de juicio sobre la política del antiguo ministro y chambelán del Imperio, inserto en las Memorias mismas de Talleyrand, estudio que, no sabemos cómo, se escapó á sus propios editores—que el príncipe de Benavente había declarado á Napoleón que podía desprender de la Monarquía española la parte vasca, y apropiársela por entero para siempre. Esto se lo había oído Villemain al mismo Talleyrand... ¿Pero esto era cierto? Pues bien, ¡no!

Tomad, en efecto, las cartas originales de Talleyrand á Napoleón, que se encuentran en los Archivos nacionales (cartón A. F. IV 1680), y veréis que el mismo Talleyrand negociaba el tratado de Fontainebleau, con tales exigencias, que Izquierdo, espantado, le decía: «¿Queréis, pues, que seamos vasallos de Francia?» Veréis que al lado de las más bajas adulaciones para la persona de Napoleón, escribía: «De cualquier lado que vuestra majestad manifieste su voluntad, el resultado debe ser igualmente infalible.—Los asuntos de España atraen á todo el mundo y no agitan á nadie. Se espera con interés y confianza, como si se asistiera á una primera representación. Los intereses más íntimos y más personales de cada cual apa-

recen confundidos en los de vuestro poder, de vuestro sistema y de vuestra gloria.—Todo el mundo aquí admira la marcha que los acontecimientos han tomado naturalmente; marcha tan feliz, que era imposible esperar más.—El vulgo mismo se muestra bien persuadido de que ni quien se ha dejado arrojar del trono (Fernando VII), ni quien ha intentado sentarse en él (el príncipe de Asturias), pueden ya pretender volver á subir y que han quedado excluidos, el uno por su debilidad, el otro por su indolencia.—Á vuestra majestad no le desagradará saber que la manera cómo juzga el carácter del rey, de la reina de España, del príncipe de Asturias y del príncipe de la Paz, está de acuerdo con la opinión general, y ha hecho que todos los espíritus se dispongan para su futuro destino.—Vuestra majestad se dignará permitirme que le felicite por los asuntos de España, que están, en cuanto al fondo, completamente terminados, y lo están en Bayona, como tan vivamente lo deseaba.—He visto á una gran parte de los miembros del cuerpo diplomático, y les he dicho lo que vuestra majestad me había prescrito decirles. Los acontecimientos de Bayona han excitado la admiración. No hay, en este punto, sino un solo sentimiento.»

¡Compárense estas cartas, escritas en los momentos mismos, con el texto de las Memorias tan desaprobadoras, pero escritas mucho tiempo después, y júzguese!

El mismo hombre, en los momentos en que declara que «París se encuentra en el estado de frialdad y de languidez que experimenta siempre que está privado de la presencia de su majestad; que parece que cada cual pierde algo de su seguridad á medida que su majestad se aleja; que si, entre todos los pueblos, solamente los franceses han tenido la gloria de tener un monarca tan grande, son también los más dignos de ello», el mismo que suplica al Emperador que cuide de su salud y de su vida, que son preciosas para todos sus súbditos, conspira contra él con Fouché y con Rusia y Austria, haciendo traición á los secretos de su soberano, poniendo trabas á su política, sus-

citándole emboscadas y obstáculos inesperados. Esto es lo que Villemain, con extraordinaria complacencia, llamaba «renovar el espíritu de oposición y suscitar contra la omnipotencia del Imperio la omnipotencia de la opinión pública». Engañando al emperador con sus hipócritas demostraciones, Talleyrand logrará asistir á la conferencia de Erfurt, y allí aprovechará las confidencias de Napoleón para informar en secreto á Alejandro sobre la manera más segura de burlar la política imperial; después, como precio de su traición, se hará dar para su sobrino Edmont de Perigard la mano de una de las más ricas herederas de Europa, la princesa Dorotea de Courlandia, la futura duquesa de Dino. La observación de Napoleón en Santa Elena era, pues, muy justa: «M. de Talleyrand estaba siempre en estado de traición, pero era de complicidad con la fortuna.»

El emperador apreciaba bien la inteligencia sagaz de Talleyrand, pero despreciaba su carácter vil. Testimonió este desprecio de la manera más altiva cuando le impuso, en Valençay, el papel de vigilante y divertidor de los príncipes españoles. Después de haberle ordenado que proporcionase á los príncipes ropa de cama, mantelería, batería de cocina y criados, le escribía el 9 de Mayo de 1808: «Si tenéis en Valençay un teatro, no estará mal que llevéis algunos cómicos. Podríais llamar á Mad. de Talleyrand, con cuatro ó cinco mujeres. Si el príncipe de Asturias se enamorase de alguna bonita mujer, y ésta fuera de confianza, la cosa no ofrecería ningún inconveniente, puesto que se tendría un medio más de vigilarle... En cuanto á vuestra misión, es bastante honrosa. Recibir á tres ilustres personajes para divertirlos, entra por completo en el carácter de la nación y en el de vuestro rango.» El dócil cortesano aceptó sin pestañear este singular cumplimiento, y se apresuró á contestar: «Mad. de Talleyrand ha salido ayer noche, para dar las primeras órdenes en Valençay. El castillo está abundantemente provisto de cocineros, de vajilla, de mantelería de toda especie. Los príncipes disfrutarán en él de todos los placeres que puede permitirles lo ingrato de la esta-

ción. Les daré misa diaria, un parque para pasearse, un bosque muy bien cuidado, pero en el que hay poca caza, caballos, comidas y música. No hay teatro, y además, sería más difícil encontrar actores. Habrá también bastantes mujeres, para que los príncipes puedan bailar, si esto les divierte.» El vice-gran elector toma en serio su lucido papel. Se le ve dando órdenes al guardia Aubry, para que enseñe á los príncipes á tirar; al picador Foucault, para enseñarles la equitación; al bibliotecario Fercoc, para mostrarles estampas; al cocinero Boucher, para servirles malos guisos españoles. Hace del terrado del castillo una sala de baile, y cuida de poner guitarras en todos los rincones del jardín. Termina la jornada con el rezo público, al que asiste piadosamente con los personajes del castillo, y hasta con los gendarmes que, por recomendación de él, vigilan á los príncipes «sin manifestarlo demasiado». Este alarde religioso era todas las noches para el exobispo, que había aprobado el destierro y la prisión de los príncipes, un momento enternecedor, «¡porque los grandes infortunios—decía—hacen la fe más viva y el alma más sensible!»

Cuando Napoleón haya franqueado los montes, para restablecer en España la situación de sus tropas comprometidas—lo que M. de Grandmaison refiere con mucha brillantez y rigor,—Talleyrand tratará de vengarse de las humillaciones que pareció tomar por favores. Irá por todas partes con Fouché, desacreditando la empresa que aconsejó, emitiendo los más siniestros presentimientos, y hasta prediciendo la pérdida del soberano. «Le veo á él y á su amigo Fouché, escribe entonces Metternich, muy decidido á aprovecharse de la ocasión, si esta ocasión se presenta, pero sin tener el valor de provocarla.» Metternich le compara con un pasajero que quisiera apoderarse del timón manejado por un piloto temerario, pero que espera á que el piloto sea arrojado por la tempestad á los escollos.

Napoleón será quien desencadene la tempestad contra su detractor. Enterado en España de tales manejos y perfidias,

acude. El sábado 28 de Enero de 1809, en la sala del trono, delante de Mollien, Gaudin, Cambaceres, Decrés y Lebrun, dirígese á Talleyrand, y rozándole el pálido y descarado rostro con una mano amenazadora, exclama: «¡Sois un ladrón, un cobarde, un hombre sin fe! No creéis en Dios; en toda vuestra vida estáis faltando á todos vuestros deberes. Habéis engañado, habéis hecho traición á todo el mundo. Nada os es sagrado. Venderíais á vuestro padre. Os he colmado de bienes, y no hay nada de lo que no seáis capaz contra mí. Así, desde hace seis meses tenéis el descaro, porque se os antoja suponer que mis asuntos van mal en España, de decir á quien quiera oirlo, que siempre habéis censurado una empresa en ese reino, cuando sois quien me hicisteis concebir la idea, impulsándome incesantemente á ello... Y ese hombre, ese desdichado (el duque de Enghien), ¿por quién supo el lugar de su residencia? ¿Quién me excitó contra él? ¿Cuáles son, pues, vuestros proyectos? ¿Qué queréis? ¿Qué esperáis? ¡Atreveos á decirlo! Mereceríais que os triturase. Puedo hacerlo, pero os desprecio demasiado para tomarme ese trabajo.» Napoleón hizo mal. Hubiera debido triturar al traidor, y no contentarse con haberle desenmascarado y recriminado delante de todos. Pero Talleyrand, que había murmurado al oído de Decrés al salir de la sala del trono: «¡Qué lástima que tan gran hombre haya sido tan mal educado!», volvió al día siguiente á las Tullerías, humilde, deferente, prosternado, hasta que el amo le permitió alzarse y le mantuvo en su puesto de vice-gran elector, pero ordenándole que entregase su llave de gran chambelán (á M. de Montesquieu).

Tres meses después, el mismo Talleyrand felicitaba á Napoleón por sus éxitos en Austria, y le escribía á propósito de la ligera herida recibida en Ratisbona: «Tengo la seguridad de que, cuando á pesar de todos los esfuerzos que con razón se hacen para ocultarla, se haga pública la dolorosa noticia, todos los corazones quedarán acongojados, y no vacilo en añadir que la impresión llegará hasta debilitar el reconocimiento y la

admiración de que vuestros súbditos están penetrados. Vuestra gloria, señor, constituye nuestro orgullo, pero vuestra vida constituye nuestra existencia.»

¡He aquí con qué exquisitez se conducía quien, delante de los ministros, había sufrido la más vergonzosa, la más justa afrenta! Ciertos espíritus indulgentes llaman política á esto. Pero, así como decía Metternich: «No se pueda separar en M. de Talleyrand el hombre moral del hombre político. No hubiera sido, no sería lo que es, si fuese moral.»

HENRI WELSCHINGER

CRÓNICA LITERARIA

La Sirena negra, novela por Emilia Pardo Bazán.

Entre las novelas publicadas en lo que va de año, *La Sirena negra*; de la señora Pardo Bazán, es de las de más grata lectura y de las más propias para cautivar al lector curioso de las cosas del espíritu. En otras publicaciones he examinado algunos aspectos de este libro; pero aún queda materia en él para que pueda dedicarle la presente crónica.

La Sirena negra es la muerte. Es una sirena cuyos cantos atraen á pocos, inspiran horror á casi todos cuantos los oyen, y pasan lejanos y desoídos para la multitud que vive descuidada, sin pensar en el inexorable fin de las existencias individuales. Por eso es singular y extraordinario el protagonista de la novela de la condesa de Pardo Bazán. La inquietud de la muerte ocupa poco lugar entre las inquietudes contemporáneas. Vivimos, si no en una época feliz, en una época hedonista, ansiosa de felicidad y de deleite, y en esta vida rápida, sensual, consagrada al culto de la vida, de la riqueza, del bienestar material, la mayoría de los hombres no ven cruzar el pálido fantasma de la muerte, ni oyen sus gemebundos cantos. Como el guardián del umbral, el monstruo del mundo oculto, el terror hecho aparición, de la novela *Zanoni*, de Bulwer Lytton, que dejaba de presentarse en las crisis de sensualismo del personaje poseso, así la muerte no se presenta en los espíritus, en nuestra civilización materializada y voluptuosa. Llega callada cuando suena la hora de sus obras; mas su ima-

gen parece andar huída del bullicio y el movimiento de unas costumbres y una cultura que representan la afirmación intensa de la voluntad de vivir. La idea de la muerte esparce su grave sombra en las épocas de quietud y de contemplación, propicias á la soledad y al ensimismamiento, en las cuales se oyen las voces secretas de lo subconsciente.

Esta idea de la muerte ha ejercido una inmensa influencia en el progreso espiritual humano. Sin ella hubiera sido otro el curso de la civilización. Las religiones y las metafísicas hubieran sido plantas raquíticas sin ese aviso del fin de las existencias individuales, que plantea el problema del más allá de la vida terrena. Si el hombre ignorase la muerte, gran parte de lo mejor y más sublime que ha creado el espíritu humano no existiría. Agradecemos á esta sombría sirena la estela de luz que ha dejado en los espíritus, la vegetación de poesía que ha hecho crecer en las almas. Y no la culpemos demasiado de que entenebrece y hace tétrica la vida. Está poco presente en las almas. Sólo anida en algunos espíritus superiores. La inmensa mayoría de los hombres, aunque saben que han de morir, no tienen presente ese pensamiento, y obran como si su vida fuera ilimitada. Lo que hay en el hombre de naturaleza animal, de sentimiento intenso de la vida, de imperio y dominación del presente, se sobrepone al enigma del mañana. Así, por esta previsión de la Naturaleza, la vida sigue su curso, confiada y activa, y las multitudes no caen en el quietismo místico, que es el lote de unos pocos.

La idea capital en torno á la cual gira la novela de la señora Pardo Bazán, es una idea noble, de honda raigambre metafísica que eleva la acción sobre la vulgaridad ordinaria de los sucesos humanos. El pensamiento de la muerte modera y depura nuestros apetitos; eleva al hombre sobre el nivel animal, y al imbuirle el convencimiento de la vanidad y brevedad de la vida, le prepara para apetecer menos sus bienes, convenciéndole de que son fugaz ilusión de una hora. Esto da un sello de distinción espiritual á la novela.

La Sirena negra es en realidad una historia de conversión, muy semejante, en lo esencial de su construcción, á las que hallamos en las vidas de los santos, aunque se diferencia de ellas en que la ingenua sencillez primitiva de estos relatos está reemplazada en sus páginas por el arte sutil y refinado de la novela moderna. Es la historia de la conversión de Gaspar de Montenegro, un personaje en quien se cumple el ciclo de la redención de las almas tocadas por el misterio de la gracia. Una existencia disipada; tras ella el hastío que se va trocando en invencible inclinación á la muerte, y de súbito, un acontecimiento inesperado y extraordinario, que ilumina como un relámpago aquella vida y la infunde un sentido trascendental, ahuyentando de ella las sombras del pecado y de la muerte.

Con una acción muy sencilla y un corto número de personajes, ha sabido la condesa de Pardo Bazán infundir un palpitante interés en la fábula de *La Sirena negra*. Esta novela, que tiene un fondo intelectual y casi metafísico, no es una novela abstracta y discursiva, que degenera en disertación filosófica. Su filosofía está encarnada en hechos, en máscaras vivientes de sujetos creados por la fantasía con intensa apariencia de realidad.

*
* *

Cuando principia la acción de la novela, Gaspar de Montenegro es un enfermo del cuerpo y del espíritu. Rico, sin ideales ni grandes pasiones, su vida ha sido disipada y fácil; mas no ha sido con todo la de un gozador vulgar de la piara de Epicuro. La idea de la muerte ha tendido sobre ella un velo de niebla, una sensación de decaimiento, de desdén hacia la existencia y el deleite. Aunque la ilustre novelista no hace más que bosquejar la psicología de este personaje, los datos que de él nos ofrece bastan para dibujar la evolución de esa obsesión de la muerte, que es su sentimiento é idea dominante. No es un sentimiento desesperado de esos que impulsan al suicidio; es un hondo vacío en la vida, un secreto impulso que

le dice que la existencia no vale la pena de existir. Esta modalidad del sentimiento toma los caracteres de una posesión, del adueñamiento del espíritu por una potencia extraña, por un demonio tentador que en vez de mostrar lujuriosas imágenes, ensueños de ambición, de gloria ó de riqueza, muestra al poseso el misterioso atractivo del enigma del más allá, la imagen de la negra sirena, de la muerte, que le llama para comunicarle su secreto y brindarle su paz. Esta obsesión toma á veces cuerpo de alucinación física. La muerte se le aparece á Gaspar de Montenegro como una vaga imagen de ensueño, que le habla con los ojos, negros é insondables como lagos de asfalto, parecidos á los de una mujer misteriosa con quien se cruzó Gaspar en la vida. Toda esta parte de la novela es una antigua historia de posesión interpretada al modo natural y con el penetrante análisis de la novela contemporánea. Variad los nombres, reducid el lenguaje moderno al de los antiguos demonólogos, y sin mudar ápice de los sucesos, tendréis el relato de las angustias y las crisis de un poseso. Ejemplo de cómo no hay entre los casos de la moderna psiquis mórbida y los antiguos de la posesión y la demoniología una diferencia esencial. Apenas media entre unos y otros, aunque un examen superficial les considere tan diferentes, más que una diversidad de nomenclatura y de doctrina interpretativa.

Como todos los hechos humanos individuales ó sociales dotados de rico contenido espiritual, este lance fantástico que la señora Pardo Bazán nos cuenta en su novela, brinda aspectos diversos á la interpretación. Además de esa interpretación psicológica, se presta á una interpretación física ó fisiológica. Gaspar de Montenegro es un enfermo, un dispéptico, á consecuencia de excesos de sensualismo. De niño su salud era endeble, y tenía el presentimiento de que su vida iba á ser breve. Lo que desde el punto de vista psíquico y trascendente se nos muestra como posesión, como estado excepcional del espíritu, aparece aquí, en esta otra esfera, como un desarreglo nervioso, producido por causas patológicas, como un reflejo

psíquico de trastornos fisiológicos. El lector, según sus aficiones é ideas, puede elegir entre una y otra interpretación, y aun acaso conciliarlas ambas.

Gaspar de Montenegro conoce á una mujer extraña: Rita. Es una figura goyesca, una de esas mujeres pálidas, delgadas, de negros ojos de brasa, melancólicas y misteriosas, que parecen consumidas por una intensa pasión ó por un remordimiento. La novela no hace más que bosquejar esta figura, y la niebla de misterio que les rodea la hace, á par de enigmática, más atractiva. Gaspar se siente atraído hacia aquella mujer por ese reclamo del misterio. Entre ellos no hay ningún lazo sensual. ¿Qué amores inconfesables, qué culpa misteriosa y sombría hay en el pasado de aquella mujer? Gaspar adivina en ella la sombra de un pasado trágico. Tal vez lo que le une á ella, lo que establece entre ambos una indefinida y extraña amistad sentimental, es que Rita es una criatura consagrada á la muerte. Aquella misteriosa mujercita está tísica. Cuando muere (la escena de su muerte es una de las más bellas páginas de la novela, llena de la grave poesía del enigma), Gaspar se hace cargo de un niño, hijo de Rita, fruto del pasado trágico, que tal vez fué un pasado vulgar y doloroso, que el novelista ha querido cubrir con un flotante velo de incertidumbre.

Hasta entonces, la acción de la novela está en un período de exposición de caracteres y presentación de antecedentes. El nudo empieza á formarse á partir de este momento. Gaspar cree haber hallado un fin para su vida, que flotaba sin objeto y sin norte; se dedicará al huérfano, le educará de modo que no sea un misántropo, un obseso de la muerte, como él.

Pero Gaspar no está solo en el mundo. Vive con su hermana Camila, un tipo de mujer equilibrada, sana, un poco vulgar. Camila es el tipo medio de la mujer española: discreta, señora de su casa, amiga de mandar á los que la rodean, atenta á las preocupaciones y los respetos sociales. Evidentemente, considera á su hermano como un perturbado, para lo cual no le falta razón, y quiere casarle, acaso para normalizarle, para

que éntre en caja y abandone sus desvaríos. La novia que le ha escogido es una señorita guapa, honesta, rica; lo que se llama un buen partido; la mujer ideal para un hombre equilibrado, sano y vulgar, como equilibrada, sana y vulgar es Camila. Casi no hay que decir que á Gaspar le seduce poco la perspectiva de este enlace. El contraste entre esas dos figuras femeninas completamente normales y el desvariado protagonista, es uno de los felices efectos de la novela. Esas dos mujeres, que son encarnaciones de la vida normal y corriente, sirven de claro-oscuro para que resalte mejor la figura extraña y atormentada de Gaspar de Montenegro, que tiene algo de un M. de Phocas pasivo, víctima de la obsesión del misterio.

Como es de suponer, estas señoras no creen una palabra del carácter espiritual de las relaciones entre Gaspar y Rita. Para ellas, ésta no ha sido más que una aventurera, una perdida, y el niño, si no el fruto de una vulgar aventura entre ambos, es por lo menos el recuerdo de una pasioncilla hacia una mujer liviana; una criatura amada y protegida en memoria de ella. No de otro modo se explican la predilección de Gaspar hacia el huérfano.

Gaspar persevera en el propósito de consagrar su vida á aquella vida naciente que viene de un misterio. Encuentra en ello un alivio, una oleada de calma, una impresión de finalidad hallada, de algo que puede llenar el vacío de su existencia. Para educar al huerfanito toma una institutriz inglesa y un preceptor. Con estos personajes penetra el drama en la acción de *La Sirena negra*.

La inglesa es, como Camila y como la vaga novia de Gaspar, una figura femenina normal, un tipo corriente de institutriz. Entre paréntesis, haré notar que en esta novela las heroínas, las mujeres, salvo Rita, figura apenas esbozada, son vulgares, tienen un alma transparente y lógica sin honduras ni sinuosidades, mientras que los caracteres masculinos son de fuerte relieve, y tienen algo, ó mucho, de extraordinarios. La

psicología de *La Sirena negra* no es una psicología feminista. Bonita, algo coqueta, dotada de esa libertad de maneras de la mujer inglesa y norteamericana, acostumbrada al trato con el hombre y capaz de abrirse paso por sí sola en la vida, la institutriz coquetea un poco con Gaspar. Tal vez alienta la esperanza de cautivarle. El viejo cuento de la pastora que se casa con el príncipe, que traducido al materialismo moderno es la novela de la mujer pobre que se casa con un hombre opulento, cruza tal vez por su pensamiento como un grato espejismo; Gaspar no la hace caso, y la observa, á veces curioso é interesado, pero desdeñoso.

Más le interesa seguramente el preceptor Desiderio Solís, y le interesa por un sentimiento cruel y misantrópico, porque ve en él un instrumento posible de su amor á la muerte. Desiderio es un tipo de gran relieve, un carácter moderno, de rigurosa modernidad. La señora Pardo Bazán le ha pintado sin amor, pero con penetrante clarividencia. Su espíritu aristocrático, amigo de lo tradicional, inclinado al orden y á la armonía, suele mostrarse poco benigno hacia los tipos de bohemios, de *declassés*, de hombres descabalados en la organización social, pero los comprende. Desiderio es un amargado de la vida, uno de esos ejemplares del intelectual salido de las clases humildes, á quienes su superioridad mental, no acompañada de dotes de intriga y de adaptación propias para abrirse camino en la vida, sólo les sirve para apreciar, con una dolorosa agudeza, las desigualdades sociales, la iniquidad del reparto de los bienes de la civilización, espectáculo que es para estos espíritus un manantial de odios. Desiderio no es un resignado, no es un vencido de los que paran en exhombres, ni es tampoco un audaz, de temple de conquistador, de los que se aupan de las ínfimas capas sociales de su procedencia, y emprenden con tenaz esfuerzo la conquista de la sociedad. Su energía se concentra en el odio. Su alma sombría tiene tendencias homicidas.

Para él, el mundo se divide en dos castas: la casta de oro,

la casta gozadora, que disfruta de la riqueza, del poder, del deleite, y la casta de cobre, que vive en disimulada esclavitud, atendida á las migajas de la dorada oligarquía. El único placer de dominación que le queda á la casta cobriza es la venganza, la extinción de los altivos y felices dominadores, que disfrutan de los bienes de la vida sin merecerlos. Es, en suma, un anarquista por despecho. Su desgarrada figura, su pobreza, su subalterna condición social, alimentan la hoguera de odio que arde en su pecho. El poder de destruir es el único que no le está vedado, y lo acaricia con una íntima y feroz voluptuosidad.

Con un hombre tal, se entrega Gaspar á un peligroso juego, á un entretenimiento criminal y suicida. Quiere excitar al sombrío preceptor, hacerle instrumento de su amor á la muerte, suicidarse por mano de Desiderio. El carácter de posesión diabólica que tiene esta novela bajo su vestidura moderna se acentúa aquí singularmente. En este impío empeño de fabricar fatalidad, de perderse perdiendo á la vez á otro, Gaspar parece obedecer á la sugestión de un espíritu malo. Su empeño no sólo está reñido con la prudencia humana, sino con la generosidad y la nobleza. Algo irresistible le empuja por tan perverso camino. Para conseguir su fin ó para servir á su tentación se vale de la inglesa, hacia la cual sospecha en Desiderio un inconfesado amor ó una atracción sensual. Dándole celos, humillándole, espera que conseguirá el estallido del odio, el homicidio que viene cultivando.

Hay un momento en que Gaspar se arrepiente de su criminal temeridad. Quiere volverse atrás, normalizará su vida, se casará con la novia que le tiene preparada Camila, atenderá al niño; una brisa suave de razón y de calma parece haber refrescado y serenado su espíritu. Mas es tarde; la fatalidad que ha creado se alza frente á él y le cierra al paso. Así, en circunstancias menos dramáticas y con sucesos menos extraordinarios, nos acontece frecuentemente en la vida; engendramos con nuestros actos, con nuestros errores, con nuestras malas pasio-

nes, fatalidad, destino, y cuando queremos pararnos ó retroceder, cuando nos arrepentimos, nuestra obra, la fatalidad que engendramos, nos persigue y nos corta la retirada. El drama previsto tiene en la novela un desenlace inesperado. Desiderio, queriendo matar á Gaspar, mata al niño, que se interpone entre ellos. Aquella catástrofe, aquella inmolación de un inocente, toca en el corazón al enamorado de la muerte, le sana de sus desvaríos y le vuelve á la fe. Los ocultos caminos de la conversión han exigido el sacrificio de una víctima cándida y sin culpa. Con esta impresión de antiguo misterio bíblico ó de desenlace de tragedia, de sangre inocente purificadora, termina *La Sirena negra*, dejándonos una grave é intensa emoción artística y moral.

La señora Pardo Bazán ha puesto al servicio de este noble y elevado asunto, marcado con el sello de una espiritualidad luminosa, las mejores galas de su estilo y los fértiles recursos de su arte de narradora. El interés no decae un instante, á pesar de lo sobrio y escueto de la acción; los sucesos y los estados de alma más extraordinarios se nos presentan con viviente colorido de realidad. Por todos conceptos es digna *La Sirena negra* de la áurea pluma de la autora de *Los Pasos de Ulloa*, tan diferentes de estas últimas novelas de la ilustre escritora como *La Quimera* y *La Sirena negra*, impregnadas de un espiritualismo entre cuyos ramajes florece misteriosa la mística flor de la fe.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES: La selección del personal político.—LITERATURA: Leónidas Andreiew, autor dramático.—PSICOFÍSICA: La utilidad de las lágrimas.—IMPRESIONES Y NOTAS: La herejía de Prisciliano.—Las mujeres y los Santos Padres.—Los ojos de los pintores.—El encanto del verso francés.

CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

LA SELECCIÓN DEL PERSONAL POLÍTICO.—Los párrafos con que terminé mi *Carta abierta* á D. Segismundo Moret y á D. Antonio Maura (1) dicen así:

«Desbrozado y limpio el templo de todas esas impurezas con esta primera selección, hagan ustedes el cernido de la mayoría resultante, y premien luego con ministerios, subsecretarías y direcciones á los más sanos y á los más inteligentes (pongo antes lo sano que lo inteligente, pues una buena voluntad vale más para la gobernación que una gran inteligencia), aunque sean premiosos en hablar, aunque no acierten á redondear un párrafo oratorio, aunque no sepan arrancar un aplauso al Congreso, con tal de que sepan arrancar aplausos al país. Y como única instrucción á los elegidos, encárguenles ustedes de que cada cual haga en su departamento lo mismo que han hecho ustedes: estudiar bien las personas y hacer su selección, para arrojar á los gorriones, á los inútiles, á los venales, á los fatuos, á los serviles, que de todo hay por esos ministerios, amparando y protegiendo á los trabajadores, á los modestos, á los íntegros, á los celosos, á los inteligentes. ¡Oh! ¡Qué bien

(1) Véase el número anterior.

marcharía entonces todo, sin tocar á una ley, sin modificar un reglamento, dejando intacta la legislación actual, á la que tantas vueltas damos estérilmente pidiéndola con rabioso empeño lo que nunca podrá darnos!

»La política lo invade todo, y es verdad. Los políticos no se contentan con arrogarse la suprema función de fabricar leyes y de hacerlas cumplir, sino que penetran en los Tribunales de justicia, se ingieren en las enseñanzas, pretenden acaparar las Academias, se imponen en los Consejos de las grandes compañías bancarias, industriales ó agrícolas, y hacen cotizar sus servicios en todas partes. Y no contentos con esto, cuando encuentran en su camino una reputación brillante, pretenden arrastrarla en su carroza, no para purificarse con su contacto, sino para empañarla con el suyo; no para subir hasta ella, sino para bajarla hasta ellos; así llevaron, al Congreso primero y al Senado después, al glorioso Menéndez Pelayo, y pretendían llevar—y llevarán seguramente—á una senaduría vitalicia al ilustre Cajal. Cuando uno se llama Cajal ó Menéndez Pelayo, ¿qué falta le hace ser senador, ni diputado, ni ministro? ¿Para qué? ¿Para que lo haga mal y sea un mal ministro ó un mal diputado, y ese desprestigio político se refleje empañándolo en su prestigio científico ó literario? Si donde Menéndez Pelayo y Cajal sirven á su gloria y á su patria es en su biblioteca y en su laboratorio, con sus estudios de erudición y sus descubrimientos histológicos, ¿por qué sacarlos de allí para llevarlos á un sitio donde el menor mal que les puede suceder es hacerles perder el tesoro del tiempo que necesitan para sus fecundas labores?

»La política, se dice, lo corrompe todo, y es verdad también. Pero es esa política que suele practicarse como tal, política de embustes, de enredos, de camarillas, de transacciones, de contubernios, de intrigas, de cábalas, de violencias, de miserias, de farsas.—Cuenta conmigo si me das el voto—dice el diputado al elector,—y el elector cuenta con el diputado para meter en la cárcel á un inocente, para dejar cesante á un buen

empleado, para dejar impune un crimen, para recargar ó bajar las contribuciones, para levantar una multa bien impuesta, para trasladar al maestro, ó al juez, ó al gobernador, ó al delegado de Hacienda que le estorbán, para hacer cuanto acomoda al elector.—Cuenta conmigo si me das el voto, repiten los ministros á los diputados ó senadores; y el diputado ó el senador cuenta con el ministro para sacar subvenciones indebidas, para nombrar gobernadores, alcaldes, jueces, fiscales y todas las ruedas de la máquina política; para obtener una carretera que pase por determinada finca, para que se aprueben unas cuentas ó se las pongan reparos, para que se deje cesante á éste y se nombre al otro, para que se cree este organismo aquí suprimiendo otro allí, para que se amase un tribunal de oposiciones ó un jurado con determinado fin, para que todo se envilezca y se prostituya. Y en ese vergonzoso *do ut des y facio ut facias*, se trafica con todo, y se invade todo, y se contamina todo: te voto para la Academia y me das un acta de senador; te coloco al hijo y me colocas al yerno; paso por esta concesión y me das una plaza en el Consejo de administración de tu compañía; cierro los ojos ante el regalo de estas acciones y los cierras ante esta filtración que has descubierto; no digas nada de mi coche y no diré nada del tuyo; no toques á mi vida privada y no sacaré á relucir los trapos sucios de la tuya.

»¿Qué es esto? ¿Es que la política no es más que una vasta explotación del país? ¿Es que el ciudadano que no forma en las filas de la política militante es algún paria ó algún nuevo siervo de la gleba, que trabaja, suda y paga, y en lugar de tener el puesto que le corresponde en la mesa del festín, se le deja debajo y se le arroja un rebojo, cuando no se le da un puntapié ó un latigazo como á un perro?

»Todo esto, no se hagan ustedes ilusiones, lo sabe y lo comenta y lo censura todo el mundo, pues en los tiempos que corren no es posible tener oculto nada, y desde las cosas que se averiguan sin más que consultar la *Guía oficial*, viendo que

Fulano cobra sueldos y gratificaciones y dietas por ocho ó diez conceptos, sin hartarse nunca, ni él ni su familia, tomando al presupuesto como botín de guerra y entrando á saco en los cargos públicos y privados, hasta las que se saben por toda clase de conductos sobre las trampas de éste, las queridas de aquél ó el automóvil y los apuros del otro, nada escapa al escudriñamiento y á la fiscalización, con grave mengua del prestigio de tanto «sepulcro blanqueado por de fuera, podredumbre por dentro». Por eso se hace absolutamente preciso que arrojen ustedes del templo á escobazos á todos esos escribas, fariseos, hipócritas y cínicos, pues hay de todo, y que concluyan con esa política deletérea y nefanda de farsa y pandillaje, para sustituirla por una política nacional grande y fecunda. Las clases neutras tienen mucha paciencia, pero tienen ojos y oídos, y entendimiento y voluntad, y la paciencia no es inagotable; cuando se gasta mucha á diario, se acaba el repuesto.

»¿No ven ustedes que las bombas de Barcelona y la siembra de anarquistas son fruto de esa política suicida? ¿No ven ustedes que el pueblo ha llegado á adquirir conciencia de sus derechos, y que si se conforma con la injusticia de la suerte, es á condición de que esa injusticia no se agrave con otras injusticias? Cuando á cada cual se le da lo suyo, todo el mundo baja la cabeza; pero cuando al lado del hombre honrado, inteligente ó celoso, pero desgraciado, se ve al bribón, ó al inepto, ó al descuidado favorecido, el alma mejor templada se subleva, y el espíritu más sumiso se lanza por el camino de la rebelión.

»Aunque sólo pensaran ustedes en el papel que obligan á hacer á los ministros ineptos ante el rey, debieran ustedes poner sus cinco sentidos en que los llamados á los Consejos de la Corona fueran siempre lo mejor de lo mejor, en la inteligencia y en la voluntad, hombres sin ninguna tacha, sin ninguna avería en su historia pública, sin desconchados en su vida privada. Si en lugar de eso, envían ustedes á palacio políticos podridos, hombres de historia averiada, ó incapaces de

contestar con acierto á cualquier pregunta que el rey puede hacerles, ¿qué concepto ha de formar el rey de tales consejeros? Se resignará á soportarlos, porque ese es su deber de rey constitucional; pero convengamos en que ni ese es el camino para interesar al rey en la solución de los problemas que plantea á cada instante la ardua tarea del gobernar, ni menos el camino para que esos problemas sean resueltos como hace falta. Es un flaco servicio el que prestan ustedes de ese modo al rey que les nombra y al país que les paga.

»Y no vayan ustedes á creer que yo les recomiendo que busquen sabios para ministros. Nada de eso. El orador á su tribuna, y el sabio á su gabinete de estudio. Cuando haga falta perorar, se llama al orador; cuando haga falta saber, se llama al sabio. Pero para gobernar, el orador y el sabio estorban; el uno se pierde en el laberinto de sus palabras, y el otro en las profundidades de su ciencia. Salomón, con todo su saber, no supo gobernar su casa; D. Alfonso X, con toda su ciencia, tampoco supo gobernar la suya. Ahí tenemos á Salmerón, que es un sabio, y que no comprende que está sirviendo de comparsa á los barcelonistas de la Solidaridad, aunque éstos, con su gramática parda, le hayan puesto al frente de la compañía para engaritarle mejor, á reserva de darle un puntapié cuando les estorbe. Lo que hace falta para gobernar no es oratoria ni sabiduría, sino buen sentido, tacto, conocimiento de las personas y, sobre todo, gran sentido de la realidad, aquel sentido que era la característica del nunca bastante llorado D. Germán Gamazo. Den ustedes á los sabios medios y recursos sin tasa para que labren su gloria y con ella la gloria de la patria; señalen ustedes á los grandes oradores pingües dotaciones por su labor parlamentaria, poniendo un orador al lado de cada ministro para que le sirva de abogado en las vistas políticas de las Cámaras. Pero, ¡por Dios! cuiden ustedes de que los llamados á gobernar sean aptos para eso, para gobernar, aunque rebuznen hablando.

»No me cansaré de decirlo, hasta pasar por machacón y

por posma. Cuidense ustedes del personal director, que ese se cuidará entonces del dirigido, y todo marchará bien, y la política se rehabilitará, y las clases neutras y los hombres sanos del país—que son los más, afortunadamente, no lo olviden ustedes—vendrán al ejercicio de las funciones políticas y tendrán á mucha honra ser lo que hoy miran con desdén ó con odio, cuando no con asco. Vean ustedes, como ejemplo, lo que ha pasado con nuestra Hacienda y lo que está sucediendo en el campo de Melilla; nuestra Hacienda se ha restaurado y nuestras perturbadas relaciones con las levantiscas kábilas se han restablecido. ¿Por qué? Porque en Hacienda hemos tenido un hombre como Villaverde, y en Melilla tenemos un hombre como el general Marina. Se dice que no somos á propósito para la colonización. ¡No hemos de serlo, si tenemos en condiciones inmejorables la materia prima de la colonia, la familia! Lo que hay es que con aquel concepto romerista tan difundido, por desgracia, de que «las colonias se han hecho para explotarlas», practicado del modo brutal que aquí se ha practicado, no hay colonias posibles, como no hay país posible con aquel otro concepto, también de cepa conservadora, aunque compartido por muchos liberales, revelado en la exclamación de un conocido ministro cuando le criticaban por un atropello cometido en favor de un amigo: «Si no puedo yo hacer eso, ¿para qué entonces soy ministro?» Con tales ideas y tales personas no se puede ir sino á lo que fuimos, al desastre, como con otras hubiéramos ido á la victoria.

»¡Personas, personas, personas! Eso es lo que necesitamos. Y lo que sobran son personas, si ustedes supieran y quisieran buscarlas. ¿No las buscan ustedes para cualquier asunto particular, para administrar sus fincas, para regar sus jardines, para defender sus pleitos, para todo lo que les importa en su vida privada? Pues ¿qué menos cuidado han de poner ustedes en su vida pública? ¿No son tan sagrados, mucho más sagrados, los intereses públicos, los de toda la nación, que los intereses particulares de ustedes mismos? Lo menos que á uste-

des se les puede pedir es que presten tanta atención en la elección de personas destinadas á administrar los intereses generales del país que la que pondrían en elegir las destinadas á administrar sus intereses particulares.

»Está bien—me dirán ustedes;—pero, ¿qué criterio seguir en la busca y selección de ese personal? Si nosotros estamos rodeados de farsantes, y esas clases neutras y esos corazones sanos y esas inteligencias claras se alejan de nosotros, ¿qué medios nos quedan para hacer la selección? Ciertamente que así sucede, y que de un golpe no pueden ustedes trocar en aciertos todos los desaciertos; pero si ustedes se lo proponen seriamente, no creo sea esa una dificultad insuperable.

»En los elementos de la vida política hay mucho malo, pero todavía queda bastante bueno; todavía existen medio escondidas entre las enhiestas yerbas inútiles ó dañinas del Parlamento, modestas violetas de delicado perfume; ustedes, como jefes de partido, deben tener buen olfato, y lo que importa es que se dediquen ustedes á descubrirlas. Y desde luego tienen ustedes un procedimiento de selección de los más eficaces: el de la eliminación. El que habiendo sido ya ministro, capitán general, director, consejero, subsecretario ó gobernador civil, ha demostrado que no servía para el caso por su inmoralidad, por su ignorancia, por su apatía, por su nepotismo, por su arbitrariedad ó por cualquiera otra causa, ¡fuera con él! El que desempeñe cargos retribuidos en una ú otra forma en grandes compañías, empresas ó sociedades que tengan que ver con el Estado, ¡fuera con él! El que gestione asuntos poco limpios, ¡fuera con él! El que se dedique á la adulación, en la prensa ó en la tertulia, ¡fuera con él! El que haga vida de disipación y de escándalo, ¡fuera con él! El que haya comprometido su fortuna en el juego, ¡fuera con él! Los fantoches, los fatuos, los tontos, ¡fuera con ellos! Los achacosos, los que chochean, los desequilibrados, los impulsivos, ¡fuera con ellos! Los que patrocinan á cualquiera de los grupos anteriores, aunque sean los más empingorotados personajes, ¡fuera con ellos! ¿Quién

queda? ¿Nadie? ¡Ah! No teman ustedes que se vaya á repetir aquí el caso del famoso sermón de Massillon sobre el pequeño número de los escogidos; como no se trata del reino de los cielos, ni la trama del tamiz es tan apretada, todavía sobra gente para lo que ustedes necesitan.

»Me detengo. Soy un amante de España y un amigo desinteresado, sincero y leal de ustedes, y no piensen ustedes en que hacen ustedes de Benito en esta amistad; piensen en la gran verdad que encierra aquel refrán que dice: «quien bien te quiera te hará llorar». He estudiado mucho, he observado mucho, he trabajado mucho; estoy absolutamente exento de pasiones y tengo bastante experiencia y suficientes años, y me considero con bastante autoridad para tener derecho á emitir una opinión y á ser oído en cosas que entiendo, cuando hay tantos que no sólo emiten opiniones, sino que fallan sobre cosas que no entienden. No escribo ni he escrito jamás para el vulgo; y el aplauso ó la censura me tienen sin cuidado, pues lo que me importa siempre es cumplir mi deber y obtener la aprobación de mi conciencia. Obedeciendo sus dictados con el alma henchida del amor á esta desdichada patria, cuyo porvenir inmediato me inquieta, aunque tengo plena fe en sus futuros destinos, he dejado correr la pluma *ex abundantia cordis*, diciendo lo que pienso, lo que siento, lo que constituye mi más honda convicción.»

LITERATURA

LEÓNIDAS ANDREIEW, AUTOR DRAMÁTICO.—El dramaturgo en boga de Rusia, Leónidas Andreiew, ha escrito tres piezas: *Hacia las estrellas*, *Ignis sanat* y *La vida del hombre*, analizadas en orden inverso á su aparición, por G. Savitch, en *La Revue*, de París.

¿Es realmente una pieza *La vida del hombre*? Sí, puesto que ha sido representada en uno de los mejores teatros de San Petersburgo. Pero si es una pieza, hay que convenir en que

es completamente distinta de las demás. En este drama singular no hay personajes, sino siluetas, seres sin nombres propios, el Hombre, Su Mujer, sus Amigos, sus Enemigos, sus Vecinos, etc. Tampoco hay apenas diálogos: remates de frases, que repiten mecánicamente esas vagas formas humanas sin nombre. Ni siquiera hay acción en la pieza.

En el primer acto nace el niño: unas viejas agrupadas en la escena cuentan, en frases sueltas y entrecortadas, los dolores del parto de la madre y las inquietudes y angustias del padre; al fin nace el niño, y la vida del hombre comienza. El segundo acto representa la juventud: tiene algo más de veinte años; está casado con una mujer deliciosa, y tiene gran talento de arquitecto, pero no hay un cuarto en su casa; el matrimonio carece de todo; sin los vecinos que, durante su ausencia, les llevan pan y leche, se morirían de hambre; algunos llevan su caridad al extremo de dejar en su desnudo cuarto un cigarro para el marido y una cinta de terciopelo para la mujer; es evidente que el hombre, salvadas estas miserias, arribará, será rico y célebre algún día. En el tercer acto lo es: suntuosa morada abriga su gloria, y numerosos visitantes anónimos, invitados á un baile que da, se extasían con su fortuna y su poder. En el acto cuarto la riqueza se ha disipado, y todo es ruina y decadencia; la juventud no hace caso del genio del maestro envejecido; el matrimonio ha tenido que vender los muebles, y vive miserablemente; por añadidura, el único hijo que tienen ha sido víctima de un accidente, y lo traen á su casa con la cabeza rota, muriendo poco después. En el acto quinto se asiste á la decrepitud y á la muerte del hombre.

Como se ve, filosóficamente, este drama es una vulgaridad. Pero hay en su hechura novedades curiosas que no dejan de impresionar. Así, por ejemplo, en todas las escenas hay un personaje, en un ángulo del fondo, que se llama «el Desconocido llamado El», y que es «Dios, ó el Diablo ó el Destino»; está de gris, siempre impasible, y con un cirio en la mano, que se va consumiendo á medida que el drama avanza, hasta que se

extingue por completo al morir el Hombre. Hay escenas ridículas, como la del baile, cuando el criado dice á los convidados: «El señor Hombre ruega á sus distinguidos visitantes se dignen ocupar su puesto en la mesa»; y pasan los amigos con una flor blanca en el ojal, y los enemigos con una flor amarilla. Pero en cambio, hay rasgos muy acertados, como el del momento en que llega herido el hijo: la madre se dirige al Destino en ferviente súplica para que perdone al pobre enfermo, y el padre, que jamás se ha inclinado ante nadie, se humilla por primera vez en su vida ante la inmóvil silueta del cirio. ¡Cómo desprecia «á ese Dios ó á ese Diablo», y cómo lo maldice cuando expira la pobre criatura!

No es, sin embargo, la filosofía el flaco de Andreiew. *Ignis sanat* no tiene pretensiones trascendentales, y es una pieza muy superior á la anterior, de dibujo impecable; sería una obra maestra perfecta, según Savitch, sin la vaguedad de su idea capital y lo flotante é indeciso del protagonista; pero esa vaguedad y esa indecisión, que no son tan claras como Savitch dice, hay que ponerlas á la cuenta del medio ambiente nórdico, pues de Holanda al polo Norte no es posible expresarse con la limpidez de nuestras literaturas latinas, hijas del sol y de la luz.

El drama se desarrolla en torno de un antiguo convento que posee un icono ó estatua de Cristo, tenida por milagrosa, y que atrae grandes peregrinaciones. Entre los personajes figura el fraile Conrado, borracho, maldiciente y mujeriego, que está convencido de que el convento está habitado por el diablo ó por seres diabólicos que desde el crepúsculo producen toda clase de ruidos en los corredores y rincones del edificio, sin que Dios sea capaz de poder con ellos. Otro fraile, ya viejo, posee en el pueblo tres queridas. El prior es un hombre listo que procura sacar el partido posible de las peregrinaciones. Un personaje de gran relieve es el llamado «Rey Herodes», viejo mujik que en otro tiempo mató por equivocación á su hijo, y luego se castigó á sí mismo quemándose hasta el codo, como Mucio, el brazo que había cometido el infanticidio.

dio; este hombre, así mutilado, recorre la comarca clamando contra su abominable crimen y sus tristes consecuencias, que le han dejado inválido y sin hijo, habiendo conquistado reputación de santidad; como casi siempre anda en torno del convento, muchos acuden á verlo, visitando de paso al Cristo milagroso y dejando en el convento sus limosnas; el Rey Herodes denuncia los vicios de los frailes en términos virulentos; pero los frailes no le hacen caso; las limosnas menudean, y eso es lo que importa.

Un tabernero de las cercanías del convento tiene una hija de veintiocho años, Lipa, de temple exaltado; ha leído una leyenda «de un hombre á quien un águila devoraba las entrañas», y decía que «si mi cuerpo pudiera dar alimento á las personas que carecen de él, consentiría en vivir eternamente en medio de sufrimientos sin fin, alimentando con mis carnes á los desgraciados». Esta Lipa, de sentimientos tan heroicamente piadosos, tiene un hermano de veinticuatro años, Sawa, que tras larguísima ausencia, vuelve al lado de su familia con un fin que á nadie quiere descubrir. Su aspecto es extraño y sus dichos enigmáticos. Lipa logra arrancarle su secreto. Ha estado en una ciudad de más de 100.000 habitantes, en que todas las casas tenían ventanas pequeñas, á pesar de que á todos les gusta tener mucha luz y mucho aire, y allí había tropezado con algunos hombres, razonables hasta cierto punto, que en lugar de aceptar la vida tal como se la imponían las circunstancias, trataban de arreglarla á su gusto. Eran hombres de los que fabrican bombas, y á quienes llaman terroristas, aunque el nombre es inexacto. «¡Qué han de ser terroristas! Son valientes; pero su valor está en su brazo, no en su cabeza; su cabeza es vieja, tiene compartimientos tradicionales, y por eso temen siempre causar demasiado daño; cuando se trata de cortar un bosque, ¿de qué sirve cortar los árboles uno por uno? Lo que se corta por un lado retoña por otro. Yo les propuse un día un asunto más vasto, y tuvieron miedo; no tienen temple; por eso los he dejado.»

—Los terroristas, dice Sawa, me han enseñado una cosa solamente: el valor de la dinamita. Nada hay más espantoso que la vida tal como hoy se halla organizada, y yo he resuelto destruirla; destruir ¡todo!

—Pero ¿y los hombres?—pregunta Lipa.

—¿Los hombres? No tengas miedo, siempre quedarán demasiados. Lo que hoy les impide vivir sanamente es la enorme montaña de tonterías que durante miles de años se ha formado. Los hombres *soi-disant* inteligentes de hoy quieren edificar otra vida en esta montaña; pero, naturalmente, de sus esfuerzos sólo resulta la continuación, el crecimiento de ésta. No; hay que arrasar esa montaña hasta su base, hasta la tierra desnuda, ¡desnuda! ¿comprendes?

—No. Lo que estás diciendo es muy chocante.

—Destruirlo todo: las casas viejas, las ciudades antiguas, la literatura antigua, el arte viejo... Es preciso que el hombre actual se quede desnudo sobre la tierra arrasada. Sólo entonces sabrá organizarse una vida nueva.

—Pero ¿quién hará eso? ¿Quién lo destruirá todo?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí, yo. Yo empezaré, y cuando se haya comprendido de qué se trata, otros se unirán á mí. Yo traigo el acero á la tierra, y pronto se oirá su ruido estrepitoso. Hasta los sordos lo oirán.

—¡Es terrible! ¡Se derramará tanta sangre!

—Sí; no poca. Pero aunque fuera un Océano, habría que pasar por él. Cuando se trata de la existencia de la humanidad, no hay que compadecerse de los individuos.

Lipa se queda sin comprender del todo á su hermano. Sólo cuando le preguntó si tenía enemigos, y él contestó: «sí, tengo uno: ¡Dios!», es cuando empezó á comprender algo. Lo que Sawa había venido á hacer al monasterio era poner una máquina infernal bajo el icono de Cristo. No se lo dijo á su hermana, pero ella logró averiguarlo. Sawa necesitaba un cómplice, y eligió al fraile Conrado, que creía en el diablo sin creer en Dios. El fraile se resistió: «Cuando destruyas ese icono, pondrán otro y no habrás adelantado nada»; «el pueblo es estúpido y no te comprenderá».

—Lo comprenderá cuando todo esté ardiendo en torno suyo. El fuego es un maestro excelente, querido. ¿Has oído hablar de Rafael?

—No. ¿Quién es?

—Pues bien: después de Dios, atacaremos á esas gentes. Son muchos esos Tizianos, esos Shakspeare, esos Puschkine, esos Tolstoi. Haremos con todos ellos una bonita pira, que rociaremos con petróleo. Y en seguida quemaremos sus ciudades...

—Morirá mucha gente, Sawa.

—¡Oh! Siempre quedará bastante. Lo que perecerá será la escoria, querido. Perecerán los imbéciles, perecerán los que creen, los que aman las chocheces. Perecerán los débiles, los enfermos, los que gustan de descanso. Porque ya no habrá descanso en la tierra, querido. Pero los hombres libres y atrevidos, los que tienen alma joven y fuerte, y ojos claros y penetrantes, que abarcan el universo, esos sobrevivirán. Y libres de todo, desnudos, armados con su razón únicamente, se entenderán para organizar una vida nueva y buena, Conrado, en que el hombre podrá al fin respirar.

Conrado, no del todo convencido, acepta la misión que Sawa le impone, gracias al dinero que le ofrece; consiente en poner una bomba al lado del icono, encajada en la pared del convento; el domingo, á medio día, cuando los peregrinos vayan en busca de la imagen para sacarla en procesión, será cuando estalle la bomba. Conrado anda preocupado é inquieto, y Lipa, que huele que se imagina algo, trata de disuadirle; llegado el domingo, Lipa hace creer á Sawa que lo sabe todo, y asegura á su hermano que no sucederá nada. Los peregrinos pasan, y Lipa dice:

—Piensa en lo que son esos peregrinos: son el dolor humano, al que quieren arrancar lo único que le queda, su última esperanza, su último consuelo. ¿Y por qué? ¿En nombre de quién? ¿Quién te da derecho para obrar así?

—¡Todos vosotros, con vuestras maldades, con vuestra locura, con vuestra cobarde impotencia! Habéis transformado la tierra en una cloaca, en un matadero, en un esclavicomio. ¡Ah! Se roen entre sí, y todavía se preguntan quién se atreve á extrangularlos! ¡Pues bien, yo me atrevo! ¿Oyes? ¡Yo, yo!

—Pero tú eres un hombre como todos los demás.

—¡Yo soy el justiciero! ¿Qué quieres que haga? ¿Persuadir á esos borregos para que dejen su sendero de rebaño, cogerlos por los cuernos uno por uno y llevarlos al buen camino? ¿Plantarme un frac y darles conferencias? ¡Como si las palabras tuvieran ningún sentido

para ellos! No, hermana; la vida es demasiado corta para gastarla en discutir con carneros. Hay que hacer otra cosa: ¡el fuego, el fuego! He ahí los peregrinos que pasan. (*Dan las doce.*) ¡Las doce!

—Y pensar que, si no fuera por mí, á estas horas pasaría algo horrible. Cuando pienso en ello... (*Suena una explosión.*) Pero, ¿qué es eso, Dios mío?

Sawa entona el himno del triunfo. La explosión fué terrible, pero sin resultado. Conrado había confesado al prior su compromiso, y el prior, hombre listo, después de haber reprendido agriamente al fraile, le mandó que pusiera la bomba junto al icono; pero antes quitarían la imagen y después de la explosión la volverían á colocar; así se demostraría que la imagen quedaba indemne del atentado, y ese sería el milagro esperado por la multitud.

Conrado mismo confiesa á Sawa su traición, enorgulleciéndose por ello, ante Lipa y otras personas. Sawa se tuerce de risa al saber el modo milagroso por que se ha salvado el icono, mientras los demás lloran de piadoso enternecimiento. El modo, en suma, importa poco: el hecho es que la imagen se ha salvado, y el milagro es patente.—¡Milagro embustero!—grita Sawa.—Conrado se irrita y amotina á la multitud contra Sawa, que muere pisoteado y apaleado por los exasperados peregrinos.

BELLAS ARTES

LA TRADICIÓN EN EL ARTE.—Peladan, en la *Revue Hebdomadaire*, estudia la tradición, ó la rutina, en las diversas manifestaciones del arte contemporáneo, y dice que viene á ser la misma en la Comedia que en la escuela de Pintura: «Pase usted aquí», dice el semanero al actor en el ensayo. «Se frota las sombras y se empastan los claros», dice el profesor al alumno. La tradición esencialmente metafísica se limita á esta ingenuidad: «Cualquiera que sea el asunto, deberá expresarse por las más bellas formas, y las más bellas serán las más lógicas.» ¿Y si el asunto carece de belleza?... Pues no es asunto, y se debe abandonar. El patizambo de Ribera y los enanos de Velázquez son apuestas y nada más.

La estética ha recibido tal auxilio de la fotografía, que se asombra uno de que haya todavía opiniones diversas sobre los principios. El valor documental y la fealdad de las instantáneas muestran que los realistas han sido exagerados al revés, alejándose de la vida tanto como los realistas. El gran Rembrandt ha llevado tan lejos su prejuicio, que la luz fué para él una esclava; la *Ronda de noche* es un efecto de día indudablemente, y Fromentin es el primero que lo ha notado; todas sus iluminaciones intencionadas se burlan de la verosimilitud. Cuando Decamps, en su batalla de los Cimbrios da á las nubes un lirismo de coro antiguo, transporta lo patético al paisaje, alejándose de la regla de Vinci y Miguel Ángel: cuando se pinta un combate, hay que pintar el episodio para tener personajes de tamaño, porque el barullo asombra y no interesa, y se representa mejor un rincón de la pelea que la pelea misma.

La humanidad no ha pensado todavía en honrar á los arquitectos, porque la arquitectura excede de sus alcances. El arquitecto es tan superior al pintor y al escultor como el poeta épico al sonetista, como el fresquista al pastelista. ¿Por qué se deja ejecutar un asunto mal concebido? ¿Puede uno figurarse á un autor dramático escribiendo su pieza sin plan y sin escenario? Para el aturdido Sísifo es una especie de Titán; pero Sísifo no representa la fuerza, sino el esfuerzo, lo que no es lo mismo. Los encargos del Estado, muy mal pagados, se ejecutan sin cuidado: la Sorbona será el San Sulpicio de la decoración profana. Un asunto debe representar la *Radioactividad* y el *Magnetismo*. El pintor ha pintado una tela que representa un jeroglífico: ¿Cómo os figuráis el Arte, vencido por la Ciencia? Por de pronto, es una idea falsa; Zeviller ha derribado una Venus de Milo, y dos mujeres se afligen ante el pedestal; es demasiado sencillo y sobrado inexacto. Otra tela, firmada por Dufau, figura un hombre desnudo que tira de una mujer vestida representando á Urania. ¿Se representa así el descubrimiento de las leyes cósmicas?

La inferioridad mental del pintor es cosa conocida; se pien-

sa mal aunque se pinte bien. En cuanto á la escenografía, el taller no iguala al teatro. Tenemos escenólogos asombrosos, como Sarah Bernhardt, Carré y Antoine; cualquier teatrillo asombra al espectador en este punto. Los artistas pintores no tienen el sentido de la composición; les falta el sentido dramático. Ahí está un cuadro militar de Detaille para la Sorbona: tres cañones apuntando al espectador; en el fondo un tropel de veteranos, y arriba una Victoria montada en un Pegaso ondeando la bandera nacional; parece una escena de comedia sin personajes.

El cuadro humanitario de nuestro tiempo no vale más que el escenario del dramatismo burgués del siglo XVIII. Cuando Greuze escuchó á Diderot y se dedicó á escenas de sensiblería, conservó por lo menos la lindeza é hizo teatro; pero nuestros artistas parecen haber tomado en serio las cantilenas socialistas, y pintan la miseria con sincero acento de propiciación: la Navidad de los niños de Geoffroy es muy conmovedor y muy feo, oliendo á socialismo sentimental. Si los venecianos hubieran pintado Navidades de pobres, aburrirían á la posteridad. El Nacimiento es la adoración de los magos, la adoración de los pastores; es la fiesta de la sutileza y de la visita de los ángeles y no un rincón de escuela laica.

Los moralistas no se han dedicado á explicar su veredicto, confundiendo el desnudo con el desnudado. El primero es natural en ciertas figuras: los dioses y los héroes no tienen vestido más digno. Hoy vuelve á discutirse la cuestión del desnudo, echándose los unos de virtuosos, á poca costa, y resultando otros cínicos sin sospecharlo; diálogo eterno entre Tartufo y Dorina. La cuestión se resuelve por la estética; la belleza es el vestido más decente: ni Rembrandt, ni Rubens, ni Poussin, ni Delacroix han sabido vestir un cuerpo de belleza, y el desnudo de un Botticelli no es del todo bello, puesto que nos turba. Lo bello no obra sobre los sentidos, y en ese solo rasgo se le reconoce; no acciona más que sobre el espíritu: la *Victoria atando su sandalia* del museo de la Acrópolis, una de las indiscutibles

bellezas que existen en la tierra, no parecerá una mujer á los ojos de nadie: es talmente una Victoria. Cuando el Areópago absolvió á Friné á la vista de su seno, no obró de modo lividinoso y senil, honró la pureza de una forma y no la impureza de un brusco descotado. Leonardo de Vinci veía en nuestra carne el apogeo de la creación material y la obra maestra de Dios; habla de ella con emoción religiosa, y con esa emoción habría que pintarla.

¿Y qué decir de la escultura? Hay que pasar por delante de un escaparate para ver un cuadro; pero la estatua sale al paso del transeunte y se impone á su mirada. Las personas decentes van sintiendo cierta irritación al ver que los reglamentos sobre las limpiezas de las calles no se extiendan á las obras; no hay ejemplos como el actual del afeamiento de la ciudad por las estatuas. En cambio la chimenea, la consola, la mesa, hasta la caja de caudales, se adornan con estatuítas y mone-rías, y esta aplicación de la escultura al embellecimiento del hogar merece ser acogida con simpatía.

La verdadera revolución rusa aparece en el drama *Hacia las estrellas*, bajo los rasgos simbólicos y reales á la vez de una joven de veinte años.

La acción pasa en Suiza ó en un país de montaña. En una cima se halla instalado el observatorio astronómico del sabio ruso Sergio Ternuski, antiguo profesor de universidad, que doce años antes se había negado á firmar un «abominable papel» que le presentaban sus jefes, diciendo con tal motivo mil cosas desagradables al ministro, y teniendo que abandonar su cargo y su país. Ternuski tiene un hijo y una hija, Nicolás y Ana, y otro hijo menor, Pedro, joven de diez y ocho años, algo desequilibrado, destinado á representar en el drama el papel extravagante sin el que Andreiew no acierta á hilvanar sus piezas. Ana está casada con el ingeniero Verkhutzev, y Nicolás tiene por novia á Marusia.

Mientras el sabio, en lo alto de su observatorio sólo parece ocuparse del cielo, los demás toman activa parte en las gran-

des luchas entre obreros y burgueses, y precisamente cuando por fuera ruge una tormenta de nieve, Ana y un obrero traen á Verkhotzev herido; la mujer de Ternuski, los ayudantes del sabio y los criados acuden. La lucha había sido terrible, y miles de víctimas habían perecido. Todos están inquietos por la suerte de Nicolás y de su novia Marusia, pues se le había visto caer herido en las barricadas; ó ha muerto ó le han cogido, y es posible que lo fusilen. La consternación es grande.

Al fin, llega la noticia de que Nicolás, herido, ha sido preso. Marusia, su novia, valiente, enamorada, hermosa, «un torbellino de fuerzas inflamadas», había sido también presa; pero logró evadirse, y quiere libertar á Nicolás; se necesitan 5.000 francos para sobornar á los carceleros, y no tardan en reunirse, entregándose todos á la esperanza. Sólo el viejo sabio parece desentenderse de todo, y su indiferencia desconcierta é irrita á los demás.

—¡Tu hijo ha estado á punto de ser fusilado—le dice su hija,—y tú te quedas impassible!

—En la tierra, cada segundo muere un hombre, y en el universo, cada segundo probablemente deja de existir un mundo. ¿Cómo queréis que yo me desespere por la muerte de un sér humano?

—De modo que si Nicolás no llegara á escaparse...

—Sería una lástima; pero...

—No bromeé usted así—dice Marusia.—Me hace daño oír semejantes bromas.

—Si no es broma, querida Marusia. Yo no sé bromear. ¿Veis esa inscripción? (*Señalando el frontón del Observatorio.*) Ahí dice: «Este es el templo de Urania. ¡Lejos de aquí todo vano cuidado! Por aquí se va á las estrellas.»

—Pero, ¿qué entendéis por vanos cuidados?

—La muerte, la injusticia, las desgracias, todas las sombras negras de la tierra: esos son los vanos cuidados.

—Así no pueden hablar sino los que están empleados por los gobiernos y viven en plena seguridad.

—No siempre tan seguros: Galileo murió en la cárcel. Jordán Bruno pereció en la hoguera. El camino de las estrellas está regado de sangre...

Aquella inmóvil serenidad del sabio exaspera á su familia. Pasan algunas semanas: la revolución es vencida y la represión es salvaje. La acción se desarrolla en medio de simbolismos muy del gusto, según parece, de las gentes del Norte; pero que á nosotros—á los que hablamos con sinceridad—nos parece oscuros ó ridículos, y llega el momento en que Marusia, que había ido á libertar á Nicolás, y de la que sólo se tenían noticias vagas, reaparece en escena. El sabio la recibe con inusitado contento:

—¡Marusia, querida mía! ¡Qué contento estoy de tu llegada! Todo el día de hoy he tenido como un presentimiento de que ibas á venir. ¿Y Nicolás? ¿Ha podido evadirse?

—Nicolás ha dejado la prisión efectivamente.

—¿Y está aquí?

—No.

—Pero, ¿está libre de cuidados, Marusia?

—Sí.

—¡Pobre querida Marusia! Debes estar muy cansada. ¿Verdad? Hoy, durante todo el día, he estado pensando en vosotros dos, en Nicolás y en ti. ¡Qué hombre, Nicolás! ¡Enérgico, valiente! ¡Todo en él es armonioso, y viril, y delicado á la vez! Es la muestra misma del hombre valeroso y noble. La Naturaleza, cuando crea un hombre así, rompe el molde para que no haya copias.

—Sí, rompe... rompe... Quiero decir...

—Es bello como un diosillo. Hay en él cierto encanto poderoso que atrae todos los corazones. No podía menos de evadirse, estaba seguro de ello. ¡La prisión! ¿Qué es la prisión para él? ¡Qué son para él esos candados mohosos y esas rejas estúpidas y carcomidas! Me asombro de que le hayan guardado tanto tiempo. Hubieran debido sonreírle y abrirle paso como á un príncipe feliz.

—¡Oh, que horror, padre mío! (*Cayendo de rodillas, angustiada*)... ¡Padre mío!

—¿Qué te pasa, Marusia? ¿Qué hay?

—¡Que está rota la forma bella! ¡Padre, padre! Está rota, rota...

—¡Ha muerto! ¿Sí?... ¡Habla, habla!

—¡Ha perdido la razón!

—Dímelo todo, todo. ¿Cómo ha sucedido eso?

Y Marusia cuenta que habían golpeado y martirizado á los prisioneros, que éstos se habían amotinado y que los] carceleros los habían golpeado, uno por uno, de un modo bárbaro y despiadado; á Nicolás le habían además desgarrado la boca, y apaleado de tal modo, que no tardó en declararse la locura, diciendo los médicos que quedaría hecho un idiota, sin curación posible.

El sabio siente el golpe, pero continúa impassible, y sólo cuando entra su mujer se conmueve un momento, para rehacerse en seguida, consolándose con el triunfo final de la razón y del bien.

—La muerte no existe— dice.

—¿Y Nicolás? ¿Y tu hijo?—le grita Marusia.

—Está en ti, en su hermano, en mí, en todos los que guardan piadosamente el perfume de su alma. ¿Ha muerto acaso Jordán Bruno? Sólo las bestias mueren. Sólo mueren los que matan. Pero los que son muertos, asesinados, despedazados ó quemados vivos, esos viven eternamente. La muerte no existe para los hijos de la eternidad.

Tal es el drama *Hacia las estrellas*, con escenas felices, con atisbos afortunados, pero también con torpezas increíbles, con tipos inverosímiles, con extravagancias incomprensibles. Andreiew es declamatorio, y sus personajes son muñecos que se mueven como los fantoches, según el hilo de que se les tira, con movimientos y con posturas completamente falsos. Hay, sin embargo, que convenir en que el dramaturgo ruso es un hombre genial. Si una vez concebida la idea de un drama, lo

desarrollara quien tuviera mayor dominio de la escena, es seguro que sus obras serían de las más sensacionales y aplaudidas.

PSICO-FÍSICA

LA UTILIDAD DE LAS LÁGRIMAS.— Sabido es, dice el doctor Romme, que de cada lado del cuello tenemos una gran arteria, la carótida primitiva; junto á la laringe se divide en dos ramas que llevan la sangre, una, la carótida interna, hacia el cerebro, y otra, la externa, hacia la cara y el cuero cabelludo; estos dos sistemas de circulación, además de su origen común, la carótida primitiva, se comunican entre sí al nivel del ojo, por medio de la arteria oftálmica, que forma un verdadero canal ramificado entre la interna y la externa. Como la teoría *vascular* de las emociones del doctor Waynbaum está basada en estas nociones anatómicas, preciso es recordarlas antes de entrar en materia.

Las lágrimas corren en dos estados psíquicos opuestos: en la extrema tristeza y en la alegría desbordada. ¿Cómo puede ser esto? La risa, la carcajada, no es fisiológicamente más que un esfuerzo. Así en la risa como en el esfuerzo necesario para levantar un gran peso ponemos á contribución los mismos músculos utilizados del mismo modo. En ambos casos empezamos por contraer los músculos que cierran la glotis; bajamos en seguida el diafragma é inmovilizamos los músculos cuyo juego asegura los movimientos de la caja torácica; si la risa se acentúa más, apelamos como en todo esfuerzo á otros músculos: doblamos muslos, apretamos las piernas, pateamos. En la risa como en el esfuerzo contenemos la respiración, y esta contención se halla interrumpida á cada instante por inspiraciones entrecortadas, que no llegan á disipar el estado de asfixia que produce en la respiración la risa violenta. Basta mirar el rostro violáceo del reidor, sus labios lívidos, las venas hinchadas de su frente, para adivinar la congestión intensa de su cerebro.

Los músculos que dan á la cara la expresión de la risa comprimen la carótida externa cuando se contraen. En el momento de la risa violenta, la sangre que viene de la carótida primitiva, y que está destinada á bañar el rostro, encuentra obstruído por la risa el camino de la carótida externa, y toma el de la interna, dirigiéndose al cerebro. Éste, ya congestionado por la sangre venosa, que no puede pasar por estar detenida la respiración, estallaríá ciertamente al empuje de la sangre arterial que intenta invadirle; pero la arteria oftálmica salva la situación; por ese canal, en efecto, que pone en comunicación con las carótidas, se introduce la sangre que iba al cerebro y se escapa por el lado de los ojos, congestionando las conjuntivas y las glándulas lacrimales. ¿Cómo reaccionan éstas contra ese aflujo de sangre? Por medio de las lágrimas, transformando en lágrimas la sangre y obrando sobre el cerebro lo mismo que una sangría blanca, tanto más saludable cuanto que se hace á costa de la sangre que iba á congestionar apopléticamente el cerebro. Así se verifica la descarga de éste, y desaparece el peligro, siendo la risa y las lágrimas en este caso de indiscutible utilidad.

En la tristeza no son menos útiles, pero su acción sobre el cerebro se realiza de otro modo. Sabido es que si el cerebro se congestiona en la risa, se queda anémico en los estados de tristeza. La sangría que se produce, como en la risa, á expensas de la sangre destinada al cerebro, no puede hacer más que aumentar la anemia de los centros nerviosos. Ahora bien: esta anemia da por resultado crear una especie de entorpecimiento cerebral, una especie de pereza psíquica y de indiferencia mental, algo como una anestesia del cerebro. Todo esto hace que percibamos menos claramente las impresiones, y que al pasar por el cerebro anemiado, el dolor que nos oprime se embota y se nos aparece menos agudo, menos punzante, menos doloroso. En una palabra: para el organismo agobiado por una pena física ó moral, la sangría blanca de las lágrimas y la anemia cerebral resultante de ella constituyen un modo de defenderse

del dolor, una especie de anestésico natural semejante á los artificiales, cloroformo, éter, alcohol. Anega uno su disgusto en lágrimas, como se anega en alcohol.

Es curioso averiguar, añade el Dr. Romme, que las muecas que hacemos al llorar son provocadas casi todas por la contracción de los músculos que, de uno ú otro modo, obran sobre las glándulas lagrimales y las arterias oftálmicas, tales como los músculos de los párpados y de las cejas, los que mueven los ángulos de la boca, etc. Todos ellos tienen de común que al contraerse comprimen las glándulas lagrimales y las ramificaciones de la arteria oftálmica, cuya sangre forma parte de la destinada al cerebro. Esta disposición anatómica es muy sugestiva, y parece preestablecida para facilitar la secreción de las lágrimas y realizar por esta sangría blanca la anestesia del cerebro en los casos en que es conveniente, si no necesaria.

Basta, por lo demás, mirar en torno de uno para ver que esta anestesia del cerebro, esta cloroformización de las lágrimas, no es palabra vana. ¡Ay! ¡Si siquiera pudiese llorar!, se oye decir con frecuencia á las personas agobiadas por el peso de un dolor. En los niños, cuyo sistema nervioso es tan delicado, las lágrimas constituyen una verdadera válvula de seguridad, que garantiza la integridad de su cerebro. Las olas de lágrimas que corren de sus ojos al menor disgusto, es ciertamente su mejor anestésico, la mejor cura de las sacudidas morales de la vida. ¿No este también el caso de ciertas mujeres, cuya psicología apenas se diferencia de la de los niños?

La conclusión que se saca del estudio de Romme, que hemos reproducido casi íntegro, no puede ser más clara: conviene llorar cuantas veces reclama el llanto nuestra alegría ó nuestro dolor. Las lágrimas son útiles y no conviene reprimirlas, pues constituyen un alivio de nuestras penas ó un desagüe natural de nuestros goces. Los que se esfuerzan por contener las lágrimas por necio temor de pasar por débiles, hacen mal, y se exponen á serios contratiempos; los padres que castigan á sus hijos porque lloran mucho, hacen mal también, pues al repri-

mir ese desahogo natural de la alegría ó de la tristeza, pueden encontrarse con perturbaciones más ó menos graves de los centros nerviosos y de la circulación, de que sólo ellos son responsables. Déjense correr las lágrimas del que llora, sin perjuicio de consolarle de sus penas, si las tiene, y de no exacerbar su alegría, si las lágrimas son de risa, pues á nada conduce exagerar las cosas.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA HEREJÍA DE PRISCILIANO.—La notable revista de Milán, *Il Rinnovamento*, dedica un artículo bibliográfico al interesante libro de D. H. Leclercq, *La España cristiana*, historia del cristianismo español desde las primeras predicaciones hasta la invasión arábica, y con tal motivo trata de los resultados obtenidos por la crítica moderna sobre la historia de Prisciliano.

Hasta 1886 todo lo que se sabía respecto á la herejía priscilianéa se reducía á lo que dice Sulpicio Severo en su crónica, acusándole de maniqueísmo y de prácticas lividinosas. Después se han exhumado una carta de Pablo Osorio, un tratado y algunas cartas de San Agustín, algunas notas de San Jerónimo, con todo lo cual, mas el proceso y condena del mismo Prisciliano por orden del emperador Máximo en 380, venía á robustecerse la acusación de maniqueísmo. Pero en 1885 el alemán Schepps descubre entre los manuscritos de la biblioteca de Wuttzburgo, en un códice del siglo vi, nada menos que once tratados de Prisciliano, publicados al año siguiente en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum*, de Viena. Todo un enjambre de eruditos se pone á trabajar sobre los nuevos y los antiguos textos, Schepps, Herman Haupt, Loos, Puech, Paret y Lavertujon, y entre todos reconstituyen la historia de Prisciliano y de su herejía, reconociendo unos, como Paret, su absoluta ortodoxia, acusándole otros, como Loos, de gnosis cosmológica, y mostrando otros, como Puech, que la herejía de

Prisciliano consistía en creer en la inspiración personal y en sostener con mucha sutileza la legitimidad de los evangelios apócrifos. Todos afirman el valer intelectual de Prisciliano, y Puech lo pone, por el vigor de su ingenio y por su vasta cultura religiosa, al nivel de San Jerónimo.

Leclercq, al recoger todos los juicios y datos, muestra, con Lavertujon, que las acusaciones de magia y de torpezas son vagas y falsas; que la acusación de sabelianismo es injusta, pues Prisciliano ataca y refuta á Sabelio, y que la acusación de gnóstico no tiene razón de ser, pues anatematiza el gnosticismo; refuta todas las heregías de su tiempo, y declara que quiere ser católico; sus protestas de catolicismo son frecuentes y precisas, hasta llegar á transcribir el símbolo de los apóstoles, otorgándole su pleno asentimiento y diciendo: «Yo sólo sé que quien toma el nombre de una secta deja de ser cristiano.» Hay que llegar al jansenismo para encontrar en la historia de la Iglesia algo semejante al priscilianismo.

¿Cómo explicar, sin embargo, que sus contemporáneos le hayan acusado de prácticas viciosas? El siglo IV, como nota Lavertujon, es la edad en que el monaquismo y el ascetismo comenzaron á florecer en Occidente, con la antipatía declarada de todo el clero católico; Prisciliano se dedicó á las prácticas ascéticas, y de ahí, sin duda, la acusación de parte de quienes no comprendían esas prácticas ó eran sus enemigos. De la austeridad de la vida de Prisciliano no es posible dudar: era riquísimo, y lo vendió todo para socorrer á los necesitados; era poderoso y no aspiró á ningún cargo eclesiástico hasta que los empeños de la lucha entablada le hicieron ocupar una sede episcopal. No hay, pues, ni gnosis ni orgías nocturnas ni maniqueísmo, como pretendían Idacio é Itacio, dos clérigos corrompidos, según el mismo Sulpicio Severo, que fueron sus acusadores; no hay más que un episodio de la lucha general del clero contra el monaquismo y el ascetismo.

*
* *

LAS MUJERES Y LOS SANTOS PADRES.—¡Qué concepto tienen los Santos Padres de la mujer! San Antonio decía: «¡Cabeza del delito, arma del diablo! Cuando veis á una mujer, creed que tenéis delante, no ya un sér humano, ni siquiera una bestia feroz, sino al diablo en persona. Su voz es el silbido de la serpiente.»

San Buenaventura decía: «La mujer es semejante al escorpión: siempre está pronta á picar.»

San Juan Crisóstomo no se quedaba atrás: «¡Soberana peste es la mujer! ¡Dardo agudo del demonio! Por medio de la mujer triunfó el diablo de Adán y le hizo perder el Paraíso.»

San Agustín advierte que «la mujer no puede enseñar, ni dar testimonio, ni pactar, ni juzgar, y mucho menos mandar», lo cual está conforme con lo que dice San Pablo: «El hombre no es de la mujer, sino la mujer del hombre; y el hombre no ha sido creado para la mujer, sino la mujer para el hombre.»

San Juan Damasceno se contenta con estas definiciones y comparaciones: «La mujer es un asno cautivo, una tenia horrible metida en el corazón del hombre, hija de la mentira, centinela avanzado del infierno, que ha echado á Adán del Paraíso; Belona indomable, enemiga jurada de la paz.»

Recuerdo que, recogiendo un florilegio patriótico de esta clase, publicó Eduardo Lustonó hace muchos años el siguiente resumen en verso:

Mujer... motivo de muerte,
 mujer... medio del pecado,
 mujer... mal en lo velado,
 mujer... mentira más fuerte,
 mujer... causa que pervierte,
 mujer... víbora fingida,
 mujer... ponzoña florida,
 mujer... basilisco airado,
 mujer... demonio encarnado,
 mujer... infierno en la vida.

Es extraña esta animadversión de los Santos Padres á la mujer; pero tiene su explicación en los recuerdos del Paraíso,

de las hijas de Lot, de Sansón, de David, de Salomón y de tantos otros ilustres varones, perdidos por la mujer. También puede explicarse porque, oyendo á las mujeres en confesión, el clero tiene que formar de ellas, ya que apenas las ve sino como pecadoras, un tan bajo concepto.

*
* *

LOS OJOS DE LOS PINTORES.—¿A quién no le han llamado la atención en nuestras exposiciones de Bellas Artes esos cuadros extravagantes é inverosímiles en que dominan los verdes, los morados y los amarillos, cuando no los rojos rabiosos? Diríase que el autor se ha puesto á pintar con anteojos de colores para verlo todo así, como no lo vemos nadie. Ellos se defienden diciendo que los profanos no tenemos el sentido de los colores, de los reflejos, de los cambiantes de luz, de la influencia de unos tonos en otros; pero, á pesar de su innegable superioridad técnica, nosotros seguimos moviendo la cabeza ante aquellos cuadros, y diciendo para nuestro capote: «á este artista le falta un tornillo».

No, no le falta un tornillo, pero padece, en grado mayor ó menor, de daltonismo: eso es lo que ha puesto en claro Angelucci, un sabio italiano, perito en oftalmología, que ha estudiado el asunto con empeño. El daltonismo se revela en los pintores de varios modos: 1.º Por el abuso de las tintas rojas para las partes iluminadas y de las verdes para las sombrías, con la consiguiente alteración de la perspectiva. 2.º Por el abuso de los tonos verdes. 3.º Por el abuso de los tonos violados. 4.º Por la exageración de los cambios de colores que los efectos de luz producen en el verde, hasta llegar á pintar amarillo el verde muy claro, ó azul verdoso el verde de las praderas sombrías. 5.º Por la policromía exagerada, hasta el punto de pintar un vestido castaño ó amarillo de rojo en los pliegues de sombra y de verde en los trozos algo iluminados.

Para evitar estos errores en la apreciación de los colores y la depravación del gusto que de ellos resulta, aconseja Ange-

lucci á los pintores que se hagan examinar por un oculista, á fin de acomodar su paleta á las condiciones de su vista. Si del examen resulta comprobado el daltonismo, el pintor no debe salir del blanco, el negro, el amarillo y el azul, limitándose á reproducir escenas nocturnas y paisajes nevados para no incurrir en errores de visión.

*
* *

EL ENCANTO DEL VERSO FRANCÉS.—Un crítico inglés, Eduardo Wright, afirma que la poesía lírica francesa «tiene cierto encanto particular que la distingue de la poesía lírica de las demás razas: algo de sutil y exquisito, de que es bastante difícil darse cuenta, y cuyo sentido habían perdido los franceses mismos en tiempo de Voltaire».

El verso francés de buena cepa se distingue, según Wright, «por la delicadeza completamente dóstica de su estilo; no deslumbra ni sorprende; no brilla por la vehemencia de la pasión ni por el esplendor de la imaginación. Su encanto consiste en una finura, en una intimidad de sentimiento que conquista poco á poco al lector y acaba por penetrar en él profundamente. Las emociones que refleja son emociones ordinarias, interpretadas con calma y lucidez, analizadas con asombrosa penetración. Es raro que el poeta francés se abandone plenamente á sus inspiraciones espontáneas y construya sobre ellas solas su poema; es atrozmente razonable, y el camino que guía su imaginación atraviesa por de pronto el de su inteligencia razonadora; esa es, por otra parte, una de las grandes características del genio de la raza. «Claridad, orden, lógica, eso es lo que se encuentra siempre, lo mismo en la teología de Calvino que en las *Variaciones* de Bossuet, en las tragedias psicológicas de Racine que en las comedias de costumbre de Molière, en la arquitectura y en la jardinería. Cuando los grandes poetas franceses llegan á lo sublime, es un sublime tan natural, tan humano, tan sencillo, que cualquiera se imagina que hubiera podido hacer otro tanto.

Los más hermosos versos franceses no tienen, según Wright, «la magnificencia, la fuerza y la nobleza de la gran poesía inglesa (no olvidemos que habla un inglés); pero, en cambio, tienen la sencillez, la naturalidad, la facilidad, y, sobre todo, cierta gracia indefinible y cierta exquisita elegancia en la expresión; la principal virtud del verso francés es su transparencia; nada hay ricamente coloreado, pero todo está finamente matizado con tintas diáfanas.»

La música del verso francés le parece de incomparable ligereza aérea. Rechaza el prejuicio, muy extendido en el extranjero, de que el ritmo francés sea monótono, uniforme y brutalmente acentuado. Nada de eso: en la poesía francesa se encuentran las medidas más variadas; su melodía interior es la más libre que pueda hallarse en ninguna poesía, y flota sobre el ritmo de las sílabas con tanta libertad y dulzura como el canto de la alondra, cuando sus notas encantadas flotan sobre el murmullo de un arroyuelo corriendo entre el ramaje.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El reinado de Carlos IV en las Conferencias del Ateneo</i> , por Juan Pérez de Guzmán	5
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray	31
<i>La Universidad Complutense</i> , por Augusto Martínez Olmedilla ...	41
<i>Los hombres de buena voluntad</i> , por P. Dorado	60
<i>El arte español</i> , por Havelock Ellis	74
<i>Diego Velázquez y su siglo</i> (continuación), por Carlos Justi.	96
<i>El suplicio del silencio</i> (novela), por Federico Spielhagen	124
<i>España fuera de España</i> , por Henri Welschinger	162
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero	170
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo	179